

Bitácora de un Bibliotecario



Edgardo Civallero

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2006-B

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2006 (02)

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2023.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

Julio 17, 2006

Viajando (de Congreso en Congreso...)

Hace mucho tiempo, unos amigos de habla quechua me bautizaron *wayrachaki*. La traducción literal es "pies de viento". Una traducción aproximada —y menos poética— al castellano sería "nómada, trotamundos, andariego...". Me enganché a ese apelativo desde que me lo pusieron por lo bien que me define: amo viajar, sea donde sea y cómo sea.

Y de ahora en más, y hasta fin de año, un buen número de eventos profesionales me van a tener en movimiento por Latinoamérica. Estos eventos van a congregar a colegas de los cuatro horizontes de esta tierra en donde los inviernos australes se funden con los veranos boreales.

Dado que tengo la (¿vana?) esperanza de poder participar en todos ellos de una forma u otra (además de estar asistiendo un año más a la Reunión de IFLA, esta vez en Seúl, Corea del Sur), creo que podré publicar algunas novedades acerca de los mismos, de los personajes que participen, de las temáticas tratadas y de los ambientes en los cuales se desarrollen, así como de las realidades bibliotecológicas y humanas de los países anfitriones.

Por ende, quiero realizar una presentación general de estos encuentros. Muchos de ellos aún tienen abiertos los plazos para la presentación de trabajos: éste es un punto

importante para animar a la participación, a la colaboración y, por supuesto, a la asistencia.

Si bien muchos Congresos en los que he participado últimamente me han decepcionado personalmente (lo cual no significa que fuesen malos), quiero confiar en que los espacios de intercambio de experiencias siguen siendo una buena apuesta para el crecimiento profesional de nuestra comunidad bibliotecológica.

Veamos, pues... La primera cita de esta apretada agenda será en Guatemala, en donde un animado grupo está preparando el V Simposio Nacional de Proyección y Actualización bibliotecológica, con el título "La función social de las bibliotecas en el desarrollo del país". Organiza la Universidad Rafael Landívar con la colaboración de varias instituciones, y tendrá lugar entre el 4 y el 8 de septiembre. El tema seleccionado por los colegas centroamericanos me parece importantísimo, realista y profundamente comprometido, una postura muy necesaria ya en Bibliotecología. Los cuadernos de trabajo de los principales centros bibliotecológicos internacionales incluyen esta temática: el rol social del bibliotecario. Muy pocas currículas de nuestras Escuelas contemplan formación al respecto, por lo que los trabajos de investigación y exposición práctica que se presenten en la capital guatemalteca serán de sumo interés para el desarrollo de nuestra profesión en un contexto social cada vez más necesitado de acciones y más cansado de teorías y promesas.

México queda muy cerca, así que es posible realizar una visita a las sesiones presenciales del II Foro Social de Información, Documentación y Bibliotecas, que

tendrán lugar en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM (México D.F.) los días 7 y 8, y que son continuación del encuentro mantenido en Buenos Aires en 2004. Las sesiones virtuales de dicho Foro llevan realizándose desde marzo de este año: los trabajos de las distintas Comisiones pueden ser consultados en el sitio del FSIDyB. El Congreso de la IASA (Asociación Internacional de Archivos Sonoros y Audiovisuales) tendrá lugar allí mismo, entre el 9 y el 14, y un poco más al sur, en Oaxaca, la RIBDA (14^º Reunión Interamericana de Bibliotecarios, Documentalistas y Especialistas en Información Agrícola) convocará a los colegas interesados en esta área.

El siguiente encuentro será al sur del sur, en Rosario (Argentina), bellísima ciudad situada a orillas del enorme y bermejo río Paraná. Allí, entre los días 15 y 17 de septiembre, la ABPR (Asociación de Bibliotecarios Profesionales de Rosario) organiza las VII Jornadas Regionales y V Provinciales de Bibliotecarios, bajo el lema de "Dimensión humana, política y tecnológica de la información". Esta reunión regional —que convoca a muchísimos profesionales interesados en varias áreas de nuestra disciplina— se realiza cada dos años, así que no es cuestión de perdersela.

La siguiente estación de este itinerario se encuentra al oeste, en Oruro, en las tierras altas bolivianas. Esta ciudad, cuna de la "Diablada" (expresión cultural proclamada "Patrimonio Cultural de la Humanidad" por la UNESCO) será la sede del III Congreso Nacional de Bibliotecología, Documentación, Archivística y Museología, organizado por el Colegio de Profesionales en Ciencias de la Información de Bolivia. Se realizará entre el 27 y el 29 de septiembre, bajo el título "El derecho de acceso a la información en

Bolivia". Los excelentes resultados obtenidos en las jornadas del año anterior garantizan que las de este año serán de una alta calidad académica, amén de verse enmarcadas por un entorno natural y cultural y por un pueblo —el boliviano— que, estoy seguro, harán que los participantes disfruten totalmente del encuentro. Es de destacar que la producción intelectual boliviana en cuanto a bibliotecología destaca por su solidez, al igual que la labor realizada por sus numerosos centros de documentación. El intenso momento histórico y social que vive la nación en estos momentos aumenta el interés por visitar el hermano país andino y compartir sus experiencias y su saber.

Un mes después el punto de encuentro se desplaza al norte, siguiendo la corriente del gran río, y se sitúa en la ciudad de Asunción, en Paraguay, donde la Asociación de Bibliotecarios Graduados de Paraguay presenta el I Congreso Internacional y VI Congreso Nacional de Bibliotecarios, Documentalistas y Archivistas de Paraguay, con el título "El desarrollo humano en la Sociedad del Conocimiento: un análisis desde América Latina". Tendrá lugar entre el 16 y 17 de octubre, y la fecha de cierre para la recepción de trabajos es el 31 de agosto. Estoy seguro de que la proverbial cordialidad y calidez que caracterizan al pueblo paraguayo, así como lo interesante de las temáticas a tratar, harán de este evento algo imperdible. Las perspectivas latinoamericanas sobre la Sociedad de la Información y sus efectos en nuestra realidad continental me parecen muy necesarias: no siempre el contexto regional es tenido en cuenta por las potencias que hacen girar el paradigma del conocimiento. Creo que poner el acento sobre nuestras necesidades, posibilidades y puntos de vista es

saludable y muy positivo a la hora de construir caminos a futuro para nuestras bibliotecas.

En noviembre la actividad continúa. Recostada al pie de la cordillera andina, la ciudad de Santiago de Chile será testigo del Primer Congreso de Bibliotecas Públicas de Chile, organizado por el Centro Bibliotecario de Puente Alto (una de las bibliotecas más grandes, vanguardistas y referentes en Chile; échenle un vistazo a este sitio), la Subdirección de Bibliotecas Públicas de Chile, la Biblioteca de Santiago y la revista "Pez de Plata". El evento tendrá lugar entre el 8 y el 10 de noviembre, y es de destacar que las bibliotecas públicas de los hermanos chilenos —de un nivel increíble— servirán de marco a todo el encuentro. Por lo tanto, habrá mucho que compartir y mucho que aprender de los enormes avances realizados en los ámbitos públicos chilenos.

Casi rozando este Congreso, habrá que desplazarse hacia el norte, cruzando los desiertos costeros, para llegarse a Lima, Perú, pues entre el 13 y el 15 de noviembre el Colegio de Bibliotecólogos de Perú organiza el II Congreso Internacional de Bibliotecología e Información, bajo el lema "La información: desafíos y retos en la era del conocimiento". Visitarlos será introducirse en un mundo más que interesante, activísimo, en el cual se pretenden tratar temas de vanguardia, como el *Open Access* y los recursos digitales en la Sociedad de la Información moderna.

Si a estas alturas no he quedado agotado, podré seguir un poco más al norte, cruzar la frontera y situarme en Riobamba, en tierras de Ecuador, en la mitad del mundo. Allí se prepara el IX Congreso de Bibliotecarios, Documentalistas y Archiveros, aunque, dado

que aún está en preparación, no se puede decir mucho más. Sin embargo, conociendo el nivel de las bibliotecas y centros de documentación de los colegas ecuatorianos, puede asegurarse una masiva concurrencia y un muy buen nivel en las ponencias... al margen de que habrá un pequeño gran país por descubrir, con costas, sierras y selvas para visitar y asombrarse, y un horizonte humano, cultural y bibliotecológico más que interesante.

¿Agotados? Ni lo sueñen. Respiren en diciembre porque en febrero de 2007 La Habana será sede del BiblioArchi 2007 (12-16) y Buenos Aires, mi ciudad natal, alojará a los participantes del II Congreso Iberoamericano de Bibliotecología, organizadas por ABGRA entre el 14 y el 17 de abril.

Este agosto, entre el 19 y el 25, la capital de Corea del Sur albergará la 72ª Conferencia y Consejo General de IFLA, en el cual, para mi suerte o desgracia, estaré participando con tres conferencias, un póster... y unas cuantas discusiones y debates profesionales muy encendidos. Dada la opinión contradictoria que me he forjado de tales mega-encuentros, no sé cuál será el resultado de mi trabajo o de mi participación. Lo que sé positivamente (porque lo aprendí tras el encuentro del año pasado, después de sentirme totalmente frustrado) es que ese viaje puntual me servirá para poder difundir, de alguna forma, las principales corrientes de pensamiento y acción que se estén desarrollando a nivel internacional. Además, podré contar un poco sobre la vida y la obra de la sociedad y las bibliotecas del este asiático, una región que combina asombrosamente lo mejor de su tradición milenaria con las más avanzadas tecnologías.

Me esperan unos cuantos kilómetros de viaje. Y no sólo llevaré mi trabajo profesional y mi curiosidad. También llevaré mis instrumentos musicales. Obtuve la oportunidad de difundir, en ámbitos académicos de los países que visitaré, un poco de la música tradicional / indígena de mi país, y de aprender mucho de la música y los instrumentos locales. Así que me queda un largo trayecto y mucho por hacer, definitivamente.

Espero poder retransmitir —en vivo o en diferido— algunos fragmentos de lo que vaya experimentando. No siempre pienso brindar la información más importante. Pretendo brindar una bitácora —de eso se trata esta página—, es decir, un cuaderno de viaje, un acercamiento humano y personal a otras realidades. Espero que ello permita a mis colegas comprender que no están solos, que hay muchos más trabajando, que vivimos en un mundo sin fronteras y que hay mucho, mucho haciéndose, y otro tanto por hacer.

Los saludos cordialmente desde debajo de los arneses de una mochila que cada día pesa más, y desde las páginas de un cuaderno de viaje en blanco, que esperan por notas y más notas. Nos leemos por aquí...

Julio 28, 2006

Cuaderno de viaje: -06

En las "Crónicas del Ángel Gris", el escritor argentino Alejandro Dolina dice, a través de uno de sus personajes:

Todo viajero es la mitad de sí mismo. No hay lugar en los aviones para llevar las cosas que lo completan. Esquinas, gestos, personas, vientos, olores, tapiales, saludos, colores y miradas no caben en las valijas.

A lo largo de los siguientes días (48, para ser más exactos) intentaré anotar en estas páginas el relato del viaje que me llevará por Malasia, Corea del Sur, Guatemala, México, El Salvador, Honduras, Nicaragua... y Argentina. Este *weblog*, pues, se convertirá en un verdadero cuaderno de bitácora en el que, dependiendo de los accesos a Internet que pueda conseguir, plasmaré información interesante, noticias, vínculos, opiniones y relatos.

Aún cuando hoy recién inicie la cuenta atrás, siento ya —como narraba Dolina— como una de mis mitades se separa de mí y se sienta tranquilamente en mi escritorio. Mientras fuma con calma su pipa, la muy descarada me mira preparar equipaje, ponencias, póster, regalos... Sí. Una parte de mi se quedará aquí, aferrada a esta tierra fría e invernal, de árboles pelados y calles tapizadas de hojas crujientes, esperando la primavera. Se quedará cuidando mis recuerdos, mi historia, mis afectos y la vida que

debo continuar cuando regrese (y que probablemente incluya más viajes). La otra, ésta que les escribe, deberá dar conferencias, talleres, ponencias y charlas en el Congreso de IFLA, en un Simposio Nacional en Guatemala, en dos Congresos en México y en varios encuentros profesionales en Centro América y Argentina. Deberá enfrentar 9 vuelos, alrededor de 80 horas de bus, dos idiomas asiáticos bastante complicados (pero bellísimos) y un alfabeto precioso pero difícil, hoteles diversos, comidas varias... Y les puedo asegurar que, si bien al principio tuve mis nervios y mis reticencias, en este momento (seis días antes del inicio de la travesía) ansío verme en camino.

Creo que no soy un viajero muy clásico. Detesto el turismo fácil. Detesto que me guíen y que me digan lo que tengo que ver. Y odio sacarme fotos con alguien vistiendo un traje típico, o sonriendo bobamente ante ese monumento que todos recomendaron como "imperdible". Cuando viajo, suelo perderme en las calles de la ciudad que visito: me siento en alguna plaza o en el borde de la acera a fumar mientras veo pasar la gente; me pongo a charlar con las vendedoras de verduras o el dependiente del bar que me despacha la cerveza o la ginebra madrugadora de turno. Casi no saco fotos, porque todo lo grabo en mi retina. Las fotos me servirían para "demostrar" a mis amigos que allí estuve, verdaderamente, o para mostrarles las bellezas y las miserias que vi. Pero no serían más que un pálido reflejo de una realidad más rica. Prefiero, por tanto, quemar a fuego esas sensaciones en mi mente y contarlas después. Contar todo: un vuelo de pájaros al alba sobre la catedral, la sonrisa de un niño yendo a la escuela, las confidencias de un lustrabotas, las opiniones de un colega, el polvo sobre los viejos libros de un archivo, los adoquines de un callejón a la noche, resonantes...

Una parte de mi es bien "gaucha" y está bien enraizada a esta tierra argentina que amo con toda mi alma. Pero la otra tiene muchas alas, y no reconoce un hogar ni una casa: a guisa de caracol, lleva sus pertenencias a la espalda y establece su hogar allí donde es bien recibido, allí donde hay algo que ver. Esa parte, mi parte errante y nómada, mi parte con pies de viento, será la que escriba en estas páginas durante el próximo mes y medio.

Siempre pensé que los viajes nos sirven para crecer. Con esto no quiero decir que vayamos a encontrarnos a nosotros mismos o al sentido de nuestras vidas, como creen muchos pelafustanes (*Dolina dixit*) que viajan al Tíbet para hallar algo que estaba en el comedor de su casa o en la esquina de su barrio. Creo que viajar nos confronta con otras realidades, de las cuales podemos aprender mucho. Nos enfrenta a nuestra diversidad como seres humanos, a otros idiomas que desafían nuestra inteligencia, a otras costumbres que ponen a prueba nuestra tolerancia, a problemas que nos hacen demostrar nuestros valores y nuestra amistad. Nos pone delante un mundo nuevo, quizás parecido al que conocemos, pero con particularidades deliciosas que debemos aprehender, degustar e incorporar a nuestras vidas. Pues esas minucias son las que nos hacen crecer y madurar, y las que nos vuelven más ricos y más sabios. Al fin y al cabo, esos recuerdos serán todo lo que tengamos —por muy "ricos" y "poderosos" que hayamos sido en vida— cuando partamos de estas tierras en ese viaje del cual no se regresa. Y esa sabiduría será la que podamos transmitir antes de partir, a todos aquellos que quieran escucharnos, al calor de una hoguera o de un café.

Un abrazo, cansado y presuroso.

Agosto 07, 2006

Cuaderno de viaje: -05

Mientras doy los toques finales al póster que debo exponer en IFLA Seúl 2006 y a las presentaciones PowerPoint de las tres ponencias que presentaré allí mismo, leo a mi amiga y colega Olivia Trono, que me escribe desde Suiza. Olivia —una bibliotecaria francófona con la que compartimos el gusto por los viajes y los instrumentos musicales— es la encargada de traducir al francés una de mis ponencias de IFLA. Colabora voluntariamente con la red BiblioDoc.Francophonie, un equipo de bibliotecarias/os francoparlantes con sede en Suiza que, trabajando en forma virtual y apoyado por la OIF (Organización Internacional de la Francofonía) se ocupa —entre otras muchas cosas— de recolectar documentos valiosos en lenguas diversas y traducirlos al francés para que todas/os aquellas/os colegas que no dominan la "lengua imperial" (en la que suelen redactarse esos textos... y casi todo, hoy en día) puedan acceder a la información más actualizada dentro de nuestra profesión. Dado que el francés es lengua oficial / oficiosa en muchos países de Asia (Camboya, Laos, Vietnam), África (Senegal, Madagascar, Túnez, Argelia, Malí, Mauritania, Congo, Camerún, Togo, Costa de Marfil, Comoras, Seychelles, Reunión), América (Canadá, Antillas y repúblicas antillanas, Guayana) y Oceanía (gran parte de la Polinesia) y que el inglés no siempre se maneja como lengua de trabajo, estos/as voluntariosos/as trabajadores/as se ocupan de proveer copias de información pertinente y valiosa en la lengua más usada y más conocida.

Según me cuenta Olivia, BiblioDoc.Francophonie trabaja dentro de todos los países llamados "la Francofonía", una especie de confederación cultural que, reconociendo sus vínculos idiomáticos básicos y aprovechando sus particularidades y especificidades, busca sacar partido de sus coincidencias para el progreso común. Visitando el sitio de BiblioDoc, encuentro un sinnúmero de materiales y documentos: lista de discusión, *dossiers* temáticos, guías, vínculos... Pero algo que llamó poderosamente mi atención fue un CD gratuito que se ofrece a todos los participantes francoparlantes en IFLA (redactado por el Grupo de los Francófonos de IFLA) para orientarlos en un universo anglófono y para que puedan obtener el mayor provecho de ese encuentro. Ciertamente, las sesiones de IFLA suelen ser muy desequilibradas en lo referente al idioma: si bien las lenguas oficiales de la Asociación son cinco (español, inglés, francés, ruso y alemán, lo cual sigue siendo desequilibrado para una organización "internacional") y si bien en las conferencias suele haber un abnegado equipo de voluntarios que traducen simultáneamente las charlas, no todas las sesiones tienen tal traducción. En realidad, las que la tienen son muy pocas. Para las otras, se solicita siempre que el idioma usado sea el inglés, lo cual suele ser traumático para los disertantes que no hablen el idioma y para los oyentes que no lo entiendan bien.

La propuesta francófona me pareció muy interesante, especialmente después de conocer a cientos de colegas de Latinoamérica que no quieren o no pueden leer en inglés. Si bien personalmente creo que el manejo de varios idiomas permite la comprensión de muchísima información que de otro modo queda alejada de nuestras posibilidades, también reconozco que mucha gente encuentra difícil aprender una lengua extranjera. Y, merced a tal imposibilidad, todo un acervo intelectual queda

fuera de su alcance. Por ende, un trabajo como el que realiza Bibliodoc.Francophonie, replicado en tierras latinoamericanas, permitiría sin lugar a dudas poner en circulación muchísimo conocimiento importante para nuestro desarrollo profesional, garantizando, de esta forma, un acceso al saber estratégico completamente igualitario y equilibrado.

Quizás uno de los mayores escollos que encontraría esta propuesta en nuestro continente sería el de la colaboración desinteresada: trabajar traduciendo textos sin cobrar un centavo, solo para que otros disfruten de los resultados de nuestro trabajo. Si bien hay muchísimas excepciones valiosas, el espíritu general que flota sobre nuestros ámbitos transmite un profundo individualismo, un querer sacar partido de cada cosa que se hace, una seria ausencia de solidaridad y compromiso. Encontrar manos que se sumen a propuestas de este tipo es difícil, y, como señalé arriba, creo que sería uno de los principales obstáculos para implementar una actividad de este tipo en Latinoamérica.

Sin embargo, ¿quién dijo que todo está perdido?

Desde esta habitación cubierta de papeles de trabajo, planchas de papel-maché que se secan y fotos de todos los tipos y tamaños imaginables, les hago llegar un fuerte abrazo...

Agosto 08, 2006

Cuaderno de viaje: -04

¿Así que Gutenberg fue el padre de la imprenta? Ajá. Me temo que mi antigua profesora de "Historia del Libro" va a tener que incinerar todos los ejemplares de un tomito recopilatorio que nos obligaba a comprar y a estudiar para aprobar su materia (algún día me explayaré sobre tal "tomito" y esas prácticas de venta que se aprovechan de una cátedra académica para sacar partido económico de cualquier porquería). Sin embargo, ella no tiene la culpa de haber escrito y enseñado semejante barbaridad: la cultura occidental europeizada, en su arrogancia, aún se cree la creadora y la inventora de cosas que hacía rato que estaban inventadas... en otras partes del mundo.

[Pero... ¿qué podemos esperar de gentes que se aún se creen los "descubridores" de tierras hacía tiempo descubiertas y habitadas? ¿O que definen elementos como "libro" de acuerdo a sus propios parámetros históricos y culturales, olvidando que otras civilizaciones tuvieron los propios, tan válidos y con tanta trayectoria e importancia como el que más?]

En fin. La primera imprenta de tipos móviles del mundo fue inventada en Corea en 1232, de acuerdo a los registros del palacio de Goryeo. Un simple cálculo numérico nos permite ver que eso ocurrió un par de siglos antes de la "idea" de Gutenberg. El texto más antiguo que se conserva impreso con tales tipos es el "Jikki", un libro con las enseñanzas de Buda y grandes monjes budistas, agrupado en dos volúmenes y

realizado en el monasterio de Heungdeok, en Cheongju, en 1377. Si bien el primer tomo se perdió, el segundo está conservado en la Biblioteca Nacional de Francia. ¿Por qué está allí y no en Corea? El volumen fue llevado a finales del siglo XIX a Europa por Collin de Plancy, que sirvió como ministro representativo de Corea. En 1911 el "Jikki" fue comprado por Henri Vexer, un famoso coleccionista, y a su muerte fue donado a la Biblioteca. Allí se conserva desde entonces, en condiciones especiales, clasificado como impreso valioso.

[Dejo para otro día un par de opiniones sobre la costumbre decimonónica europea de apropiarse de patrimonio cultural extranjero y llevarlo a su país, costumbre que aún continúa de la mano de coleccionistas privados y con la ayuda de criminales que despojan a nuestras tierras de su más preciado bien histórico y cultural para venderlo por unas monedas].

En 1972, en la Exhibición del Libro en conmemoración del "Año del Libro", el Dr. Byung-sun Park presentó al "Jikki" como el libro impreso mediante tipos móviles más antiguo del mundo, descalificando así a la famosa "Biblia" de Gutenberg (es curioso que ambos textos sean religiosos, ¿verdad?). El documento ha sido registrado en el Programa "Memoria del Mundo" de la UNESCO, y desde 2005, existe un Premio bianual con su nombre, destinado a todos aquellos que han contribuido a la preservación y accesibilidad de patrimonio documental ("UNESCO / Jikki Memory of the World Prize").

En la exhibición de IFLA Oslo 2005 tuve la oportunidad de ver como se imprimían las páginas del "Jikki" en la forma original (reproducciones modernas) sobre el papel tradicional coreano, y aún conservo una muestra de la misma, realizada ante mis propios ojos. Un pequeño "suvénir" de la exposición que, ante mis ojos, representa un enorme tesoro.

Los coreanos ya usaban tipos de madera en 751 (de hecho, el primer documento impreso conocido en el mundo fue una escritura Budista realizada en ese año, con esos tipos). El desarrollo de tipos metálicos permitió que los mismos resistieran más tiempo y más impresiones sin ser descartados y reemplazados por bloques nuevos.

[Anoto estos datos históricos para aquellas/os docentes que aún sostienen, en sus clases, que no hay pruebas tangibles de que la imprenta naciera en Corea. Ahora deberán buscar otra excusa para explicar su ignorancia ante sus alumnas/os].

Pero no fue éste el único invento de los coreanos. El hangul, uno de los alfabetos fonéticos más precisos del planeta, fue desarrollado para la lengua coreana en 1443, bajo el auspicio del rey Sejong. Pocos alfabetos tienen una letra para cada sonido, y un sonido para cada letra. El nuestro, por ejemplo, es complicadísimo: "ca" y "ka", "ge" y "je", "ci" y "si", "o" y "ho" demuestran que sobran letras, y, a la vez, combinaciones como "güe" y "gue" y "que" y usos aberrantes de "be" y "ve" o "se" y "ze" demuestran una economía rara del alfabeto. Esas cosas no ocurren en el coreano. Afortunadamente para ellos.

Uno de los primeros relojes de agua automáticos del mundo fue creado en aquellas tierras por Chan Young-sil, en 1434. El mismo inventor desarrolló un modelo posterior, más avanzado, que incorporaba elementos astronómicos y buena cantidad de calibres e indicadores.

Los coreanos poseen, además, el observatorio astronómico más antiguo en la faz de la tierra: el Cheomseongdae, construido en 633. La seda y la porcelana turquesa de estas regiones eran reconocidas y apreciadas como las mejores incluso por los propios chinos. Lo mismo ocurrió con sus vidrios, su papel... y sus espadas. Y sí... no todos fueron inventos pacíficos: los coreanos inventaron los primeros barcos de guerra acorazados de hierro (Geobukseon, "barcos-tortuga"), las primeras granadas de tiempo con esquirlas de hierro (Bikeokjinchonlae) y el predecesor de la ametralladora, la hwa-cha, que escupía simultáneamente proyectiles varios, como balas de cañón y flechas de fuego ("modernos los antiguos, ¿no?" diría mi siempre citada Mafalda).

Aún cuando el desarrollo cultural y tecnológico coreano decayó y se vio casi anulado durante el periodo de guerras y ocupaciones extranjeras (de eso les hablaré mañana), los esfuerzos del presidente Park Jung-hee (1961-1979) llevaron a que hoy en día ese país sea la décima economía más grande del mundo, y lidere el ranking de conexiones de Internet de banda ancha per cápita. Es un tremendo productor de telefonía celular y pantallas de plasma, y es la segunda economía del mundo adoptando nuevas tecnologías de consumo.

En pocos días me veré inmerso, pues, en una sociedad creativa, pujante, con un tremendo nivel de desarrollo tecnológico y económico. El punto, una vez allí, será reconocer al pueblo que habita tras esa fachada: la gente, las mujeres, los hombres, los niños, los ancianos... Conocer y aprehender la cultura, la música, los sueños, la vida cotidiana, más allá del grado de exotismo que puedan ostentar a mis ojos o a los de cualquier "occidental" de visita en aquellos parajes. Dado que deberé estar allí casi tres semanas (una semana previa de reconocimiento y participación en un *Satellite Meeting* sobre bibliotecas de Salud; la semana de la Conferencia central; y una semana posterior, de nomadeo, esperando al último día de mi estancia, cuando daré una conferencia sobre instrumentos musicales en una Universidad de Seúl), creo que tendré horas de sobra para encontrarme con ese pueblo, con sus cantos, con sus historias, con sus cuentos, con sus juegos, con su arte, con sus calles, con sus hostales y con sus jóvenes.

Espero ser capaz de entender, y de no comportarme como un extranjero más, de mente cerrada, obnubilado por las apariencias. Espero ser capaz de ir un poquito más allá de lo típico y lo folklórico (aunque no dejará de llamarme poderosamente la atención). Y espero poder contarles un poquito de lo que vea.

Continuaré aprendiendo algo del idioma. Nos vemos mañana mismo por estos espacios virtuales. Hasta entonces, un abrazo...

Agosto 09, 2006

Cuaderno de viaje: -03

¿Corea? No, ya no... Ahora será Hanguk, aunque los norcoreanos la llamen Chosön.

La misma tierra, la misma cultura ancestral y milenaria dividida políticamente en dos.

La palabra que nosotros empleamos para designar aquel país —la más usada, internacionalmente— parece provenir del nombre de un antiguo reino, Goryeo, cuya pronunciación en *hanguk* (coreano) suena muy parecida al término castellano. Pero nada de "Corea". Estaré en Hanguk.

Sí, Hanguk. Una enorme península ocupada por el hombre desde hace 700 milenios, y en la cual un héroe mítico, Dangun, fundó el primer reino coreano, el de Joseon, hacia el 2333 a.C. Según las leyendas que aún circulan bajo aquellos firmamentos modernizados, Dangun había nacido de la unión de un Ser Celestial y una osa que se había transformado en mujer. Reinó sobre sus vasallos en la capital de ese primer reino, y luego se transformó en Dios-montaña.

Las primeras potencias culturales y políticas de esa región estaban localizadas en lo que hoy es Corea del Norte y China, en la zona de Manchuria. Cuando el reino de Joseon cayó, surgieron otros tres —Goryeo, Silla y Baekje— pocos siglos antes de iniciarse nuestra era cristiana. Fue cuando, en Centroamérica, se apagaba la civilización

olmeca y se gestaba la de Teotihuacán. Estos tres reinos compitieron entre ellos económica y militarmente, y el budismo —pero también el taoísmo, el confucianismo y las antiguas creencias chamánicas regionales— les dio motivos para creer, vivir y morir. En constante conflicto entre ellos y con las dinastías chinas de los Sui y los Tang, los reinos se fueron debilitando, pero uno de ellos, Silla, se alzó con el poder total hacia el 670 de nuestra era. Por 200 años la cultura coreana floreció, y siguió una paz estable, solamente turbada por los ataques intempestivos de los wokou, los piratas japoneses.

Fue en esa época cuando se estableció una tradición militar noble, centrada en guerreros llamados hwarang, "juventud florida" o "los caballeros de la flor". Su lealtad al monarca, su fidelidad a sus amigos, su valor y arrojo y su aversión al derramamiento innecesario de sangre los convirtió en una fuerza de élite, modelo de la sociedad de su tiempo. Su destreza con el arco, la espada y los caballos era legendaria. Y sus batallas contra los wokou, renombradas.

Hacia el 918, el reino de Goryeo reemplazó al de Silla, y la dinastía reinante —del mismo nombre— dirigió los destinos de la comunidad hasta el siglo XIV. Fueron ellos los que lucharon contra los bravos guerreros mongoles desde 1228, durante tres décadas. Su general más importante, Yi Seong, estableció la dinastía siguiente, los Joseon, que condujeron las riendas del reino por cinco siglos, desde 1392 hasta 1910. A lo largo de estos años, se desarrolló el hangul, el idioma y el alfabeto coreanos, el cual pronto se transformó en el principal medio de comunicación popular (aunque las clases nobles y cultas continuaron usando el chino, cuyos ideogramas, llamados *hanja*,

aún se usan allí, al igual que los *hanji* en Japón). Uno de los reyes de esta dinastía, Sejong (1418-1450) animó al desarrollo cultural y tecnológico de su nación. Después de varios intentos de invasión japoneses, los coreanos se encerraron tras sus fronteras, y el país fue conocido como el "Reino Ermitaño", por su aislamiento.

Desde 1870, sin embargo, Japón comenzó a intentar incluir a Corea en su territorio de influencia. En 1910, Corea fue obligada por este país insular (victorioso en la contienda ruso-japonesa) a firmar un tratado de anexión, ante el cual no tuvo muchas opciones.

Hasta 1945, fueron días tenebrosos para la nación, que aún los más ancianos recuerdan con desesperación. La opresión fue tan brutal que los que se rebelaron iniciaron un movimiento de independencia. En 1919, éste fue ahogado en la sangre de 7000 revolucionarios. Se formó un gobierno en el exilio, en Shanghái, y fueron muchos los que lucharon contra las fuerzas de ocupación japonesas. La cultura y la economía nacionales perdieron muchísimo y quedaron seriamente resentidas. El hangul fue prohibido, y los nombres tradicionales coreanos debieron cambiarse por nombres japoneses. Muchos artefactos y bienes culturales coreanos fueron robados y llevados a Japón (donde algunos aún permanecen). Y, durante la II GM, decenas de miles de coreanos fueron forzados a engrosar las tropas niponas, mientras más de 200.000 mujeres eran empleadas como trabajadoras a la fuerza o esclavas sexuales ("mujeres de confort"). Cerca de 60.000 coreanos que trabajaban en las minas japonesas murieron entre 1939 y 1945, y muchos fueron usados para experimentos biológicos en la tristemente célebre "Unidad 731".

Con la derrota de Japón en la II GM (con bombas atómicas estadounidenses derriando dos ciudades indefensas ¿las recuerdan?), la ex-URSS y los EEUU se "repartieron" y dividieron el país en áreas de influencia, que administraban al norte y al sur del paralelo 38. Ideologías distintas llevaron a separar a un pueblo que siempre vivió unido. Las políticas de la Guerra Fría condujeron, efectivamente, al establecimiento de dos gobiernos separados en 1948.

[¿Asombrados por el poder de las ideologías dominantes? No tanto... En nuestro propio continente, tales ideas de los "poderosos" han llevado a muchos gobiernos y sociedades latinoamericanas a condenar y a dar la espalda a pueblos hermanos].

En 1950, el régimen norcoreano —probablemente deseando reunificar Corea bajo el comunismo— invadió el sur. Las bien entrenadas tropas del norte no tuvieron problemas en vencer la débil resistencia de sus hermanos meridionales, y entonces EE.UU. intervino con sus fuerzas, a las que luego se unieron las de Paz (?) de la ONU. Cuando las tropas conjuntas rechazaron a las del norte hasta la frontera china, este país entró en el conflicto. Entonces EE.UU. comenzó su guerra de destrucción masiva (¿su deporte favorito? ¿demostrar lo "fuertes" que son?) bombardeando y arrasando totalmente el norte. Millones de civiles murieron, y no quedó una sola ciudad en pie en Corea del Norte. Después de tres años de esta destrucción total, se firmó un alto el fuego y se delimitó la frontera exactamente donde estaba: en el paralelo 38. Allí es donde sigue, aunque todos los discursos oficiales de ambos países siempre incluyen el tema de la reunificación, que ha pasado a ser parte del alma y la identidad del pueblo

coreano. Una lectura detallada de lo que acabo de escribir hasta aquí permite comprender, honestamente, tal sentimiento.

Esta es la historia —intensa, llena de conflictos y de brillos destellantes— de las tierras que pronto pisaré, por las que caminaré, con el interés de un descubridor que se asoma, con su cuaderno de notas en mano, por una ventana cultural abierta de par en par, encontrando en cada cosa un motivo de asombro risueño. Los ciegos, sordos y mudos que afirman que ya no hay nada por descubrir en este planeta se equivocan: no supieron ver que a los humanos aún nos falta el mayor y más valioso descubrimiento de nuestra historia: encontrarnos nosotros mismos, entre nosotros. Quizás mis palabras les parezcan ridículas, pero no puedo expresarles lo que se siente al sentirse inmerso en una cultura desconocida por completo, en una lengua y un alfabeto completamente incomprensibles a pesar de mis esfuerzos por aprenderlas, en una música y una gastronomía que ni imagino y que se sale fuera de mis parámetros, en unas costumbres que jamás vi practicar. Decirles que me muero de ganas de aprender, de entender y de encontrar a las personas que están detrás de esa muralla invisible es poco. No es sólo descubrir ese mundo que hasta ahora me era ignoto (pálidamente reflejado por libros y revistas): es descubrir a las personas que viven en él, lo que sienten, lo que piensan, lo que creen. Porque, al conocerlas y aprender de sus manos, sé un poco más de este inmenso mundo (mosaico de diversidad e identidades) en el que vivo y participo; y al presentarme a ellos y explicarles quién soy, de dónde vengo y qué hago, me entiendo mejor yo mismo. Y eso es un maravilloso milagro ¿no lo creen así?

Pocas veces el ser humano se ha detenido a pensar lo importante que es entender al que tiene al lado, conocido o extraño. No se trata de explicar desde fuera cómo se vive: se trata precisamente de vivirlo desde dentro y de comprender los "porqué". Con un poco de esto ¿cuántas guerras, cuántas masacres y cuántos odios se hubieran evitado?

Un enorme abrazo...

Agosto 10, 2006

Cuaderno de viaje: -02

Dejando un poco de lado mis descubrimientos sobre los lugares por los que estaré viajando, quiero compartir con ustedes el latido de nuestro universo profesional latinoamericano, que vibra más y mejor cada día.

Adelantándose un poquito a las fechas previstas con anterioridad, el Tercer Congreso Nacional de Bibliotecología, Documentación, Archivística y Museología de Bolivia se desarrollará en Oruro entre el 27 y el 29 de septiembre. Dudo que llegue a tiempo para participar del mismo, aunque confío en que mis amigos y amigas de la vecina nación andina me faciliten suficiente información sobre el evento para poder ofrecer datos puntuales sobre el mismo.

El encuentro está organizado por el Colegio de Profesionales en Ciencias de la Información de Bolivia (CPCIB) y la Asociación de Bibliotecarios de Oruro (ABO), y ostenta el título de "El derecho de acceso a la información en Bolivia". Enfatizar en la importancia de estas temáticas es repetitivo, pero necesario: somos un enorme continente en el que el derecho básico y precioso a acceder todo tipo de información es escasamente garantizado, más allá de los discursos oficiales y de las estadísticas de las grandes asociaciones y bibliotecas. ¿Carencia de recursos para cumplir el objetivo? ¿Ausencia de políticas fuertes dirigidas a lograr este objetivo? ¿Desconocimiento del rol social y el deber ético que deberían abrazar los bibliotecarios para lograr el

desarrollo y el bienestar de su pueblo? Muchas preguntas sin respuesta, muchas discusiones candentes desde muchos puntos de vista... Por eso es necesario revisar estos temas, identificar problemas, generar propuestas, buscar soluciones conjuntas, especialmente programas intracontinentales que permitan y habiliten la colaboración entre naciones hermanas (eso es lo que somos ¿lo recuerdan?). Los espacios que están brindando muchos Congresos nacionales latinoamericanos se están convirtiendo en arena de estudio de estas apasionantes materias.

[Es curioso que otros encuentros nacionales e internacionales de nuestra región se centren específicamente en realidades digitales cuando hay tanto por hacer en otros ámbitos... ¿verdad? En fin, quizás sea un tema de status, o un escaso reconocimiento de la realidad general de la comunidad a la que sirven. Creo que no debería abandonarse la temática digital, pero que deberían abrirse espacios fuertes e igual de importantes –nada de "paralelos" o "alternativos"– para el trabajo sobre temas urgentes, como por ejemplo "¿cómo podemos colaborar los bibliotecarios en el crecimiento y la mejora de nuestra sociedad?"].

Exactamente al mismo tiempo que se trabaja en la hermosa ciudad de Oruro, en el altiplano boliviano, en la costa colombiana, en la deslumbrante localidad de Cartagena de Indias, los bibliotecarios públicos se reunirán en el V Encuentro Iberoamericano de Responsables Nacionales de Bibliotecas Públicas. Y unos días antes, entre el 21 y el 23 de septiembre, en Zacatecas (México), los mismos actores se encontrarán en el VI Encuentro Nacional de Bibliotecas Públicas, organizado por la Dirección General de

Bibliotecas y por la Secretaría de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Zacatecas. Dado que auspicia CONACULTA, encontrarán más información en su sitio.

Mientras ando de viaje por esos mundos exteriores a mi ciudad y mi provincia, se desarrollará en el Chaco argentino, en la ciudad de Resistencia (la ciudad de las estatuas y los lapachos en flor, cerquita del enorme río Paraná) el XI Foro Internacional por el Fomento del Libro y de la Lectura, con el tema "Los géneros literarios y la promoción de la lectura". Organiza la Fundación "Mempo Giardinelli", un grupo liderado por el escritor homónimo, que hace muy buen trabajo en aquella región (que conozco bien por haber trabajado allí unos años). Días después, entre el 22 y 23 de agosto, en Brasilia, en el corazón del Brasil, tendrá lugar el I Seminario sobre Información en Internet, y a continuación (24 y 25 de agosto) se realizará el Simposio Internacional de Acceso Libre a la Información. Organizará ambos eventos el Instituto Brasileiro de Información en Ciencia y Tecnología (IBICT), en cuya página pueden encontrar información más detallada. Lamentaré no poder asistir, dado que el Acceso Libre es una de las filosofías en las que se basa mi trabajo (la otra es el anarquismo, pero... ¿hay diferencia entre ambas?).

Por último, en México DF se reunirán los catalogadores en el II Encuentro Internacional de Catalogación, especialidad interesante y que ha adquirido una rara importancia y preponderancia dentro de nuestras unidades. El tema del encuentro es "Tendencias en la teoría y práctica de la catalogación bibliográfica", y será organizado por el CUIB de la UNAM (Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México) y la Biblioteca Nacional del Perú. Dado que estaré por

la zona (y que asisten algunas colegas argentinas), espero tener la oportunidad de brindarles noticias sobre el evento.

Latimos, sí. Fuerte y claro. Nos movemos, nos reunimos, charlamos, discutimos, crecemos, creamos, mejoramos, nos desarrollamos... Pero que no sea solo un encuentro en una "torre de marfil" aislada, una excusa para viajar y pasear o un motivo para hacer "sociales". Que el conocimiento que se genere sea aplicable, implementable, replicable... Que se piense en todos los usuarios que esperan nuestros servicios (a veces infructuosamente). Que nos sirva realmente para crecer (y la comunidad, con nosotros). De otra forma, tanta reunión no tendrá sentido.

Se los dice alguien que ya ha sufrido serios desengaños en las grandes reuniones bibliotecológicas nacionales e internacionales, y que intenta, cuando abre la boca en una de ellas, que lo que dice sirva a otro, y que los otros le enseñen mucho, mucho...

Un enorme abrazo desde mi Córdoba gélida...

Agosto 11, 2006

Cuaderno de viaje: -01

Dicen que viajando se fortalece el corazón
pues andar otros caminos te hace olvidar el anterior...
Ojalá que esto pronto suceda,
así podrá descansar mi pena
hasta la próxima vez...

Así cantaba, hace años, nuestro Lito Nebbia, y así lo repetiría nuestra Mercedes Sosa mucho después. Dudo que la canción —a pesar de su belleza poética— diga la verdad. Por lo menos en lo que a mí respecta: llevo todos mis caminos a cuesta. Y han sido muchos, cruzando ríos y mares y montañas y selvas y pampas y ciudades.

Y, definitivamente, no quiero olvidar ninguno. Porque lo que he vivido me ha hecho quien soy.

Finalizados mis artículos, mis ponencias, mis presentaciones y mis textos, embalados mis regalos, mis instrumentos y mi póster, preparado el equipaje, me siento y sonrío. Sobre la mesa descansa mi cuaderno de bitácora real, ese manajo de papeles que recorrerán kilómetros conmigo y en los que iré garabateando mis impresiones para luego intentar tipearlas, desde dónde pueda y cómo pueda, en esta plataforma virtual, tratando de compartir un mínimo fragmento con ustedes.

Adheridos al cuaderno —en sus tapas y dentro de él— van todos los *mails* que he recibido en estos días de colegas que, a lo largo de estos años, me han ido conociendo, compartiendo —en las buenas y en las malas— mis pasos, y permitiéndome compartir los de ellos. Están también los de aquellos con los que he peleado, con los que he discutido, con los que me he disgustado, y que han tenido la grandeza de hacerme sentir su presencia con una palabra de despedida. Y ha sido mayor honor tener la palabra de ellos que las otras. Las palabras del amigo son de esperar: las del rival, amables, son una sorpresa que debe ser guardada y honrada.

Una colega me comentaba, hace pocos días, que siempre había supuesto que una posición tan expuesta como la que yo mantengo en mi vida profesional debía estar acompañada de un intenso contacto social. Era imposible, por ende, sentirse solitario. Grande fue su sorpresa cuando descubrió que si algo siento tras estas páginas es soledad. Evidentemente, al aullar como lo he hecho muchas veces, al tirar tarascones, al morder como lo he hecho, al mostrar las garras y al atacar (a veces con razón, a veces sin ella), me he ganado epítetos que sería de mal gusto reproducir aquí. Me he construido una imagen de salvaje que poco tiene que ver conmigo, a pesar de mi rebeldía y mi anarquismo. Y eso lleva, automáticamente, al aislamiento, a ser leído pero nunca escrito, a ser tenido como un ser aislado en sus montañas, aullando a la luna y quejándose contra los dolores del mundo.

Quizás detrás de la máscara haya una persona demasiado sensible como para soportar las realidades nauseabundas que la vida le pone delante. Pero eso no lo puedo

descubrir yo: soy mal detective de mi mismo. Eso lo deben descubrir los que están frente a mí.

Lo único que sé es que ver esos mensajes pegados en mi cuaderno —que acompañarán mis pasos allí por donde vaya— y las docenas de encargos de contactos y de información (que me hacen sentir útil) y la otra docena de invitaciones para visitas, para charlas, para cafés y cervezas, me han llenado el alma con una sonrisa y una luz enormes. Quizás en este momento me doy cuenta que el número de visitas que marca mi bitácora —39.000— no es una simple cifra: son personas que me leen, que me van conociendo, que a veces me detestan por ser tan burdo y tan agresivo, que otras veces se ríen con mis delirios, que otras veces se enteran de cosas nuevas, que otras asienten al encontrar en mis dichos una opinión coincidente. Todos ellos, todas ellas, están aquí.

Todas ellas irán conmigo. Porque uno no es solamente un cuerpo que viste, calza, come y duerme. Uno realmente existe en la memoria de los demás, por pocos que sean. Cuando esa memoria se desvanece... morimos de verdad.

Preparándome para abordar mañana el avión que me llevará a Buenos Aires y que me tendrá un día por allí, les agradezco infinitamente sus mensajes y las molestias que se han tomado al escribirme. Intentaré cumplir con todos, lo prometo. Y a mi retorno, quizás nos podamos ver y podamos charlar sobre lo vivido y lo visto.

Mientras tanto, y hasta entonces, seguiré por aquí. Espero que ustedes hagan lo mismo...

Un abrazo y un "hasta mañana".

Agosto 12, 2006

Cuaderno de viaje 00: domingo 13 de agosto

"Mi Buenos Aires querido..."

Así comenzaba un tango que se hizo inmortal en la voz del "Morochito del Abasto", el famoso cantante Carlos Gardel. Cada vez que piso Buenos Aires, la misma estrofa se me viene a la memoria.

Nací aquí, en esta enorme ciudad, hace 33 años. Aquí me crié, en estas calles y en estas plazas, soportando los veranos porteños a los que dedicara un tema el inolvidable maestro Astor Piazzola, y padeciendo esos fríos y húmedos inviernos, y esas lluvias torrenciales que trae la sudestada, ese viento hembra que arrastra tormentas desde el Río de la Plata.

Viví aquí 11 años, me crié aquí, hasta que recorrí el camino inverso al que habían hecho mis bisabuelos desde Europa y emigré a España. Sin embargo, el espíritu de esta gran ciudad —pero no el de sus habitantes— me signó por siempre.

Quizás un "porteño" (persona originaria de la Capital Federal, el núcleo céntrico de esta urbe) no les hable bien de su lugar de origen. Pero pocos argentinos lo harán. Un compatriota exiliado en España me dijo una vez que los argentinos son un pueblo que se auto-castiga, criticando siempre su tierra, su suelo, sus raíces, su cultura... En cierto

grado, es verdad. Los argentinos (y hablo desde fuera porque no lo soy por completo) parecen exiliados de Europa que ansían volver allá, y odian verse encerrados en Sudamérica. No siempre es así, por cierto. Son muchos los que adoran su patria natal. Pero muchos colegas latinoamericanos me han señalado que tal característica es ciertamente detectable en los de mi nacionalidad.

Sin embargo, no pienso hablarles pestes de mi ciudad natal. Todo lo contrario. Amo Buenos Aires. Quizás porque no he vivido en ella desde hace mucho tiempo, y de esta forma sé apreciar sus bellezas y pasar por alto (por ignorancia o por sabiduría) sus defectos. Quizás porque no soy argentino del todo, sino un injerto, una especie de mestizo que nunca echó raíces en ningún lado y que ama aquellos sitios en los que encuentra un poco de belleza.

Buenos Aires, en las noches de verano de mi niñez, era la letra de un tango. Olía a tapiales húmedos por el rocío y a flores de árbol del paraíso, a corteza erizada de espinas de los troncos hinchados de los palos borrachos y a lágrimas violetas de los enormes jacarandás. Buenos Aires es grandes avenidas pobladas de motores, pero también esas calles de mi barrio aún empedradas con adoquines. Buenos Aires es esa pizzería en donde el camarero (para nosotros, el "mozo") es el viejo compinche de garufa y juerga que trae esa porción de pizza un poco más grande, especialmente cortada para uno, con otra porción similar de "faina" (una especie de pizza consistente únicamente en masa de harina de garbanzo) acompañada de la imprescindible cerveza.

Buenos Aires tiene dolores viejos que la surcan desde siempre. Tiene hambre y miseria en pleno centro de la ciudad, al lado de los más lujosos hoteles y rascacielos. Tiene violencia, tiene problemas. Pero ese es el lado oscuro de la vida, el que siempre aparece en cada ciudad, en cada pueblo, en cada alma humana. A pesar de eso, Buenos Aires es una ciudad besada por el río más ancho del mundo, de color pardo y olas mansas. Es una ciudad cruzada por una cicatriz que antaño fue un riacho y hoy es quizás el agua más contaminada del planeta. Es el marco de San Telmo, ese barrio donde late el tango en cada esquina, especialmente en esa Plaza Dorrego en la que yo jugara con las palomas cuando niño y en la que hoy los artesanos venden sus baratijas multicolores.

Es la ciudad del Obelisco, de la avenida más grande del mundo, de las casas pintarrajeadas de colores diversos que pueblan el barrio inmigrante de la Boca. Es la ciudad en donde se proclama abiertamente que Dios es argentino, que las argentinas son las mujeres más lindas, que el fútbol es el mejor del mundo, que la vida es la más bella... Sí, otro rasgo del alma argentina: una fanfarronería quizás inconsciente, quizás limitada a unos pocos pero siempre encontrada, siempre oída en cada esquina.

En esta ciudad yo crecí. En los muros de esta ciudad leí un día, dificultosamente, la palabra "tupamaros", en un *graffitti*... y un año después, vi carteles reclamando por la vida de los desaparecidos. Pero yo no sabría de qué se trataba todo eso hasta mi adolescencia. En esta ciudad, en 1981, me enteré en la escuela que estábamos en guerra contra los ingleses, y los odié, y oí las sirenas de alarma para realizar los ensayos de bombardeo aéreo, y vi la ciudad en tinieblas. En esta ciudad presencié el

silencioso desfile de las Madres en la Plaza de Mayo, mientras esperaba, asido a la mano de la mía, que mi padre saliera del trabajo. En esta ciudad vi, por televisión, los rostros de los genocidas que hoy odiamos, y que en aquel entonces ostentaban el poder.

Buenos Aires tiene un espíritu especial que ronda por sus calles. No sabría decirles exactamente de qué se trata. Pero es algo nostálgico y tristón, que tiñe sus parques, sus avenidas, su río, sus fuentes, sus plazas, sus calles y sus bares. Es como si la ciudad entera estuviera cubierta por un manto de tristeza depositada por todos nuestros ancestros, los que se bajaron de un barco para buscar una nueva vida. Los míos eran "tanos" y "gallegos" (italianos y españoles) pero hubo de todo en estas tierras. De hecho, hoy en día es casi imposible reunir a cien porteños y no hallar entre ellos un apellido polaco, armenio, libanés o coreano.

Buenos Aires es una ciudad multicultural, y los argentinos, criados así, han aprendido a aceptar tal multiculturalidad con extrema naturalidad. Sin embargo, no han aprendido a aceptar su propia originalidad (las raíces indígenas, aún discriminadas) ni su mestizaje (odiado a ultranza) ni su pertenencia a Latinoamérica (un continente que muchas veces les resulta extraño y odioso). Las miradas siempre están puestas en Europa.

Una visita a los sitios web de ABGRA, CONABIP, Biblioteca del Maestro, Biblioteca Nacional, Biblioteca del Congreso, SAI, UBA, INIBI, Mar del Plata les permitirá tener una visión oficial de cómo marchan las cosas en cuestión de bibliotecas por estos pagos. La

profesión, aquí, tiene sus luces y sus sombras. Y a mí, personalmente, me dan mucha rabia las sombras. Sin embargo, debo reconocer que son muchas/os las/os colegas que pelean, que luchan, que se debaten, que se esfuerzan, que crecen, que se desarrollan, que mejoran... A pesar de no estar de acuerdo con muchas de las cosas que ocurren en nuestro mundillo bibliotecario argentino, debo reconocer que tenemos un buen nivel, y que hemos hecho mucho. Aunque siempre se puede mejorar. Y en eso estamos. Discutiendo para ver hacia dónde vamos.

Desde esta ciudad hermosa y dolorida, nostálgica y tanguera, bella como pocas, destruida y radiante, sucia y deliciosa, misteriosa y eterna, les hago llegar un fuerte abrazo, dispuesto a subirme a un avión que me mantendrá 25 horas sobre las aguas del Atlántico y los arrecifes coralinos del Indico, pasando por Ciudad del Cabo rumbo a Kuala Lumpur (Malasia). Quizás en estas horas de espera me llegue a casa de mi abuelo paterno, viejo bandoneonista que antaño tuvo una orquesta de tango en un arrabal bonaerense y que aún hoy, a sus ochenta y pico, sigue tocando y componiendo. Unos mates con él serían una buena despedida...

Y también lo serían un buen par de milongas, gemidas por su viejo bandoneón marca "AA".

Agosto 13, 2006

Cuaderno de viaje 01: lunes 14 de agosto

[Escribiendo desde el aeropuerto internacional de Ezeiza, Buenos Aires, en donde la seguridad parece haber superado el límite de lo ridículo... y luego de un día de cielos grises y un hermoso viento que ondulaba el lomo marrón del Río de la Plata].

Emilio Salgari tiñó el nombre de Malasia de tintes románticos. Serían las tierras y las costas por donde campeará Sandokán, el pirata, el temible tigre de Mompracén, cuya varonil y legendaria figura sería fuente y motivo de admiración... y de los suspiros de más de una muchachita europea de las buenas sociedades decimonónicas.

Antigua colonia británica —esta parte de Asia sudoriental sufrió en carne viva el dominio de los grandes "imperios" europeos—, Malasia es hoy en día una confederación de nueve sultanatos (con sus respectivos sultanes, por supuesto), dos estados y dos territorios federales (uno de ellos la capital, Kuala Lumpur).

Es, por ende, una tierra en donde aún existen sultanes. Y eso se nota en el lenguaje. El bahasa melayu (lengua malaya) tiene distintos niveles de habla, dependiendo del grado de respeto que merezca el interlocutor (este rasgo también se encuentra en el coreano, en el cual los niveles son 14, aunque no se usen todos). Hay incluso palabras distintas para usar en cada nivel de habla. Por ejemplo, la palabra "tú" puede ser "anda", "kamu" u otras tantas variantes, dependiendo de si se habla a un niño, a un

colega, a un anciano, a un profesor, a un desconocido, a un gobernante o a un sultán. Imaginarán que, para un extranjero, el lenguaje adquiere una complejidad alucinante.

Y sin embargo, es un lenguaje sencillo. Es bello, es sonoro, es dulce y meloso, es aterciopelado, contiene muchas frases amables, muchos buenos deseos, muchas palabras de amistad...

El lema de estas tierras, en bahasa melayu, es "Bersekutu bertambah mutu" (unidad es fuerza). Ciertamente, en una tierra tan plural, tan diversa y tan dividida, la unidad interna ha constituido su fuerza como estado moderno, como nación frente al mundo.

Políticamente, Malasia es un caso casi único de monarquía electiva en el planeta (el otro es el Vaticano). El "rey" de Malasia (el título real es Yang di-Pertuan Agong) se elige entre los sultanes y reina por 5 años. Aún así, se trata de una monarquía constitucional: es decir, el "rey" es una mera figura (como los reyes europeos contemporáneos: pura pinta, mucho gasto, cero acción, significado romántico). El poder es ejercido por un primer ministro (actualmente Abdullah Badawi) apoyado por un Parlamento en el cual domina el único partido fuerte del país, el *Barisan Nasional* (Frente Nacional), una coalición de varios partidos regionales que ha gobernado en Malasia desde su independencia del Reino Unido (1957). Este partido incluye a los sectores hinduistas, musulmanes y budistas, es decir, a las etnias malaya, india y china, los tres grupos étnicos que conforman la sociedad de Malasia.

La economía se basa en el turismo, el aceite de palma, el caucho, la madera, la energía hidroeléctrica y, en los últimos tiempos, la producción de bienes electrónicos. La influencia de las grandes potencias asiáticas se ha dejado sentir: sin embargo, el alma malaya se ha conservado bastante independiente. Debo destacar —como antiguo activista de Greenpeace y ex-biólogo— que Malasia ha causado tremendos desastres ecológicos en la isla de Sarawak (parte de sus dominios), especialmente por la tala indiscriminada y el anegamiento de amplias regiones con sus represas. Como antiguo militante de Amnistía Internacional... imaginarán lo que puedo decir. Y como indigenista, debo remarcar que en Malasia aún sobreviven, en la isla de Sarawak, pueblos enormes como los Iban (600.000 individuos perdidos en el medio de la jungla montañosa, con una cultura alucinante, casas de madera de estructuras originalísimas, una lengua más que interesante, arte y costumbres de leyenda), los Bidayah (160.000 personas al SE de Sarawak y tanto de lo mismo) y otros muchos.

Si bien es una sociedad principalmente musulmana (y en muchos aspectos la sharya es ley) Malasia es un país pluriétnico, multicultural y multireligioso. Los roces entre distintos credos existen —cuando tienen que ver con la política— pero por lo general hay un fuerte respeto y tolerancia. Los sectores chinos son budistas, taoístas y confucionistas. Hay una pequeña proporción de cristianos y un buen número de hindúes, de habla tamil, procedentes del sur de la India y de Sri Lanka.

Los malayos musulmanes aún escriben el bahasa melayu usando el alfabeto *jawi*, una adaptación del árabe creada hace siglos para representar su lengua. Los hindúes usan

el alfabeto tamil; los malayos, el latino (para asuntos no religiosos) y los chinos, el propio. ¿Quieren más mosaico cultural?

Rasgos conocidos de la cultura malaya típica son los *wayang kulit* (teatro de sombras), el *silat* (un arte marcial estilizado), el *batik* (pintura sobre tela encerada), el tejido, las armas (como el zigzagueante puñal *kriss*), el trabajo en plata, la música de *gendang* (tambor)...

Es fácil describir un país en pocas palabras. Se trata de geografía, historia, datos estadísticos... Sin embargo, es complejo describir una cultura: son miles y miles de pequeños rasgos interesantes que deben consignarse, explicarse, colocarse en contexto para que adquieran un valor y sean comprendidos. Me temo que no podré llegar a hacer eso: estaré solo un día en Kuala Lumpur, y pretendo conocer la ciudad, pasear sus calles, sus mezquitas (mi tolerancia religiosa es total; veremos si ellos la tienen conmigo), sus barrios, sus plazas, sus mercados y conocer, si es posible, su Biblioteca Nacional, un pequeño tesoro, según tengo entendido. Así que los reenvío a la literatura que hay en Internet sobre la cultura, la historia y las tradiciones malayas (no olviden consultar su gastronomía para relamerse un poquito los dedos) para que sepan algo más de este hermoso país de Indochina, y continúo con mis lecciones de bahasa melayu, aprendiendo a decir "Terima kasih" (muchas gracias) o "Apa khabar?" (¿Cómo estás?) o bien "Nama saya Edgardo, dan orang Argentina saya".

A miles de pies sobre el Océano Atlántico e Indico (viajo vía Sudáfrica) y a la espera de que mis pies toquen suelo malayo, recuerdo un cuento que Mulaika Hijjas, una antigua

pen-pal (amiga por carta) de Kuala Lumpur, compartió conmigo hace 20 años, cuando éramos dos adolescentes amigos (luego el tiempo hizo que nos perdiéramos la pista). Aquí les dejo ese cuento, como despedida. Mañana les escribiré desde KL.

Contaba Mulaika que un hombre sufrió un desperfecto en su vehículo en el medio de las montañas del norte de Malasia. Abriéndose paso por una vereda que atravesaba una plantación de árboles de caucho, el hombre vio unas luces, y encontró una casa. La familia lo recibió cortésmente y, dado que nada se podía hacer por el automóvil hasta el día siguiente, lo invitaron —con la proverbial cordialidad del pueblo malayo— a pasar la noche con ellos. Para ello, le asignaron una cama en una pequeña habitación del piso superior de la casa. Tras la cena, y mientras la familia conversaba tranquilamente en la cocina y se disponía a fumar y jugar a las cartas, el hombre se retiró a descansar, agradeciendo nuevamente la amabilidad de sus huéspedes.

No pasó mucho tiempo hasta que el hombre despertó sobresaltado entre sus sábanas, y entreabriendo los ojos, vio a una bellísima muchacha que entraba en la habitación. La muchacha se sentó —sin verlo— y con total tranquilidad desprendió su cabeza de sus hombros, la colocó en su regazo y comenzó a peinar lenta y cuidadosamente sus cabellos, con una parsimonia total. La sangre del hombre se heló, y, sin poder gritar siquiera, bajó corriendo las escaleras, y, ahogado de terror, alertó a los habitantes de aquella casa de la fantasmal aparición del piso superior.

Los miembros de aquella familia lo miraron extrañados. Luego se miraron entre ellos, y sonrieron. Lentamente, uno a uno, separaron sus risueñas cabezas de sus hombros y las depositaron sobre la mesa en la cual jugaban a las cartas...

Agosto 15, 2006

Cuaderno de viaje 02: martes 15 de agosto

[Escribiendo desde el Aeropuerto Internacional de Kuala Lumpur, 20 ringgit –6 dólares– la hora de Internet].

Selamat datang!

Tal es la bienvenida en bahasa melayu, el idioma que resuena en cada rincón de esta tierra que ahora piso. "Selamat" es la palabra que se usa en malayo para expresar un deseo, y se usa en cada frase cotidiana: para dar los buenos días, tardes o noches, para saludar, para desear suerte o un buen cumpleaños, para desear paz durante el día... ¿Cómo no sentirse bienvenido en un lugar en donde tantos buenos deseos flotan en el aire?

La travesía hacia aquí me ha hecho cruzar el Atlántico (no por primera vez, por cierto) y pisar tierras sudafricanas (Ciudad del Cabo y Johannesburgo). Si bien para el año que viene debo ir a Sudáfrica (Pretoria y Durban) para el próximo encuentro de IFLA, y si bien esta parada ha durado sólo un par de horas, he sentido una inmensa emoción al saberme por primera vez en el gran continente africano. Luego la travesía me ha hecho sobrevolar el Océano Indico (también por primera vez) y asomarme a la Indochina para aterrizar en el aeropuerto de Kuala Lumpur.

Y aquí están las sonrisas malayas, y el "selamat datang", y el gracioso "sama-sama" (de nada) cuando uno agradece con un cordial "terima kasih".

Me he pasado todo el día, desde antes del amanecer hasta la tarde, vagabundeando por las calles de Kuala Lumpur, mochila al hombro. El nombre de la ciudad significa "confluencia lodosa", pues la primitiva capital fue fundada en 1857 por el Rajah Abdullah del estado de Selangor, exactamente en la confluencia de los ríos Gombak y Klang. Hoy en día esa confluencia sigue aquí, urbanizada y rodeada de un parque y una bellísima mezquita.

Fue hecha capital del estado de Selangor (en aquel tiempo, colonia británica) en 1880. En 1896 se crearon los Estados Federados Malayos (aún ingleses) y KL fue declarada la capital. En 1942 la ciudad cayó en manos japonesas, y soportó la invasión 44 meses. En 1957, Malasia se independizó, y KL continuó siendo la capital y la ciudad más grande del país. Desde 1972, la ciudad se separó del estado federado de Selangor y se convirtió en un territorio federal.

Por las referencias que tenía, sabía que KL era una ciudad pujante, en donde el *boom* económico asiático había hecho surgir altos rascacielos y una vida ajetreada y febril. La ciudad es famosa por la irregularidad de sus servicios y por sus fabulosos atascos de tránsito (que hacen que el transporte entre el centro de la ciudad y el aeropuerto se transforme en una pesadilla).

La parte antigua de la ciudad conserva un estilo colonial único, híbrido de arquitectura inglesa y china. Las calles son estrechas, atestadas de gentes y comercios. Topado de frente con este universo en donde se mezclan formas árabes, hindúes y chinas con elementos occidentales modernísimos, no pude dejar de sentir la excitación clásica del viajero que tiene frente a sí algo "exótico", es decir, algo que supera sus estructuras culturales propias o conocidas y va más allá de lo imaginado.

El centro de Kuala Lumpur, alrededor de la *Deteran Merdeka* (Plaza de la Independencia) destaca por el palacio del Sultán Abdul Samad, de estilo morisco y cúpulas cobrizas, y por uno de los mástiles más altos del mundo. Además, están las *Petronas Tower* (las torres gemelas más altas del mundo), la *KL Tower* (parecida a la Torre España de Madrid) y la *Masjid Negara* (Mezquita Nacional), la más grande del Este asiático. El Museo Nacional representa el rico patrimonio del país... aunque la conservación del mismo no sea la mejor.

En un rato estoy saliendo para Seúl, pero no quería dejar de compartirles la belleza de esta tierra, de sus junglas ecuatoriales rodeando una ciudad de estilo oriental en donde se levantan los rascacielos por docenas, de esta gente que viste burkhas musulmanas o saris indios, de estas comidas que arden en la boca, de estas frutas, de estas verduras, de estos olores... Es exotismo puro, y aunque no sea el típico viajero que se excita con contenidos exóticos, debo reconocer que esta ciudad me ha fascinado, con sus miserias y grandezas como todas, con sus nacionalismos a ultranza reflejados en cada esquina, con su islamismo duro pero también con su pluralidad.

Pasé un rato por la Biblioteca (creo que se dice *perempukaan*, en malayo) de Kuala Lumpur, situada al lado del Museo Nacional, y aluciné con su frente arqueado y flanqueado por dos torres coronadas de cúpulas, un frente todo de vidrio, desde el que se ven las amplias salas de estudio y los *buku*, los libros (una palabra derivada del inglés, como tantas otras que posee el idioma malayo). Si bien el inglés de las bibliotecarias y mi malayo no eran el mejor, nos entendimos, y compartimos algunas ideas y aprendí muchísimo de ellos. Pero todo esto se los dejo para otro día; quizás para mi regreso, quizás para cuando trabaje desde una terminal de Internet que no me cueste un riñón.

Será hasta que pise tierras coreanas. A todos los que me van leyendo, un abrazo infinito...

Agosto 16, 2006

Cuaderno de viaje 03: miércoles 16 de agosto

[Escribiendo desde un PC-ban, un cyber coreano, 1200 won –1 dólar y medio– la hora. Conectividad excelente, atención cordial].

An-nyeung-ha-se-yo!

Así se saluda en estas tierras de Hanguk, a donde recién estoy llegando. Les escribo desde Seúl (pronúnciese "soul", palabra derivada del coreano "capital"), la ciudad capital, la mayor y más poblada urbe de toda Corea del Sur. Imaginen 23 millones de almas hacinadas en una superficie de 600 km cuadrados y tendrán esta megalópolis, que es la tercera mas superpoblada del mundo después de Tokio y México.

Es un real hormiguero humano. Sin embargo, no deja de gustarme su estilo.

El calor y la humedad aquí son impresionantes (estamos en pleno verano). Los mosquitos también (y aun no aprendí a insultarlos en coreano, aunque lo mismo los mato en español). Fuera llovizna, se condensa una humedad que pone brillante el asfalto de las calles y gris el cielo. En este lugar desde donde les escribo el aire es agua pura, y los acondicionadores no dan a basto para enfriar un poco el caldeado ambiente.

Si bien la Internet está en coreano, se comprende bien si uno tiene un poco de imaginación. Los teclados son como los nuestros, pero con letras dobles en cada tecla: la latina y la coreana. Confunde al principio, pero no es para volverse loco. No hay ni "eñes" ni acentos.

Seúl recibe a sus visitantes en el Aeropuerto Internacional de Incheon, situado en una isla emplazada en la costa, cerca de la capital. Moderno, organizado, pulcro, Incheon es la principal puerta de entrada al país, y es por ello que sus controles migratorios y aduaneros se reputan como los más terribles de Asia (aunque los malayos digan lo mismo de los suyos... y estimen también que su aeropuerto es el mejor del mundo. Dejemos que sigan compitiendo). Los controles de aduana hacen mucho hincapié en el transporte de sustancias vegetales o animales: parece ser que en 1997 y en 2001 hubo plagas devastadoras en campos y granjas merced a un microorganismo que entró al país por esta vía. Ya en el avión fuimos alertados (lo mismo que antes de llegar a KL en Malasia) de las normas durísimas de aduana, y de los estrictos controles de pasaporte.

[En el caso malayo, se nos recordó que la legislación vigente en Malasia dispone la pena de muerte para los traficantes de droga].

Imaginen que bajé del avión ciertamente nervioso. No llevaba nada del otro mundo, pero estaba cansado de los controles en el aeropuerto de Buenos Aires y de la paranoia en los aeropuertos sudafricanos como para soportar más barreras.

Pero nada pasó. Podría haber ingresado a ambos países con una bomba biológica en mi mochila: nadie lo hubiera sabido. Por un lado, me alegro de que así fuera porque evite un trámite engorroso. Por el otro, me preocupó.

Los servicios de información al turista dentro del aeropuerto son excelentes —el inglés hablado aquí, con toques coreanos, es mucho mejor que el hablado en Malasia, realmente paupérrimo y con toques muy indostánicos— y el servicio de buses que conecta el aeropuerto con la capital es eficiente, limpio y puntual. Y bastante barato (una hora de viaje, 8000 won, o sea, unos 8 dólares). Los coreanos exhiben una amabilidad, una cortesía y una alegría naturales que hacen que su acercamiento al extranjero sea siempre saludable. No ocurre lo mismo con los malayos, que suelen tener otro tipo de trato, mucho más si se habla con musulmanes ortodoxos (lo intenté, doy fe de que lo intenté... pero no hubo manera).

Esta facilidad para el acercamiento hace que el primer contacto con un mundo escrito y hablado en otro código sea menos duro para el extraño que no habla coreano. Y si bien el inglés no es el mejor, lo que no hace el idioma lo hace una sonrisa, la mímica y el chapurreo de alguna de las dos hablas. Aquí he aprendido el valor comunicativo de las señas y la risa. Dan mucho más resultado que el complejo sistema del lenguaje, aunque moriría por hablar un perfecto coreano para sentarme con mucha gente que veo aquí y ponerme a hablar sobre sus cosas. Y aprender sobre sus vidas y su cultura. Me quedaré con las ganas, parece... aunque observando, observando, iré averiguando.

El bus Incheon-Seoul me llevo a través de extensos campos de arroz en el corazón de la isla, entre los que destacaban los senderos sinuosos y las cabañas campesinas. Luego me paseó por sus costas, llenas de marismas y redes, y barcas de aldeas pescadoras. Y luego me hizo cruzar el mar a través de un enorme y portentoso puente metálico... Ah, el mar... Este era el de la China, y a la luz de un sol gris de amanecer se veía mágico.

Ya en tierra firme, la ruta nos llevo a cruzar el enorme río Han, que divide (más al este) la ciudad de Seúl en dos mitades. Los barrios antiguos están en la ribera norte, y hacia allí nos dirigimos. El Han es enorme, mucho más ancho que todos los ríos que he visto, excepto el Paraná argentino. Los puentes que lo cruzan saltan 12 arcadas antes de alcanzar la otra orilla.

Imaginen millones y millones de carteles en el hermoso alfabeto *hangul*. Súmenle un tránsito endemoniado de autos último modelo, de formas alargadas, y de motos que se suben a la acera sin problema. Agreguen muchísima gente haciendo sus quehaceres diarios, y mucho humo, y el aroma de todos los restaurantes (diez o doce por cuadra), y el ruido de todas las bocas gritando al mejor estilo italiano, y un calor de 30 grados después del amanecer, y una humedad imposible. Adornen todo eso con aceras pobladas de plátanos de jardín y de ginkgos (sí, ginkgos auténticos) y tendrán una idea aproximada de lo que es Seúl a las 8 de la mañana.

El mapa de Seúl que me dieron en la oficina de turismo del aeropuerto muestra solamente las grandes avenidas. En general, esas son las vías importantes, por las que circulan los bien diseñados y eficientes autobuses y bajo las cuales se desplaza la

complicada línea de metro coreano. Sin embargo, la vida de Seúl se desarrolla en las áreas delimitadas por esas avenidas y surcadas por los "gil", los callejones. Cada bloque limitado por avenidas es un enorme laberinto de callejas, callejones y callejoncitos hiperpoblados de gente, en donde podrán encontrar de todo: restaurantes, viveros, artesanos, billares, casas *non sanctas*, cines, casas de ropa...

La tradición convive al lado de lo moderno. Las generaciones jóvenes lucen totalmente occidentalizadas, pero las mayores (de 40 para arriba) conservan todos sus rasgos tradicionales, especialmente en la ropa, la música, las costumbres, las actitudes, la comida...

En fin, recién llego, así que no puedo decir mucho más que aquello que he podido apreciar a simple vista en unas horas. Estoy en el *Backpackers Hotel*, un tugurio de mala muerte situado a pocos metros de la estación Anguk, que me ha cobrado poco (27 dólares) por dejarme dormir esta noche en una habitación simple. Estoy muy cerca del área donde la dinastía Joseon construyó 3 de sus famosos 5 palacios. Los tres de aquí son el Chankdeokgung, el Changyeonggung y el Gyeongbokgung. Desde fuera lucen bellísimos: espero poder apreciarlos desde dentro.

Tras la ducha y la siesta de rigor, caminé por las calles para encontrarme con un nivel de vida altísimo. Con un dólar no se hace casi nada, excepto comprar una botellita de medio litro de agua. Nomadeando, me encontré con un sinfín de casas de comidas, en donde se deja el calzado en la puerta, se sienta en la posición típica coreana (cola en el suelo, piernas flexionadas con los pies tocándose, una apoyada en el suelo, la otra en

perpendicular) y se come en mesas bajas. Los más apreciados de estos restaurantes son los que exhiben la comida viva en peceras, en los escaparates: las pescaderías. El destino de esos peces, anguilas, lenguados, lampreas y mariscos es de suponer... y por los aromas que surgen del interior, no dudo que los platos preparados con ellos serán deliciosos. El precio de esos platos ronda entre 15 y 40 dólares, pero puede comerse en una fonda "de gente común" por 4 o 5 dólares... igual de bien.

Mis pasos me llevaron por casas de instrumentos (gongs y los famosos tambores tradicionales coreanos, de los cuales hay casi una docena de tipos, algunos de los cuales tienen mi tamaño, decorados con dragones lacados), de ropa de seda y sombreros tradicionales, de cines (con mucho cine coreano y oriental y poco hollywoodense, afortunadamente), de modernas cervecerías, de casas de ropa, de panaderías...

Mañana jueves, mi cuarto día de viaje, me estaré moviendo a mi hotel definitivo (*Best Western Vision*) en otro barrio de la ciudad (Seúl se divide en zonas o "gu" divididas a su vez en distritos o "dong". Yo me voy a otro de los 522 *dong* de Seúl). Más descansado, con mi reloj biológico adaptado al ambiente, con más comida en el estomago y con más historias grabadas en mis retinas, les contaré un poco más de este mundo, a la espera del inicio del Congreso de IFLA, que será el sábado. De momento, se están desarrollando algunos *Satellite Meeting*: el mío (el encuentro satélite en el que participaré con mi primera ponencia) sobre Medicina Tradicional y Bibliotecas, se desarrollará el sábado 19, en las instalaciones de una conocida Universidad con Hospital basado en Medicina Tradicional (ya me he cruzado tres en Seúl).

Les envió un fuerte abrazo, perfumado de estos aromas culinarios tan deliciosos al paladar como lo son al olfato, y acariciado por el roce de las hojas triangulares de los ginkgos.

Nos leemos...

Agosto 17, 2006

Cuaderno de viaje 04: jueves 17 de agosto

Definitivamente, las calles de Seúl tienen mucho más para enseñarme que los pasillos del Congreso de IFLA. Así que aprovecharé todo mi tiempo libre para disfrutar estos callejones y estas avenidas pobladas de gente.

Me levanté decidido a comer como es debido (es decir, evitar la comida chatarra) y me fui a dar una vuelta matutina. Eran las 6 de la mañana, y la puerta del hostel estaba abierta (estuvo siempre abierta; nadie entiende mi miedo argentino al asalto y la invasión). A esa hora ya era de día, pero aun así era muy temprano. Por ende, los únicos que poblaban las calles eran los más pobres de esta sociedad tan rica, que deambulaban revisando basura o con sus carros, recogiendo cartones y metales, o bien se desperezaban después de su sueño en una acera. Es así: las sociedades tan poderosas y opulentas tienen unos pobres mucho más dolientes y dolidos.

Las primeras casas de comidas recién abrían sus puertas, así que luego de visitar un par de templos que me habían llamado la atención (dinastía Joseon, bellísimos...) me metí en la primera taberna que encontré con precios convenientes (entre 3 y 4 dólares por un plato).

No, la dueña no hablaba español. No, no había nadie más. No, a pesar de mis esfuerzos, no hablo coreano. Ya desistí de usar lo poco que sé porque es inútil. Ella

habló su lengua, yo la mía, y durante la siguiente hora me explicó todo lo que yo tenía que saber sobre cómo comer un plato de comida coreana. Mucho no aprendí, pero entre saber algo y no saber nada, la primera opción ya es positiva. La bandeja que me sirvió contenía un plato enorme de arroz blanco y glutinoso acompañado de carne de cerdo fileteada muy fina y frita en salsa de soja. Además, contenía cazuelas con sopa de soja roja (fuertísima, aunque de color claro), alevines de pescado secos y fritos, *kimchi* (plato nacional coreano, verduras fermentadas y condimentadas con muchísimo chile), nabo en salsa, calamares fritos y una especie de tortilla que sirve como pan y de la cual la dueña me repuso 4 porciones más. Esta tortilla está hecha de harina, mucho huevo, zanahoria, cebolleta y alguna verdura más (lo sé porque, mientras se reía y me explicaba cómo comer, la dueña la preparaba en una mesa vecina). Además de eso, agua y los infaltables palillos. Si bien sabía usar estos cubiertos orientales... creo que hacía unos años que no ejercitaba mis destrezas, porque la dueña se descostilló, y me explicó pacientemente cómo había que hacer, y cómo había que mezclar las comidas (hay un orden lógico y especial; no respetarlo sería como si alguno de nosotros mojara una papa frita en el café con leche matutino, o le pusiera azúcar a la sopa, o mezclara la ensalada con los fideos. Se puede, pero es raro).

Con esta delicia picante, satisfecho y con una sonrisa de oreja a oreja, volví al hostel a recoger mis cosas y salí hacia mi hotel definitivo (*Best Western Vision Hotel*), cargado como un mulo, bajo el calor y la humedad de una mañana de verano tropical. Mapa en mano, emprendí la marcha. Mi hotel quedaba a 7 km. Muy bien podría haberme tomado un taxi o el metro, pero... ¿dónde quedaría el gusto por caminar, recorrer, curiosear...? ¿Cómo ver todo lo que vi? Me crucé con gente trabajadora, invadiendo el

aire y las aceras con sus quehaceres, sus trastos, sus risas, sus charlas... Gente discutiendo, gente cocinando en los pasillos y callejones intrincados de esta ciudad, mercados de pescado seco y especias tradicionales, puestos de frutas y carne de cerdo cortada al estilo coreano (en finas lascas). Me rodeaban las hojas de las zelkovas y los arces brillando en su verde, y por encima del ruido de los coches sonaban las cigarras, destrozándose en su canto ante el calor implacable, y las libélulas rojas cruzaban de un lado al otro. Aquí me tropecé con la sonrisa de un niño adormilado, allá el dueño de una mueblería sacaba a tomar el aire a su pequeño bonsai de ginkgo, acullá una cocinera callejera ataba manojos de spaghetti en porciones adecuadas. Los aromas de todas las cocinas me llegaban a la nariz y de allí al estómago, y todos los anuncios me golpeaban la vista con sus signos en *hangul*, que ya sé leer pero cuyo significado se me escapa (a no ser que codifiquen palabras reconocibles).

Lo que se aprende de una observación tranquila, detallada, directa, no se explica en ninguna guía turística ni en ningún libro de viajes. Y por mucho que lo cuente aquí, no podría ni siquiera reflejar sino un pálido fragmento de lo que grabé en mis retinas.

Hallé el hotel sin perderme, me instalé y luego de la ducha y la siesta de rigor, salí nuevamente a patear las calles. Frente a mi hotel se encuentra el centro comunal del distrito ("gu") de Seongdong, en el cual resido ahora. Decir que este centro es mayor que la municipalidad de Córdoba es decir poco. El conjunto entero, inmenso, provee servicios oficiales de gobierno de distrito, es un centro cultural, y genera espacios para niños, docentes, jóvenes y ancianos.

Rodea al centro un hermoso jardín, con cada especie etiquetada con su nombre coreano y su nombre científico. Zelkovas, manzanos, ginkgos, pinos, todos ellos mostraban su follaje allí, entre matas de flores que desconozco pero que admiré por su belleza. Esta cultura profesa un especial respeto al árbol: tal cosa se aprecia en el cuidado a los que los someten, en su etiquetado con placas de metal, en su buen aspecto, y en su presencia en todos aquellos espacios a los que se quiera dar cierto confort. De hecho, son muchas las esquinas en las que hay parques con bancos de madera, con pinos bellamente cuidados y preparados y con toda una infraestructura que incluye camas (sí, lugares para dormir una siesta), bancos e incluso bibliotecas.

Precisamente con una de estas plazas me tropecé en mi camino, distraído mirando el vuelo de las libélulas como cometas rojas, cuando oí risas joviales de ancianos y ruido de fichas. "Dominó" pensé, y se me iluminó la cara con una sonrisa, porque amo ese juego. Ni corto ni perezoso allí fui, para hallar una multitud de viejitos jugando, a las risas y entre gritos. Pero no era dominó: era "janggi", un juego oriental, con la estructura del ajedrez, pero la velocidad de las damas. Aprendí a jugar al "janggi" en mi adolescencia, pero ya no lo recordaba, así que me acucillé al lado de una de las parejas (luego de la inclinación, la sonrisa y el saludo de rigor), saqué mi pipa, y me puse a fumar mientras miraba la partida (los coreanos son tremendos fumadores). A los 10 minutos, tenía a mi alrededor 4 o 5 curiosos. Diez minutos después de eso, ya esos curiosos me estaban dando una clase de "janggi". Jamás hubo traductor: ellos hablaron todo en coreano, y yo hablé todo en español. Aún así, nos reímos y yo recordé cómo se juega al "janggi", y participamos activamente en la partida ajena (meten las manos, proponen movimientos, mueven las fichas, se ríen del que pierde, le

dicen cosas...). Antes de irme me invitaron a que pasara otro día por allí para jugar alguna partidita con ellos.

Con dos sonrisas en vez de una, seguí mi camino, para tropezarme con una biblioteca infantil. Esta vez lo dudé: estuve casi media hora frente a los cristales que abrían el espacio bibliotecario a la calle (no, no había muros, sólo cristal en el frente) hasta que entré, me descalcé (como es norma en estas tierras) y pregunté, después del saludo de rigor, si alguien hablaba inglés. Sí, una bibliotecaria hablaba un poquito, y entre eso y mi coreano, nos pusimos a charlar más de una hora y media, tiempo en el que nos contamos como eran nuestros países, nuestras bibliotecas, nuestros trabajos, nuestras creencias sobre el servicio bibliotecario... Esta de la que les hablo pertenece a una ONG y está destinada a niños de 6 a 12 años. Tiene dos pisos: el inferior, destinado a los más pequeños y a sus madres, que vienen con ellos a hacer los deberes o a leer cuentos, y el superior, destinado a apoyo escolar, practicas de escritura y enseñanza de la lengua inglesa. El espacio posee estanterías no más altas que la estatura de un niño, abiertas, decoradas con colores vivos, con espacios para deambular para que se encuentren a gusto. Los hijos e hijas de las 3 bibliotecarias estaban allí con ellas, compartiendo su trabajo. Vi los libros que crea cada niño, ilustrando relatos, y vi los libros de relatos coreanos, con unas ilustraciones preciosas... Vi las libretas de lector, en las cuales se anotan los libros que cada niño lee, no para estadística, sino como un reto para el futuro y como un orgullo de ver todo lo que se ha leído...

Poseen una página de Internet que es una maravilla, y una colección de 4000 libros. Eso lo logran con un presupuesto de 5 dólares mensuales (sí, me lo decían con lágrimas

en los ojos y una sonrisa amarga). No saben cómo lo hacen, cómo se apañan, pero lentamente el tema va creciendo, y con mucha ayuda de los usuarios... van saliendo adelante. Estarán participando en IFLA el próximo miércoles (Sección Bibliotecas Infantiles), pero aún así estoy seguro de que las visitaré a menudo antes de ese día. Quizás aprenda a leer coreano, después de todo.

Me contaban que existen unas 50 bibliotecas infantiles en Seúl, y que 10 de ellas son de ONGs. Las otras pertenecen a empresas (10), al gobierno (10)... y a iglesias evangélicas (20). Estas sólo abren los domingos y días de culto, y es de ver el desprecio oculto que se mostraba en la cara de las bibliotecarias, no por la religión sino por la falta de trabajo y acción de unidades tan bien provistas. Las bibliotecas móviles se desempeñan en el campo, y hay programas para zonas desfavorecidas, dentro de la ciudad.

Hacen mucho hincapié en la relación madre-niño y en el papel de la lectura como punto de apoyo en la educación y en las relaciones familiares. Creen en la comunicación, y en el papel de la biblioteca como formadora de lectores, intentando proveer otras formas de entretenimiento que no pasen por la pantalla de una computadora. En la biblioteca se enseñan juegos tradicionales, y juegos con el cuerpo, y se hace mucho hincapié en la relación persona-persona, en el uso correcto del habla, en la interrelación y el contacto personal, que no pase por un celular o el chat (elementos que predominan en esta cultura). Enseñan a escribir y a disfrutar del tacto y las imágenes de los hermosos libros que poseen en sus estantes.

Me regalaron un libro de ilustraciones de autores coreanos, y un manual de bibliotecas infantiles redactados por profesionales coreanos, entre los cuales había participado Kim So-hee, la bibliotecaria a cargo de esta unidad. Y antes de irme, mientras me calzaba nuevamente y me despedía, se me acercaron con un par de *sotdae*, grullas, muy toscas en su forma, hechas en madera por los niños. Y me las regalaron. Me explicaron que es costumbre en Corea anotar un deseo o un sueño en la base que soporta la grulla. El ave se encargará de darle alas al sueño y hacerlo volar.

Mientras volvía a mi hotel, abrazado a esas grullas como un niño a un regalo valiosísimo, con un par de gruesos lagrimones en los ojos y tres o cuatro sonrisas (una era poca) en la boca, iba pensando que tengo un buen par de deseos para pedir.

Desde esta ciudad de tradiciones y modernidad, de gente abierta y amigable, de bellezas exóticas y cosas comunes (pero igualmente lindas) les envío un fuerte abrazo. Será hasta mañana.

Agosto 19, 2006

Cuaderno de viaje 05: viernes 18 de agosto

Los informativos coreanos laten al ritmo del ciclón tropical que, con débil intensidad pero igualmente poderoso, ya se está abatiendo sobre las costas del sureste del país, con lluvias torrenciales, marejadas tremendas y vientos que están desnudando campos de arroz y destrozando cosechas de frutas y hortalizas. Afortunadamente Seúl no está en la ruta de semejante fenómeno atmosférico, así que no hay mucho de qué preocuparse.

A puro bostezo, me encontré ante un desayuno coreano que incluía pasta fría con mariscos, *kimchi* (el plato nacional del país, verdura fermentada con salsa picante), unas pequeñas salchichas con decidida forma fálica, huevos, arroz y mucha fruta. Los noticiosos hablan de Corea del Norte, del ciclón, de los problemas de los metros de Seúl y de la corrupción de la política ciudadana (en todos lados se cuecen habas). Además, cuentan los resultados de los partidos de béisbol (el deporte más apreciado aquí; de hecho, los grandes estadios cercanos a mi hotel no son de fútbol, sino de béisbol) y promocionan algunas de las novelas televisivas románticas o históricas que darán a la tarde, hora en que las señoras y los señores se sientan, como en todo el mundo, a moquear con las pasiones y desgracias ajenas, que incluyen las de adolescentes enamoradas, chicos pobres con niñas ricas y *hwarang* (*samurais* o guerreros antiguos) situados entre el amor y el deber.

Mi ruta matutina me llevó a una plaza cercana, bajo unos pinos, con una fuente de piedras grises y unas rocas, en la cual hay una pequeña biblioteca para los paseantes que descansan a la sombra de estos árboles. Ya les hablé del cuidado que los coreanos dispensan a árboles y plantas, así que no se asombrarán si les describiese las miradas que recibí al cortar una hoja de arce. En fin, la biblioteca de la que les hablaba es una estantería cerrada con puertas de vidrio, en la cual lucen sus portadas unos 500 ejemplares. Una bibliotecaria (que, por lo que puede entender, pertenece a la biblioteca pública del distrito, la cual tendré que encontrar y visitar) se ocupaba de prestar los tomos. Quedé fascinado, no sólo por el servicio, sino porque las puertas de vidrio y los libros siguieran allí, sanos y salvos, después de un par de noches. Pero en fin, hay que reconocer que no todos tienen malas costumbres en este mundo (y que no todos las tienen en mi país).

El servicio es bastante usado, hasta donde yo mismo pude comprobar. Dejando atrás a los lectores, que disfrutaban alguna novela a la sombra de los árboles y entre el vuelo de las libélulas, me dirigí al COEX, el Centro de Convenciones en donde tendrá lugar el Congreso de IFLA. Ciertamente estaba lejos (aún me pregunto por qué demonios nos situaron tan lejos, pero en fin, a caballo regalado...) así que me decidí a experimentar el sistema de metro de Seúl. Por 1 dólar me transportaron hasta allá, con un sistema organizado, limpio, claro para los extranjeros... y superpoblado, como bien podrán imaginar en una ciudad como ésta. No es muy diferente del de Buenos Aires, por cierto. Llamó mi atención la gran cantidad de periódicos y *magazines* que se proporcionan de forma gratuita a la entrada de los metros. La gente los lee y los deja allí mismo, dentro del metro, en el portaequipajes, para que otros los sigan leyendo, o

se los lleven y dejen otro. Así, siempre hay material de lectura, al menos en las líneas céntricas.

Crucé el río Han, y sobre sus tumultuosas aguas marrones, inmensas, anchas, recordé que los propios coreanos me lo señalaron como una frontera entre el Seúl rico y occidentalizado (al sur) y el pobre y tradicional (al norte). Hasta ahora he recorrido el norte, pero en el sur están las oficinas gubernamentales, algunos museos y la biblioteca nacional. La diferencia es notoria, desde el vestir de la gente hasta la actitud de los jóvenes, desde los anuncios (totalmente europeos) hasta la música que se oye. Debo señalar que, en la zona norte de Seúl, toda la publicidad está protagonizada por coreanos/as. No es así en el sur, en la zona comercial.

[Agregando un punto más, la TV muestra todas sus propagandas al estilo coreano, y hacen escaso uso de publicidades con modelos europeos/as. Ciertamente, la cultura mercantil del este asiático es muy fuerte, y la producción de publicidad y cine es enorme, usando recursos nacionales].

El COEX resulto ser un enorme complejo de hoteles, centro comercial, acuario y centro de conferencias, todo mezclado entre anuncios y tiendas caras. Es decir, el corazón del consumismo de esta ciudad. El Congreso de IFLA todavía no daba señales de vida, y eso me alertó un poco, dado que la organización ya hubiera debido de estar en marcha. De hecho, mañana empieza todo.

Volví pronto a mis barrios del norte del Hangang, y decidí perderme un poco en los distritos del este, no sin antes probar repostería coreana, la más popular, la que se vende en las calles. Y debo decir que... en fin, no era para tirar cohetes. Se trata de una pasta base, de harina de arroz y agua, gomosa, blanca y sin sabor a nada. A esta pasta la tiñen, la recortan, la modelan de mil formas, y le agregan algunos frutos secos, un higo, un adorno de caramelo. El resultado es el mismo sabor siempre, nada de dulce, y una presencia gomosa difícil de masticar en la boca. Sí, reconozco que es un postre que no produce caries, pero no, no me gustó. He visto otras reposterías en las calles (buñuelos y tortas fritas, y panadería más europeizada) así que intentaré con eso.

Caminando, caminando, empecé a cruzarme con cruces esvásticas. Pero no, no se trata de grupos neonazis. La cruz a la que Hitler tiñó de tintes tan oscuros ha sido un símbolo religioso por milenios en Asia, y estas cruces (usadas también en los planos de la ciudad) marcan templos budistas. Hay muchísimos, y no se trata de grandes edificios, o de espléndidos ejemplares de arquitectura oriental. Son rincones, a veces sucios, a veces en callejones, adornados o no, en los cuales los budistas dicen sus oraciones. Nada más. Y nada menos. Alrededor de estos templos, en esta zona de la ciudad, me encontré con una multitud de dispensarios que venden medicina tradicional coreana, desde hierbas a cuernos, desde raíces a peces secos. Y las raíces de *ginseng* (vi algunas del tamaño de mi antebrazo) abundan por aquí, y se venden en los mercados como el pan nuestro. Las farmacias, asimismo, ofrecen servicios de acupuntura y moxibustión, y las colas para someterse a estas prácticas son larguísimas, hasta donde pude apreciar.

Además, alrededor de los templos se encuentran las tiendas que venden artículos religiosos, desde estatuas de Buda a incienso, desde rosarios "mala" de cuentas de madera gruesísimas hasta campanas ceremoniales o vestidos de oración. Un verdadero espectáculo para la vista del desconocedor, y un verdadero rincón de culto para los creyentes.

Y más allá, un mercado. Explicarles lo que vi en los puestos de ese mercado de barrio, totalmente popular, me demandaría muchas páginas. Imaginen una mezcla inmensa e intensa de pescados, verduras, hierbas, tubérculos y comidas. Imaginen aquí unos filetes de raya o unos cuchillos en manos hábiles, preparando lenguado o rape, o lavando grandes caracolas marinas, o navajas, o vieiras. Imaginen más allá un enorme surtido de enormes algas secas, hongos, hierbas medicinales, pimientos secos, especias de todos los tipos, arroces de 10 o 12 especies, soja de todos los colores. Unos pasos más allá, tortillas y panes, y quizás papas y batatas y otros tubérculos. Enfrente, toneladas de *ginseng* y de raíces de jengibre. Vendedores de sal marina y de granos de cebada perlada, o de sésamo, midiendo su producto no por el peso, sino con unas cajas de madera especiales con las que despachan, a precios más que económicos. Y el olor de todas las frituras, porque, así como se vende, también se come lo vendido o lo comprado. Y *kimchi* en todas partes, verduras de todos los tipos, fermentadas y especiadas, y pastas de todos los tipos de soja, y semillas y cortezas medicinales, y panes chatos, o bolsas enormes de alevines de pez seco, o de otros tipos de pescado salado, y atados enormes de fideos de harina de arroz (atan cada porción con los mismos fideos), y el aroma suave de pequeñas espirales de incienso colocados entre la comida para espantar a los insectos.

Me volví despacio, saboreando algo de fruta, cargado con algas secas y arroz. Definitivamente, podría contarse y hacerse mucho en esta ciudad si uno supiera hablar la lengua. Los coreanos están deseando preguntar de dónde es uno, si le gusta Corea, si... De hecho, lo hacen por señas, todo el tiempo. Gente común: el que despacha, el que pasa en bicicleta, el que se cruza y lo mira y pregunta. Los coreanos son así: aman relacionarse, en especial los mayores (los jóvenes son individualistas, hijos de esta nueva era de conexiones a Internet y celulares). Basta detenerse frente a un escaparate para que alguien salga, salude, se incline y pregunte si puede ayudarle en algo. Y no importa si uno no compra: estarán encantados de mostrar las cosas lo mismo.

Antes de escribir estas líneas, me pasé por una fonda cualquiera y me encontré frente a un enorme cazo de soja con *tofu* (requesón) colocado sobre una plancha caliente. Además de picar como los infiernos, estaba ardiendo, pero a los habitantes de este suelo les encanta así, y no voy a decepcionarlos. Afortunadamente, hay mucho arroz, *kimchi*, nabos, algas y brotes de soja para calmar el ardor... y una botella de agua a la que agregan un saquito de té de hierbas, y que, fría, sabe deliciosa.

Mañana iniciará el Congreso de IFLA, con las sesiones cerradas de los *Standing Committee*, los grupos que se encargan del gobierno de las diferentes secciones. Aunque yo pertenezco a uno de estos comités, no podré asistir a esta, su primera reunión, debido a que estaré participando en un *Satellite Meeting* sobre Información y Medicina Tradicional, en el que pretendo presentar una conferencia. Pero no me

pierdo nada: las reuniones de los comités organizadores son pura burocracia. Y, como pueden suponer, eso es algo que detesto.

[En la segunda reunión del SC trabajaremos un poco más en los textos de ciertas declaraciones de las que ya les hablaré. A esa no pienso faltar: eso me parece un trabajo más adecuado para un comité de ese tipo].

Desde estos barrios al norte del Hangang, poblados de gente sencilla que ama y disfruta la vida a los gritos y a las sonrisas, que se deleita con cada plato de comida, que se detiene ante cada extrañío y le regala unas palabras, que se preocupa por el que tiene al lado sin faltar a la cortesía ni invadirlo, les hago llegar un enorme saludo. Quizás desde mañana estos relatos se vuelvan un poco más técnicos y hablen más de bibliotecología (aunque dudo que pueda contarles nada nuevo... Quizás alguna idea, quizás alguna tendencia... No esperen muchos más). Aun así, no dejare de contarles lo que siento a cada paso por estas esquinas...

[Nota: En estos Congresos presenciales se aprende mucho desde el punto de vista humano y social. Nada más. Desde el punto de vista técnico, pueden aprender lo mismo que yo leyendo las ponencias desde el sitio de IFLA. Por ende, lo que les contaré sobre este Congreso —que espero que no me decepcione— serán cosas generales, tendencias de trabajo, cambios, ideas... De eso se trata. Casi todos los que vienen aquí no vienen a trabajar duro. Los que dictan conferencias, vienen a dictarlas y a pasear. Los que van a escucharlas, van buscando enterarse de alguna cosita nueva... y a relacionarse y a

conocerse. Los voluntarios son los únicos que se matan... y los organizadores y trabajadores de secciones difíciles también, porqué no decirlo].

En fin, desde mañana podré comentarles mejor cómo será todo esto. Mientras tanto, les dejo un abrazo enorme desde este lado del mundo.

Agosto 21, 2006

Cuaderno de viaje 06: sábado 19 de agosto

Las orquídeas florecían, en medio de un ambiente de paz y de silencio total, en el templo budista situado exactamente frente al COEX. Yo descansaba un rato, relajándome tranquilamente antes de partir para dar mi conferencia del día.

Llegué al COEX, el Centro Comercial y de Exposiciones en el cual se desarrollará el Congreso de IFLA, por la mañana, para registrarme en el evento y recoger mis cosas. Normalmente la organización provee una pequeña mochila o cartera en la cual va el programa de la conferencia, un libro sobre las bibliotecas locales, material en CD, propaganda y demás artilugios. Además, proveen la identificación de rigor, necesaria para asistir a todos los eventos.

El espacio es enorme, gigantesco, y me da la sensación de que será muy fácil perderse durante los primeros días de las charlas, buscando tal o cual sala. Sobre la organización podría hablar mucho, pero no tengo ganas de emitir críticas prematuras: al final del Congreso, dentro de una semana, les contaré qué me pareció el conjunto. Será, definitivamente, una actividad con fuerte presencia y participación asiática, punto que se explica por los altos precios de los viajes (además de los altos precios de inscripción al Congreso, que rozan los 700 euros). Fuimos pocos los afortunados que obtuvimos becas o subvenciones, y, por ende, la participación de colegas de horizontes lejanos a estas fronteras es limitada.

Desde aquel COEX, situado al sur del río Han (en la parte rica, comercial, cara y consumista de la ciudad) y luego de haber descansado en aquel templo budista, me dirigí al suburbio montañoso en el cual se desarrollaría el *Satellite Meeting* en el cual debía de participar como ponente. El Congreso de IFLA tiene el evento central (que inicia mañana) y, en los días previos, una serie de Congresos Satélites, que se desarrollan en la misma ciudad o en ciudades vecinas. Este año, los encuentros satélites han tenido lugar en China, Japón y Corea, y han sido organizados por varias secciones. Este en el que yo participe estaba coordinado por la Sección de Bibliotecas en Salud, y se titulaba "Información y Medicina Tradicional". Mi ponencia presentaba algunas experiencias en la recolección y organización de conocimiento médico indígena, remarcando la importancia de la biblioteca en la recuperación de saber tradicional sobre salud, y el rol que puede desempeñar en la difusión de nuevos conocimientos sanitarios en poblaciones de alto riesgo y poca información al respecto.

El metro me llevó —después de varios transbordos y cambios complicados, en los cuales estuve a punto de perderme— a un hermoso suburbio situado en las montañas que limitan el norte de la ciudad, y cuyas cumbres peñascosas se destacan entre el verde de las arboledas que las cubren. En aquel suburbio (Hoegi) está la universidad de Kyunghee, una entidad que dispone, como muchas en esta capital, de un Centro Médico / Hospital y de una Facultad de Medicina Oriental.

La medicina tradicional está tremendamente bien considerada en Corea, y en Seúl hay muchísimas boticas en donde se despachan remedios a base de *ginseng* (que, por cierto, cuesta 1 dólar por raíz) o de cuernos de ciervo. Asimismo, muchas farmacias

disponen de servicios de acupuntura. Muchas de las 37 universidades de Seúl incorporan entre sus facultades una de medicina oriental o tradicional. Y el Encuentro Satélite estaba orientado a resaltar la importancia de las bibliotecas médicas en la recuperación y conservación de este tipo de saber, transmitido a través de los siglos y en plena vigencia en estas sociedades tan modernas y desarrolladas económicamente.

La Universidad de Kyunghee me recibió con un campus montañoso, en el cual las cuevas abundaban, y cuyos edificios se levantaban entre bosquecillos densos de arces. Si bien quise visitar las unidades académicas y la biblioteca central, el hecho de ser sábado me lo impidió. Las conferencias empezaron puntuales, y a lo largo de las diferentes charlas se fueron desgranando un cúmulo de experiencias que nos llevaron a darnos cuenta de la importancia que, en sociedades con profundos acervos de información tradicional, puede tener una buena biblioteca. Pues el conocimiento ancestral —parte de nuestra historia y nuestra identidad— es igual de valioso que el moderno: ha permitido la supervivencia de las generaciones anteriores, y es, por ello, necesario para la supervivencia de las actuales. No por ser antiguo pierde validez.

Los espacios bibliotecarios pueden recuperar tal tradición, y proveer servicios de difusión de los antiguos y nuevos conocimientos. En particular, en mi experiencia en comunidades indígenas del NE de Argentina (la que presenté como ponencia) descubrí, con un grupo de maestros y profesionales de la medicina, que el análisis de la tradición oral sobre prácticas sanitarias de las comunidades locales permitía insertar mejor la información estratégica moderna dentro de su cultura. Asimismo, descubrimos que la

biblioteca es un excelente lugar para facilitar formación e información sobre distintas temáticas, sobre todo en salud.

Terminado el encuentro, que solo duró unas horas, y en las cuales compartimos almuerzo y un delicioso té, volví a la capital, perdiendo mis retinas en los barrios suburbanos, sencillos, simples, abigarrados, intentando levantarse entre tanto cartel.

No volví a caminar. Mañana comienza el Congreso, y debo descansar. Sin embargo, mientras el tren me bamboleaba suavemente, venían a mi memoria las imágenes del templo budista en el cual había estado por la mañana. Unas enormes puertas de piedra, con batientes de madera pintados con los rostros de antiguos dioses iracundos, permitían el paso por una vereda rocosa que se abría entre estelas de piedra negra, grabadas, con un gracioso techito gris, y levantándose sobre enormes tortugas y flores de loto. Mas allá se alzaba una pagoda, también de piedra, y ante ella se vendían unas velas enormes. Los templos, de altos pilares y techos de madera curvados y cubiertos de tejas negras (curiosas tejas con dos triangulitos sobre ellas) están completamente pintados, sobre todo en tonos verdes y rojos. El trabajo artístico que exhiben es bellísimo. Sus paredes externas están decoradas con imágenes de la vida del Buda o de las antiguas leyendas de los dioses. El interior es de madera, y es necesario descalzarse para entrar. Allí, en ese interior, flotan una paz y una armonía especiales, y destacan los tambores y gongs de las ceremonias, así como las enormes campanas de bronce.

No, no entré. Es un sitio religioso, y por ende no soy quien para entrar allí. Pero observé rápidamente, de un vistazo, a la gente orando sobre colchonetas, o

encendiendo velas frente a un muro cubierto por cientos y cientos de pequeños Budas dorados. Y sonreí al ver el techo cubierto de pequeñas farolas de papel. Docenas y docenas de ellas.

Luego me giré, y me asomé al segundo templo. Y allí, ante mí, estaba la gran estatua de Buda, flanqueado por la de otras dos deidades. En la penumbra, sólo destacaban las velas... Un anciano se inclinaba, con las manos juntas, ante ella, por tres veces consecutivas. Se me detuvo el pulso, y seguramente entreabrí la boca ante la belleza de la imagen. Era una imagen que se había congelado en los siglos, una imagen de una simplicidad y una belleza imponentes. Una imagen por la que había valido la pena cruzar el océano.

Sentado en las escaleras, descansando, miré al techo de uno de los templos. Bajo las tejas negras, en un saliente, lucía una cruz esvástica roja sobre fondo blanco. Las orquídeas florecían, los fieles portaban velas y cantaban antiguas oraciones. Y por sobre los tejados se alzaban las imponentes torres del COEX.

Eso es Corea. Tradición y modernidad unidas en forma íntima. Medicina tradicional en bibliotecas digitalizadas. Viejas respuestas para nuevas necesidades.

Quizás eso sea, también, la biblioteca. Una nueva forma de ver y de tratar viejas cosas. Quizás alucinemos con los nuevos milagros de la tecnología. Pero las respuestas que necesitamos siempre han estado en nuestras manos. Quizás sea preciso recordarlas.

Quizás sea necesario aplicarlas. Quizás sea suficiente acudir al sentido común, y empezar a trabajar de una vez.

Un abrazo, desde estas tierras calurosas y húmedas...

Agosto 22, 2006

Cuaderno de viaje 07: domingo 20 de agosto

El Bongeunsa, el templo budista que se alza frente al COEX y que les describiera ayer, se ha convertido en mi lugar favorito en esta ciudad, entre orquídeas blancas y ruido de cigarras. Desde allí me preparé para ingresar al enorme *Olimpic Hall* de la mega-estructura de convenciones y congresos de Seúl, para el acto inaugural del Encuentro de IFLA 2006.

Las medidas de seguridad fueron severas, debido a que asistieron al evento varios mandatarios locales, y por ende no se quería dejar ningún detalle librado al azar. Chequeo de pasaportes, de pertenencias e incluso de cámaras fotográficas, detectores de metales manuales, todas esas barreras tuvimos que superar los delegados antes de ocupar nuestros asientos en la enorme sala en la cual se levantaba un escenario magnífico, flanqueado por enormes pantallas. La sesión de apertura tenía traducción simultánea (pocas sesiones la tienen) así que los aparatos de traducción (similares a radios, con auriculares) se encontraban sobre cada asiento.

[Se tradujo al inglés / coreano, al francés, español, alemán y ruso, y también, dada la especialidad del encuentro, al chino mandarín. Normalmente solo se traduce a los 5 idiomas oficiales de IFLA, pero este año el congreso tiene características idiomáticas muy particulares, que no se pueden desconocer].

Después de las presentaciones musicales y audiovisuales de rigor, el discurso inicial estuvo a cargo de Alex Byrne, el actual presidente de IFLA, que este año termina su mandato (dos años; la nueva presidenta se llama Claudia Lux). Byrne ha hecho mucho hincapié, durante su presidencia, en el conocimiento indígena y en la alfabetización informacional. En su discurso, usó una buena metáfora. Relató que la invención de los tipos móviles metálicos en Corea, en el siglo XIII, se produjo por el incendio del palacio de Goryeo, en el cual se conservaban valiosos documentos. Ante la necesidad de reponerlos rápidamente, se crearon los tipos móviles. Por ende, de la destrucción surgió el cambio y la innovación. Byrne habló de la destrucción que sufre el mundo hoy en día, del intento de establecimiento de una "República del Miedo" en donde la intolerancia lleva a la lucha de hermanos contra hermanos. Habló con mucha vehemencia acerca del rol que debe jugar la biblioteca en estos tiempos oscuros, buscando lograr una sociedad más tolerante mediante la definición de identidades más claras y de vínculos multiculturales más sólidos.

A la vez, hizo hincapié en los resultados de la WSIS (Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información) que tuvo lugar en Túnez en marzo 2006, y que se ajustan a los logros del milenio planteados por la UNESCO: "libertad para saber, posesión del saber". Es decir, libre acceso a la información, y libre gestión de la misma. Esta es la única manera de garantizar el desarrollo de una sociedad sana y estable.

Byrne terminó su discurso diciendo que, al igual que con el palacio de Goryeo, deseaba que los desastres humanos actuales llevaran al desarrollo, en el mundo bibliotecario,

de nuevas tecnologías, nuevas herramientas y, sobre todo, nuevas formas de pensar.

[Espero que las últimas cuatro palabras hayan sido entendidas por algunas/os colegas que aun mantienen formas prehistóricas de pensamiento bibliotecológico. El mundo se mueve, y no solo en Seúl, ni en el ámbito de la IFLA. El mundo también se mueve en nuestro continente, y los cambios que debemos realizar no deben adaptarse a las circunstancias que nos dicten las potencias, sino a las nuestras propias, a las de nuestros usuarios. Debemos brindar información para su desarrollo.

Por cierto: es lamentable que tengamos que basarnos en desastres para actuar].

Acto seguido le tocó el turno a Ki-Nam Shin, el presidente del Comité Organizador Nacional, que no dijo nada relevante, excepto dar una cordial bienvenida y alegrarse porque muchos delegados de "países en desarrollo" pudieron estar presentes.

[Aquí, yo hervía en mi silla. En principio, por el uso del término "en desarrollo", que me sigue pareciendo peyorativo. En segundo lugar, por alegrarse por tal cosa, como si fuera un milagro y una bendición, cuando debería ser normal. Y no, no lo es: los costos de estos Congresos están pensados para gente con alta disponibilidad de dinero... y los que podemos venir sin poseer vil metal debemos rogar por una beca y considerarnos agraciados si la obtenemos].

A continuación se lució el alcalde de la ciudad de Seúl, Se-hoon Oh, el cual, aún siendo político, hizo un análisis bastante realista del poder de la información. La consideró un elemento crítico en el progreso de las naciones, una clave para el desarrollo académico, un tesoro de conocimiento valioso. Y aseveró que el número de bibliotecas de una región es un indicador preciso del grado de bienestar que tal población ha alcanzado. Y por bienestar, no solo se refirió al económico. Refirió que en Corea el aumento del número de bibliotecas fue de un 5000 % en los últimos 5 años.

[Sí, lo sé. Están pensando que los coreanos tienen dinero para lograr tal meta. Yo les diría que los coreanos tienen buenos dirigentes, que en vez de poner el dinero del pueblo en cuentas de las islas Caimán o de Suiza lo invierten en su propio bienestar. Pero en fin...].

El alcalde Oh refirió que para 2011 es el deseo de Corea tener una biblioteca en cada pueblo. Aquí fue evidente el compromiso de todos (no solo de los bibliotecarios, sino también del Gobierno) para el logro de tal objetivo. La unidad en torno a tal tema es algo que salta a la vista en los análisis que he tenido la oportunidad de hacer aquí: no se habla de iniciativas individuales, sino de iniciativas en las que participan todos los sectores.

A continuación siguió una presentación audiovisual de la historia del libro y la imprenta coreana, que nos refirió los avances desde el siglo VIII (primeros escritos religiosos budistas usando bloques de madera) hasta 1908 (el primer magazine coreano, *Sor Nyun*) o 1925 (el primer libro de poesía, "Flor de Azalea", escrito por la mayor poetisa

coreana, Kim Sor-wol). Hubo música tradicional coreana, con instrumentos de cuerda y un conjunto de tambores (el grupo Gong Myung) que nos hicieron vibrar la médula de los huesos (los tambores coreanos son golpeados con verdadera pasión en ritmos complejos, asemejándose mucho a los famosos "daiko" japoneses).

Y finalmente habló Dae-jung Kim, premio Nobel de la Paz 2000 y ex-presidente de Corea.

Este pequeño gran anciano pasó varios años de su vida en prisión por sus ideas políticas opositoras, escribiendo y leyendo. Bromeando, dijo que los libros habían sido sus únicos compañeros durante su cautiverio, y que, a pesar de que le brindaron la cultura que él tenía, prefería compañeros que respondieran cuando les hablaba. Aseguró que ha llegado el momento en que la biblioteca debe asumir un rol de real importancia en la historia de la humanidad. Si bien hasta ahora ha cumplido interesantes roles, no han sido más que puntos secundarios. A partir de ahora debe almacenar y recuperar toda la información existente, y acercarse a sus usuarios en todos los ámbitos y a través de todos los medios posibles, logrando el ideal de la "biblioteca ubicua".

[He leído este término varias veces ya. Les prometo que haré referencia al concepto apenas tenga un tiempo para explayarme sobre el mismo, pero les anticipo que es la palabra "de moda" ahora en el ámbito de la información: una biblioteca que esté en todos lados y que pueda ser accedida por todos. Es decir, virtual].

Kim estableció que la economía actual gira en torno a patrimonio cultural intangible, y que por ende los bibliotecarios poseen un gran poder entre sus manos. Afirmó que la pobreza es el origen de muchos de los males de este mundo, y que a través de la información, tales necesidades podrían ir siendo solucionadas y superadas (quizás olvidó que *el hombre es un lobo para el hombre*, y que hay muchos intereses creados respecto a la pobreza ajena, pero no soy quien para hacer apostillas a un Premio Nobel). Además, y haciendo referencia a la "Sociedad del Miedo" citada por Byrne, Kim apuntó que la biblioteca puede generar espacios de comprensión intercultural, lo cual permitirá ir eliminando lentamente el terrorismo y la violencia.

Con estas palabras e ideas (más que discutibles, por cierto), el acto se dio por terminado, no sin antes oír el himno de este Congreso IFLA 2006, llamado "Guiando nuestros sueños", una elegía a los bibliotecarios creada expresamente por un poeta y un compositor coreanos e interpretada por la Orquesta Sinfónica de Seúl y el Coro SMMC.

A partir de ese momento, comenzaron las sesiones. Al mismo tiempo, y en distintas salas, se desarrollan sesiones coordinadas por diferentes secciones, centradas en distintas temáticas. Tales sesiones suelen incluir entre 5 y 7 conferencias, con rondas de preguntas y coloquios integradores finales. Por ende, uno debe decidir qué es lo que quiere oír... y perderse 3 o 4 sesiones quizás interesantes. En realidad, los contenidos están en Internet dos meses antes del Congreso, pero es bueno oír la charla en directo porque se pueden hacer preguntas al orador, a la vez que conocer el trabajo de otros asistentes a la sesión. Por regla general, y como bien se comprenderá,

los que asisten a tales sesiones están interesados en el mismo tema y provienen de todo el mundo. Por ende, hacer contactos y amistades interesantes en esos ambientes es, quizás, lo más valioso. A su vez, realizar aportes al conocimiento que se expone, desde un marco regional, es también muy importante, para ayudar a ampliar el espectro de conocimiento manejado.

Decidí asistir a la sesión coordinada por UNESCO, llamada "Foro Abierto", en el cual se trataría el tema de la *World Digital Library* (Biblioteca Digital Mundial). Esta propuesta, encarada por UNESCO desde hace años, permitiría recuperar la cultura del planeta y ponerla a disposición de todos. Los oradores expresaron que, dentro de la "Sociedad del Conocimiento" (un concepto impulsado por UNESCO) la idea de "biblioteca" ha ido cambiando y ya excede el simple espacio físico: ahora, junto a las escuelas, la biblioteca es la que debe construir una Sociedad del Conocimiento igualitaria, que, por lo que se puede ver, pretende cimentarse en la creación de bibliotecas digitales. Estos elementos, según los oradores, parecen ser indispensables para lograr el mundo de la sociedad del conocimiento, garantizando la libertad de acceso y expresión.

Se presentaron varias experiencias, ente ellas la de la Biblioteca del Congreso estadounidense, y todas coincidieron en señalar los mismos puntos: intento de recuperar la cultura humana basándose en las principales culturas y lenguas, y en los principales textos representativos de tales culturas; digitalización de tales documentos y organización de bibliotecas en línea que permitieran acceder la cultura a todo el mundo.

Terminada la sesión, salí del COEX. Decidí que por el día de hoy estaba bien, y aquí me tienen, escribiendo. A lo largo del camino —mirando a los pobres pidiendo limosna en las estaciones de metro, a los ciegos cantando y pidiendo una moneda, a los vendedores ambulantes, a las madres cuidando a sus niños... — iba pensando en las estructuras mentales de aquellos que oí hablar. Parecen no darse cuenta de que existe una gran parte del mundo que jamás podrá alcanzar un nivel de vida suficiente como para poseer una biblioteca digital. Me recordaron a los novelistas de ciencia ficción de un pasado cercano, que nos pintaban un año 2000 plagado de prodigios. Me asusta que estos responsables de las políticas internacionales de bibliotecología estén tan ciegos. También me asusta que las miles de culturas minoritarias de este planeta —a las que siempre defiendo por ser la base de nuestra mayor riqueza como humanos: nuestra diversidad— sean siempre sistemáticamente olvidadas en los mayores mega-proyectos de bibliotecas virtuales (así como se las olvida siempre en los sistemas de clasificación bibliotecológicos más importantes). Me preocupa mucho que sean personas como esas las que dispongan del poder para escribir manifiestos, para emitir condenas, para anotar resoluciones, para firmar documentos importantes... Porque parecen estar ciegos ante los dolores de un mundo que padece.

Mientras caminaba, masticando algunas croquetas que le compré a una anciana en un puesto callejero, ya en mi barrio popular, me sonreía pensando en los miles de errores de organización que padece este Congreso, ya en su primer día. Y confié en que no fueran demasiados, y en que, al menos, no complicaran la vida a los ponentes. Porque mañana expondré mi segundo trabajo (en la sección de Bibliotecas Infantiles...) y me aterroriza pensar en problemas técnicos u organizativos.

Despacito, despacito, mis pasos me trajeron aquí. Hay mucho más para hablar, mucho más para contar. Pero hay mucho tiempo para hacerlo. En principio, esto ha sido un paupérrimo y brevísimo resumen de lo más importante de una velada que abre un encuentro que, espero, este plagado de buenas experiencias.

Los veo por aquí mañana. Hasta entonces, un fuerte abrazo desde este lado del océano.

Agosto 22, 2006

Cuaderno de viaje 08: lunes 21 de agosto

[Escribiendo desde el Internet Café de OCLC en la Exhibición de IFLA].

En mi anterior entrada olvidé referir que ayer domingo se inauguró, por la tarde, la exhibición de productos y servicios que IFLA incluye religiosamente en todos sus Congresos. En tales espacios encontrarán ustedes publicidad sobre los futuros encuentros IFLA (Durban 2007 y Québec 2008), promociones de avances tecnológicos (digitalización de libros antiguos, estanterías electrónicas, sistemas de préstamo y devolución robotizados e inteligentes), bibliotecas que muestran sus servicios (las Nacionales de Corea, Japón, Singapur y Sudáfrica están aquí), y los eternos traficantes de saber humano (EBSCO, Elsevier, Springer y demás cómplices).

La exhibición es muy concurrida, no solo para obtener información sobre los últimos avances y gritos en tecnología digital, sino también para llevarse un "souvenir" del Congreso (bolsa, lapicera, marcador de libro), una tarea a la que algunas/os colegas se dedican con ahínco y dedicación.

Aclarado este olvido (fruto del cansancio), hoy lunes tuve que exponer mi segunda ponencia, en la sección de Bibliotecas Infantiles (que inició sesión entre las primeras, a las 8:30 de la mañana). La sesión, centrada en la temática de "Alfabetización y lectura familiar" comenzó con una ponencia de Young Sook-song (de la Universidad Daegu de

Seúl), que realizó una revisión sobre los programas y servicios de lecto-escritura infantil y familiar en Corea, una información que también está incluida en un libro que nos han regalado a cada participante. Song reportó que para 2005 Corea contaba con 457 servicios infantiles (incluyendo los proporcionados en 389 salas especializadas). La explosión se dio a partir de 1990. En 1998 el programa *Small Libraries* comienza su labor desarrollando recursos, y desde 2003, el *Miracle Library Project* (apoyado por fondos logrados a través de un concurso televisivo) inicia su labor de creación de unidades. Estas bibliotecas *Miracle* se basan en un modelo cooperativo muy curioso: son gestionadas por manos privadas y gubernamentales a la vez (ello explica el financiamiento y la independencia; como ambas partes tienen el mismo objetivo, no hay conflicto de intereses). En 2003 la KLA (Asociación de Bibliotecarios de Corea) crea el Comité de Trabajo para Servicios Infantiles (que se plantea mejorar la calidad del libro, el apoyo a la lectura...) y el mismo año comienzan los proyectos.

Entre ellos, el más lindo es "Abuelas hermosas", un sencillo programa de narración de cuentos en el cual se entrenó (sí, se le dieron clases, como lo leen) a las abuelas voluntarias para que aprendieran expresión corporal, narrativa, expresión oral, canto y mil cosas más. A partir del final de su entrenamiento, empezó el servicio, en el cual se rescataban tradiciones culturales coreanas (cuentos, leyendas, juegos, costumbres, fiestas, comidas) y se difundían entre los niños. En el intermedio de la sesión pudimos apreciar un ejemplo de su actividad: un cuento tradicional ("la vieja y el tigre") actuado, cantado y jugado por un grupo de abuelas que nos hicieron participar por completo al ritmo del *changu* (un tambor en forma de reloj de arena), convidándonos luego con un tazón de sopa de soja roja.

La sesión continuó con experiencias en países francófonos y Reino Unido, y con una valiosa presentación japonesa sobre el *Bunko*, un sistema que ahora abunda en Argentina, en el cual una biblioteca privada se abre al público, y su propietario —sin previa formación bibliotecológica— se convierte en bibliotecario. Los motivos que originan este fenómeno son siempre los mismos: ausencia de bibliotecas públicas / populares, o falta de servicios apropiados.

Y para cerrar la mañana llego mi conferencia, que presentaba las experiencias de un servicio que llame *Qadede Ida?at* ("antiguas tradiciones") y que desarrollé hace algunos años en comunidades indígenas del NE de Argentina. En esa experiencia conecté abuelos con niños y tradición oral con lectura bilingüe.

De esa sesión pasé al Debate organizado por la FAIFE, una sección importante dentro de IFLA (las siglas significan "Libre acceso a la información y libertad de expresión"). En realidad, no es una sección en sí, sino una "Core Activity", es decir, un área de actividad intensiva y amplia. El debate se centró en torno a los periódicos daneses que publicaron caricaturas del profeta Mahoma. En definitiva, se pretendía debatir sobre el valor de la libertad de expresión, y hasta donde ejercerla sin superar las barreras del derecho ajeno. Como era de esperar, el debate no condujo a ningún sitio, como siempre ocurre cuando se enfrentan dos posiciones completamente opuestas. Pero escuchar las vehementes presentaciones de algunos colegas valió la pena.

A las 13:45, finalizado el debate, me dirigí a la sesión de la sección de bibliotecas médicas (Bibliotecas en Salud y Biociencias), con la cual ya expuse el sábado y volveré a

exponer mi tercera ponencia el próximo miércoles. Esta sesión de hoy trató sobre el rol del "informacionista" (otra palabreja de moda ahora mismo por estos ámbitos, y que resulta ser un bibliotecario digital, en líneas básicas) definiendo el concepto y presentando algunas experiencias.

Tras estas charlas me dirigí a la entrega de los premios que la Fundación Bill y Melinda Gates otorgan al mejor programa de acceso a la educación (un millón de dólares). Este año lo gana una ONG de Nepal, READ (siglas de "Educación y Desarrollo Rural"), una institución que trabaja en comunidades aisladas apoyando bibliotecas comunitarias locales que actúan como centros educativos. El premio les permitirá expandir sus estructuras. Esta dotación económica ha sido administrada desde 2002 por el Consejo de Bibliotecas y Recursos Informativos.

Y con esto terminó mi día. A la noche nos espera una cena con música y algo de teatro tradicional coreano. Ya les contaré. De momento, les hago llegar un enorme abrazo desde esta tierra en donde el número 4 no se escribe porque se asemeja a la palabra "muerte" escrita en *hangul*. Ya ven... costumbres por doquier, en una tierra donde son mantenidas a pesar del progreso. Quizás han entendido que progreso no significa suicidio cultural. Quizás nosotros logremos entender lo mismo, algún día.

Nos leemos por aquí...

Agosto 23, 2006

Cuaderno de viaje 09: martes 22 de agosto

Un manto de niebla gris se extendía sobre el río Han, mientras lo cruzaba temprano, asido a las manijas que pendían del techo del metro. El horizonte apenas si se veía por las ventanas: solo se percibía una línea gris desdibujada, siluetas de edificios altos y algunas de las montañas que emergen, como islas verdes, entre el mar de cemento de esta urbe.

Los habitantes de esta gran ciudad iban durmiendo en sus asientos, dirigiéndose a sus ocupaciones del día, mientras muchos otros leían. Es impresionante la presencia de la lectura en las calles de esta ciudad, especialmente en las manos de niños y adolescentes. Es también muy interesante comprobar cómo la población —por joven que sea— busca informarse de las noticias del día. Poca violencia encontraran entre las mismas: Seúl es la ciudad más segura que he visto en mi vida. La seguridad se siente en la piel, y basta con caminar por cualquier rincón unas cuadras para darse cuenta de que uno no corre el peligro que correría en otros puntos del mundo. Muchos compatriotas se asombrarían al ver las enormes pantallas de plasma que están, sin protección alguna, en las estaciones de metro. También se asombrarían al comprobar la escasa presencia de la policía.

Mientras el metro me marcaba su ritmo, recordaba la noche del lunes, en la cual los participantes del Congreso de IFLA disfrutamos de la recepción que nos proporcionara

el Ministro de Cultura y Turismo de Corea en el *Pacific Hall* del COEX. En la misma, el propio Ministro, Myung-gon Kim, nos recibió con un discurso en el cual enfatizaba el progreso que las bibliotecas han tenido en Corea desde que se comenzó la informatización de las mismas en 2000 y desde que se lanzó el programa *Small Libraries* para que cada comunidad tuviera la suya. Remarcó que la biblioteca tiene, hoy por hoy, un lugar importante en la vida cotidiana de los coreanos (algo de lo que no nos podemos enorgullecer muchos). De hecho, dada la importancia del asunto, se está formando un comité presidencial para ocuparse de la coordinación de los principales aspectos concernientes a redes de trabajo, presupuestos, políticas y servicios.

Tras tales palabras, y después de una opípara cena en la que degustamos los mejores platos de la cocina tradicional coreana (estilizados al gusto europeo, y carentes por ende del gusto popular, mucho más picante) y contemplamos la preparación de algunos de ellos en directo, presenciamos la representación de una selección de escenas de un musical titulado *Gokdu-byulcho*. Este musical ha sido producido por el Centro de Arte y Cultura de Ansam, y recoge una tradición histórica local poco conocida: la creación de un ejército (*byulcho-gun*) de artistas vagabundos (*gokdu*) para combatir a los invasores chinos. La puesta en escena, preciosa, fue acompañada por música en directo, interpretada por una orquesta tradicional, compuesta exclusivamente por instrumentos de cuerda, viento y percusión coreanos.

Así inicie mi día, con buenos recuerdos de una noche pasada que se había cerrado con baile multitudinario al ritmo de la música disco de los 90. La imagen de cientos de

bibliotecarios saltando y moviéndose a ese ritmo es algo inolvidable, que rompería muchos estereotipos.

Mi día martes inició con una visita a la sesión de la Sección de bibliotecas para personas discapacitadas, que estaba centrada en el problema de la dislexia. Dado que no fue de mi gran interés (y que podía leer luego los textos bajando los documentos del sitio de IFLA), me hice una escapada a una sesión simultánea, la de la Sección de bibliotecas agrícolas. Esta se centraba en experiencias puntuales de difusión de información en algunos países "en desarrollo" (Sri Lanka, Botsuana, Túnez, India). Terminada esta, y un poco aburrido, vagué un rato por los anchos y alfombrados pasillos del COEX, viendo el ir y venir cansino de los pocos colegas madrugadores (muchos estarían paseando y haciendo compras por los mercados de Seúl...). Recordé que la presidenta electa, la berlinesa Claudia Lux, había convocado una tormenta de ideas para definir una agenda de trabajo para su mandato. No participé, sino que observé atentamente la labor de las distintas mesas, y al final... sí, colegas, al final muchos coincidieron en señalar la importancia del trabajo en bibliotecas digitales (otras líneas temáticas fueron conocimientos indígenas, libertad de expresión y acceso a la información).

[Este fervor por las bibliotecas digitales se nota mucho en Latinoamérica, en donde, para el año que viene, el Congreso Iberoamericano de Bibliotecología tiene como título "Bibliotecas digitales". Sigo repitiendo, y lo haré hasta el cansancio, que la digitalización de las bibliotecas está muy bien, pero que no debe olvidarse que proporcionamos un servicio. Realmente parecemos

fascinados ante un espejismo, y creo que, en tal situación, estamos perdiendo el rumbo].

A mediodía me hice una escapada al área de Exposiciones (en donde seguía el trajín de promoción de servicios) para colocar mi póster, dado que, entre hoy y mañana tendrá lugar la exhibición de los mismos. Me dirigí, pues, al lugar que nos habían asignado (el fondo del salón, en un lugar bastante apartado...) y coloqué mi trabajo.

[Aquí hago un paréntesis para comentarles que, normalmente, preparo pósteres realizados a mano, en papel mache, totalmente artísticos. El punto es captar la atención del que pasa, encandilado por tanta información. Una vez captado el oyente, la información valiosa se le entrega en un panfleto de mano, explicándole, a grandes líneas, cual es la idea del proyecto. Así trabajo yo. Mi propuesta de este año fue "memoricidio". Llevaba para ello un hermoso póster. Sin embargo, el trabajo no sobrevivió al viaje, y llegó totalmente destrozado. Por ende, me fue preciso improvisar. Y lo hice. Pegué un pequeño trocito de papel a la enorme tarima blanca, y debajo coloqué un cartelito que decía que ese pedazo de ceniza era parte de un póster que contenía información valiosísima y bellas imágenes, y que el autor lo había quemado a propósito para demostrar en la práctica los terribles efectos del memoricidio. Y que aquel que quisiera más información podía tomar un panfleto. Fue el póster más barato de mi vida: no me costó nada. Y también fue el más efectivo: a la hora de haberlo puesto ya se había corrido la voz del "postercito" y me habían sacado no sé

cuántas fotos, y había recibido no sé cuántas felicitaciones por la originalidad de la idea... Si ellos supieran la historia verdadera...].

Las sesiones de pósteres suelen ser las grandes olvidadas en los Congresos. Suelen ser colocadas en horarios intermedios (en los que todo el mundo se va a comer) y en sitios inoportunos (apartados, sin luz, pequeños, poco marcados). Los pósteres, además, no suelen estar nunca bien realizados. Por lo general son densos textos ante los cuales pocos se detendrían. En este caso de Seúl, existe un problema agregado: la mayor parte de la audiencia es asiática, y pocos hablan inglés correctamente (algo que también ocurre en nuestro continente). Muchos ni siquiera lo hacen (incluyendo a muchos organizadores y voluntarios). Casi todos los pósteres y ponencias están en inglés (único medio de comunicación común). Por ende, pueden imaginarse ustedes las complicaciones que se están generando en este evento, y que pueden conducirlo a un cierto "fracaso".

[Ya que estamos en el terreno de las críticas, debo anotar además que la organización es un tanto desastrosa, que hay muchas cosas que no se han contemplado, que los servicios de información y traducción son deficientes... En fin, es lo que hay].

Después de las dos horas de rigor acompañando mi póster, me fui corriendo a la sesión de la Sección África, que trabajó sobre conocimiento indígena, con excelentes ponencias que trataron el tema del copyright y el saber aborigen (un tema verdaderamente candente), los retos de conservación del saber nativo, el rol de las

bibliotecas y las universidades en tal trabajo. Desde la presidencia de Kay Raseroka, y ahora con Alex Byrne, IFLA ha hecho mucho hincapié en la recuperación del saber ancestral y en el rol de la biblioteca en tal labor. Y esto se nota en muchas de las actividades planteadas en estos encuentros.

Otra de las líneas de acción planteadas por Byrne es alfabetización informacional, dado que todo este ambiente digital que está dominando la escena bibliotecológica actual no serviría de nada si los usuarios no supieran emplearlo. Por ende, hay que ocuparse de educarlos al respecto. Saliendo de la sesión africana, me dirigí precisamente a la sesión de alfabetización informacional, en donde se presentaron algunas experiencias puntuales.

Caminé luego por las calles, mirando a las madres y a los padres con sus hijos. La protección y el cariño que se les brinda a los pequeños por estos horizontes es algo hermoso de presenciar. Es la misma que les dan a los árboles (cuyos troncos, en especial si son pinos, se vendan antes de trabajar cerca de ellos) y a las flores (que, hasta ahora, no he visto cortar jamás). Me pierdo por los callejones, entre esta neblina que vuelve aun más tenue el ambiente citadino, y me pregunto si verdaderamente estos encuentros tienen un propósito, un sentido. A veces pareciera que las verdaderas experiencias, las que valen, quedan fuera de estos ámbitos. Pero me consuelo, mientras me pierdo por las callejas del Imsa-dong, pensando que al menos ciertas ideas o ciertas informaciones transmitidas desde estos eventos y a través de sus participantes, pueden despertar propuestas en algún rincón del mundo, y ser, por ende, útiles.

La tarde va cayendo, y llovizna. Los ginkgos balancean sus hojas triangulares, y las cigarras han callado. Definitivamente, la mejor enseñanza de este viaje la estoy obteniendo en estas calles, que me permiten pensar en paz.

Un enorme abrazo desde estas costas orientales... Nos leemos mañana.

Agosto 23, 2006

Cuaderno de viaje 10: miércoles 23 de agosto

Los abanicos se abrieron lentamente, formando una frágil y sonriente flor de tonos rosados, temblando al ritmo de flautas y cuerdas milenarias. Ellas se movieron grácilmente, como verdaderas flores humanas bajo el viento, y ese sonido y esa imagen se me clavaron en la garganta y me llenaron los ojos de una neblina de emoción que aun no me puedo quitar.

Fue en la noche del martes, en la velada cultural que nos ofreciera la organización del evento de IFLA (hasta ahora, la actividad más acertada que he presenciado en todo este Encuentro). Fue en el Centro Sejong de Artes e Interpretación, en pleno centro de Seúl, un edificio grandioso que simulaba una antigua casa tradicional coreana. Allí, en un escenario incomparable, bordeado por uno de los órganos más grandes que he visto en una sala de teatro, la Compañía Nacional de Changgeuk (interpretación tradicional), la de Danza y la Orquesta Nacional nos deleitaron con un repertorio inolvidable.

[Es preciso señalar que la Orquesta Nacional está compuesta únicamente por instrumentos tradicionales coreanos].

El repertorio comenzó con *soojaecheon*, música cortesana, de cadencias suaves, pobladas de sonidos de flautas agudas y cuerdas de seda. El telón de fondo era un

antiguo grabado oriental de tonos sepias, mostrando montañas, transportándonos a las eras de los grandes reyes que se deleitaban oyendo precisamente esos sonidos. Tras ello, presenciamos una marcha marcial, con estandartes y ritmo más marcado, llamada *gugunak*. Luego se presentó en escena el cuerpo de danza, mostrándonos las figuras de un baile extremadamente delicado, casi etéreo.

Lo que siguió fue impresionante: una sesión de *pansori*, uno de los estilos nacionales más auténticos y arraigados; una mezcla de narración y canto a través de la cual una mujer lanza al aire una historia, entre exclamaciones, giros vocales y una exquisita técnica de canto ancestral, mientras un músico, provisto de un *changu*, la acompaña, completando a veces el relato con interjecciones o preguntas. A continuación, un enorme barco se desplazó por el escenario entre un mar de humo, y los navegantes entonaron un canto de marineros de las costas del sur.

Hasta aquí la primera parte. La segunda nos erizo la piel: una danza titulada "Sangomu, ogomu", en la cual más de 40 tamboreras (la mayoría eran mujeres) alineadas en tres filas, rodeadas por estructuras verticales de madera que ponían a su alcance alrededor de 6 tambores, golpearon los parches a un ritmo estremecedor, realizando, además, combinaciones y figuras de danza, todas sincronizadamente. Me encantó ver el rol femenino en esta danza / interpretación: de apariencia frágil y delicada, estas damiselas golpearon con total pasión, casi salvajemente, los antiguos tambores coreanos. A ello siguió otro espectáculo sobrecogedor: la danza de los abanicos o *buchaechum*. Siguió una interpretación de la Orquesta Nacional acompañando a 4 músicos tradicionales con tambores, que tocaron *nongak* (música campesina, de ritmo

infernol). Los músicos tocaban como poseídos por todos los antiguos demonios del taoísmo, con las piernas cruzadas en posición de yoga, con tambores, pequeños platillos y un gong.

Y para terminar, aparecieron en escena los gigantescos tambores (quizás de más de dos metros de alto, y con parches del mismo tamaño) y se interpretaron todas y cada una de las danzas de tambor de Corea, ensambladas en una sola suite. Así, un grupo tocaba música religiosa y acto seguido se encadenaba con mujeres jugando, seguidas por hombres en cosecha o en danzas de amor...

Decirles que salí con la vista llena de imágenes y el pecho lleno de sonidos es poco. Fue, realmente, una noche inolvidable.

El día miércoles estuvo lleno de actividad. Lamentablemente, entre hoy y mañana están programadas las visitas guiadas que organiza IFLA, y por ende hubo poca gente en las charlas. Mi día comenzó con una breve visita a la sesión de la Sección América Latina y el Caribe. Sin embargo, las presentaciones de las colegas latinoamericanas brillaron por su capacidad de aburrimiento, así que me lancé a los pasillos buscando una reunión que el Presidente de IFLA, Alex Byrne, convocó para crear una nueva Sección sobre conocimiento indígena. En la reunión había escasa audiencia (no más de 20 personas) así que la propuesta fue aplazada. A las 10:45 (cuando comienza la segunda tanda de sesiones) yo ya me encontraba en la que organiza la Sección a la que pertenezco (Poblaciones multiculturales), reencontrándome con mis viejas colegas y amigas, y conociendo un poco sobre experiencias multiculturales en Asia, más

precisamente en Japón y China. Lamentablemente me perdí una sesión simultánea sobre bibliotecas de arte que me interesaba mucho. Pero así se maneja este Congreso.

De 12 a 14 tuve que pararme dos horas frente a mi "póster", repartiendo mis últimos folletos y explicando a la audiencia —que se detenía a curiosear que era aquel pedazo de ceniza pegado al panel blanco— de qué se trataba el memoricidio (muchos creían que yo mismo había inventado esa palabreja). Tuve que explicar a los organizadores la contingencia que tuve que enfrentar con mi póster original (dado que esta "improvisación" no cumple con ninguna de las normas previstas por IFLA) y obtuve como respuesta una franca sonrisa y unas felicitaciones por mi "creatividad" al superar tal problema.

A las 13:45 me escapé de la sesión de pósteres (que termina hoy) y me fui a la sesión organizada por la Sección de Bibliotecas de Ciencia y Tecnología, en la cual se trató nuevamente el concepto de "biblioteca ubicua", es decir, biblioteca virtual en la cual el "informacionista" tiene el rol de garantizar el acceso y la circulación libre de conocimiento para todos.

[Reitero que este "todos" incluye únicamente a la parte del mundo que sabe leer y escribir y que puede, además, darse el lujo de tener una computadora. Quizás para ustedes resulte común tener acceso a Internet o conocer el manejo de una PC, pero les aseguro que, después de vivir muchos meses en comunidades rurales e indígenas —las que abundan en mi país y mi continente— he aprendido a agradecer incluso el tener agua corriente, cama limpia, luz y

comida caliente. Quizás debemos mirar un poco más allá de nuestras paredes y ver cómo vive nuestra gente, para entender que estos delirios que nos traen de afuera —aunque sean muy útiles, y aunque puedan servirnos para muchas cosas— no responden completamente a nuestras expectativas. Recuerden que la palabra "todos" es muy grande, y efectivamente incluye a "todos".

Con esto no propongo que nos desentendamos de una realidad virtual que domina el planeta: sería muy estúpido hacerlo, y muy hipócrita de mi parte el recomendarlo, especialmente cuando me comunico con ustedes gracias a estas herramientas. Pero creo que debemos de ser conscientes de que esas soluciones deben ser conocidas como una opción más, pero no como la opción. Debemos trabajar desde un marco regional, respondiendo a nuestras necesidades puntuales].

A las 16:00 estaba presentando mi tercera y última conferencia en la IFLA, en la sesión organizada por la Sección de Bibliotecas Biomédicas. Mi charla expuso las dificultades que enfrentamos los bibliotecarios que proveemos servicios a profesionales de la salud, a la hora de obtener información actualizada y valiosa. Remarqué la presencia fuerte de la brecha digital y como se siente el poder de los traficantes de información, que venden conocimiento estratégico al postor que pueda pagarlo y abandona a los demás a su suerte. Rescaté algunas experiencias que permiten el acceso a esta información, en especial la de los archivos de acceso abierto. Y remarqué una estrategia empleada en Sudamérica por muchos bibliotecarios y documentalistas: la creación de redes de colaboración en las cuales compartimos recursos solidariamente,

de forma que cada biblioteca pueda contar siempre con algún tipo de información, y esté dispuesta a colaborar aportando la suya.

De allí, sin terminar de oír las otras conferencias, volé a la sesión organizada por la División de Educación e Investigación (una división agrupa a varias secciones) tratando sobre las actitudes tendenciosas dentro de la bibliotecología, en especial en lo referente a diferencias culturales y lingüísticas. Se presentaron muy buenos conceptos, que remarcaron el hecho de que la biblioteca no suele contemplar las diferencias y diversidades de sus lectores, sino que se pliega a un modelo dominante y fuerza a sus usuarios a aceptarlo si quieren leer. Esta generalización (muy extendida) debe ser solucionada si pretendemos generar espacios multiculturales que acompañen el desarrollo plural de nuestra sociedad.

Lamentablemente me perdí la exposición de libros infantiles organizada por la Biblioteca Nacional de Corea para Niños y Adolescentes y la Sección de Bibliotecas Infantiles. Pero espero tener la oportunidad de visitarla la próxima semana, durante mi estancia "libre de eventos" en esta ciudad.

Tampoco sé que destino corrió la propuesta de resolución que había presentado a IFLA la Asociación de Bibliotecarios de Lituania, para su consideración. En ella se condena al gobierno cubano por su "presión" a las bibliotecas independientes. Cuando leí la moción presentada por tal Asociación, reconocí en el texto, en forma inmediata, algunos fragmentos escritos anteriormente por el Sr. Robert Kent. Y las tripas se me revolvieron, especialmente porque se acusa al gobierno cubano de hechos sobre los

cuales no se aporta ninguna prueba. Y se pretende que IFLA apruebe ese documento en nombre de *todos* los bibliotecarios del mundo. Hasta donde sé, por charlas oficiosas, la presidenta de la Asociación lituana renunció a su petición, pero aun así la presentación ante la IFLA para que el texto se convierta en Resolución ya está hecha. Para contrarrestar tal hecho, los bibliotecarios cubanos presentaran hoy (fecha límite para la presentación de propuestas de resolución) otro texto solicitando la condena al bloqueo que sufre el país, exponiendo, en un trabajo de recopilación de datos, el efecto que tal bloqueo ha tenido sobre las bibliotecas (y por ende, sobre la cultura y la educación) cubanas.

Esta noche nos espera la recepción del alcalde de la ciudad, y mañana finalizan las actividades y tendrá lugar la ceremonia de clausura, en la cual se presentaran los logros principales del encuentro (previsiblemente centrados en bibliotecas ubicuas, rol de los informacionistas, terrorismo y tolerancia, biblioteca digital y conocimiento tradicional en las eras modernas) y se publicitará el encuentro del año próximo en Durban (Sudáfrica), al cual espero asistir (al igual que a uno de los *Satellite Meeting*, en Pretoria).

Sentado en este *PC-bang* (*cyber* coreano), me doy cuenta (ahora que leo lo escrito) que estos encuentros reflejan las políticas mundiales: división entre dos mundos, el de oriente y el de occidente; división entre dos hemisferios, el norte y el sur; división entre economías: los ricos y los pobres; división entre accesos a la información: los conectados y los desconectados, los informados y los desinformados. Divisiones, divisiones, divisiones... Es verdad que muchas secciones pretenden incluir, pretenden

igualar, y ese trabajo que hacen es magnífico. Pero las líneas de pensamiento dominantes en este encuentro (y en este planeta) conducen siempre a intentar igualar hacia arriba, es decir, a forzar a los pueblos del mundo a alcanzar el nivel de vida estándar "deseable" que tienen los países mal llamados "desarrollados".

Hay muchos y muchas que ya están persiguiendo la zanahoria porque es lo más "cool", porque está muy bien digitalizarse, porque está de moda, porque en Europa y en los Estados Unidos lo hacen. Y uno, sentado en esta silla, recuerda con lágrimas y rabia toda la pobreza que vivió en su vida y de la que fue testigo, y piensa que hay mucha gente que debería pasar al menos una semana en ciertas partes de nuestras tierras y ciudades para dejar de hablar estupideces y ponerse a diseñar, de una vez por todas, políticas realistas libres de discriminación y eurocentrismo.

Y uno también se da cuenta de que "los de abajo", los del Sur, debemos empezar a clamar en voz alta (y a los gritos si es necesario) para que este cambio se produzca, para que nos tengan en cuenta, para que dejen de decirnos cómo tenemos que actuar y nos ayuden a actuar como nosotros queremos o pensamos. Y uno se da cuenta, aquí sentado, lleno ya de lágrimas rabiosas, que quizás se deberían elegir mejor a las personas que nos representan en estos encuentros. Quizás muchas deberían ser enviadas a pasear a algún centro comercial, a comprar recuerdos y suvenires, dejando los lugares de trabajo a aquellos que realmente quieren trabajar, discutir, crear, generar...

Seúl me espera fuera de esta sala llena de computadoras. Seguramente esas calles me pintaran un sonrisón en la cara. Porque allí fuera está el pueblo, la gente, esas cosas con las que estoy más acostumbrado a convivir. Esto de las políticas, de los entreveros, de las "grandes señoras" de las "grandes asociaciones" y las "grandes amistades" y los "grandes contactos" no es lo mío. Lo mío es el trabajo con la gente que lo necesita.

Seguro que ellos me alegrarán la tarde con algún plato de *kimchi* picante y alguna historia, contada en coreano, entendida por señas.

Los dejo, pues... Será hasta mañana.

Agosto 25, 2006

Cuaderno de viaje 11: jueves 24 de agosto

Revolvía con mis palillos la mezcla de arroz y verduras picantes que me sirvieron en aquella simpática fonda, situada en un rincón aislado de mi barrio, en un curioso callejón zigzagueante. Revolvía el arroz, y cerraba, dentro de mi cabeza, el tiempo de Congreso que hoy acaba de finalizar.

La participación de colegas en la programación de hoy fue escasa, dado que hoy —como ayer— tuvieron lugar las visitas guiadas, en las que yo no participé porque no me gusta que me lleven de la mano a ningún lado, y porque tengo la posibilidad de visitar todo lo que quiera durante la próxima semana, días en los que continuaré deambulando (un poco más libre de compromisos) por Seúl.

Mientras levantaba algunas verduras de mi plato de *kimchi*, recordaba mis pasos durante la jornada. Pasé casi toda la mañana en una reunión que organizó la FAIFE ("Core Activity" de la IFLA) acerca del rol de las bibliotecas en el acceso a información sobre SIDA/HIV. En realidad, tal rol es claro, pero parece ser que las bibliotecas necesitan tomar conciencia de que su misión no es solo ordenar libros en forma bonita en estantes estables o crear hermosas bases de datos y páginas web, sino proporcionar un servicio a sus usuarios, un servicio útil, que sea de valor para los destinatarios. Las bibliotecas parecen olvidar, realmente, algo en lo que, desde estas páginas, siempre hago hincapié: el poder de la información que conservan entre sus

manos. El poder para proteger la salud, el poder para hacer respetar los derechos, el poder para establecer diferencias entre ignorancia y educación, entre odio y comprensión. Un poder inmenso, que muy pocas aprovechan.

Tras el debate —escaso, pero con buenas participaciones, centradas en la idea que acabo de expresar— y con toda la mañana ya ocupada, me dirigí a la sesión de clausura, en donde me enteré —a través del periódico del Congreso, *IFLA Express*— que la Asociación Lituaniana de Bibliotecarios había retirado la propuesta de Resolución presentada hace un tiempo (en relación a Cuba). Por ende, supuse que las colegas cubanas también habían hecho lo propio. Además, durante la sesión se presentó la ciudad en la que tendremos encuentro el año que viene (Durban, Sudáfrica) y se anunció que Milán será la sede para el 2009. Oímos algo de música sudafricana, nos enteramos de los premios al mejor póster ("Un estudio sobre el uso de bibliotecas públicas por indigentes en Taipei, Taiwán", presentado por Sheue-fang Song y Hui-tzu Hung) y a la mejor *newsletter*/boletín virtual de las Secciones de IFLA (la Sección de Bibliotecas Escolares y Centros de Recursos), y presencié el momento en el cual se aclamaba a la cubana Martha Terry como Miembro Honorario de IFLA. Martha —en un acto que me deleitó— dió su discurso en castellano, pidiendo que, los que quisieran comprenderla, se pusieran sus auriculares de traducción. Sus palabras presentaron en breve la historia de la bibliotecología cubana y todo el esfuerzo que hacen los colegas de aquella isla para salir adelante a pesar de las adversidades.

Y finalmente, dió su discurso el presidente de IFLA, Alex Byrne, cerrando el Congreso. Nos recordó los buenos momentos (sociales) vividos, y recalcó un par de ideas

rescatables de todas las sesiones: conocimiento indígena, biblioteca digital, bibliotecas por la tolerancia y la paz (recordando la situación de guerra del Líbano) y comunicación este-oeste. Nada más...

Seguía comiendo mi arroz con verduras en aquella fonda, mientras pensaba que ya se había acabado aquel Congreso, el primero de mi lista durante mi viaje.

Y pensé, con una sonrisa triste e irónica, que otro año más me había ocurrido lo mismo: me iba tan vacío como había llegado.

Me iba sabiendo que son muchos los que tienen los ojos y las bocas vendadas, son muchos los que ven solo su realidad, son muchos los que no se ponen a pensarla desde otros ángulos y nos fuerzan a aceptar el de ellos.

Me iba sabiendo que en mi universo latinoamericano son muchas las que se pelean por el honor de "ser más", son muchas las que acaparan puestos y viajes y distinciones sin hacer nada para ganárselo ni beneficiar a nadie, son muchas las envidias y las divisiones y poca la actividad y la lucha.

Me iba sabiendo que los pocos que gritamos en voz alta dentro de estas estructuras somos considerados "loquitos" o "izquierdistas" o "especiales"... y somos dignos de compasión y olvido. Me iba sabiendo que todo esto seguía siendo la misma mierda, un año más.

Pero... frente a aquel plato casi vacío de comida coreana, con la mirada perdida en los granos de arroz empapado en salsa, pensé que, al fin y al cabo, no me iba tan vacío. Me iba con un montón de amistades e ideas nuevas, ganadas en buena lid en pasillos y callejones, en charlas de amanecida o tardecitas cansadas. Me iba sabiendo, mejor que antes, que mi trabajo y mi lucha valen la pena. Sabiendo quién soy, dónde estoy parado, qué quiero y qué no quiero definitivamente. Sabiendo hacia dónde quiero ir, hacia dónde debo apuntar mis armas para evitar desperdiciar energía. Sabiendo qué hay que hacer, qué no hay que hacer, qué se puede y qué no se puede desarrollar. Sabiendo a quien puedo tener a mi lado y a quien no podré tener jamás, por muchos puentes que intente tender. Sabiendo que mi esfuerzo vale la pena, día a día, porque hago lo que creo y creo en lo que hago.

Quizás profesionalmente este encuentro haya servido para darme cuenta de la pobreza y la división de mi mundo latino. Pero, personalmente, me ha dado motivos para seguir luchando por su unión y desarrollo, y me ha dado fuerzas para continuar trabajando y creciendo como bibliotecario, una palabra que repetí en voz baja muchas veces, mientras volvía a mi hotel por los callejones, y que nunca —nunca— me había sonado tan linda, tan modesta pero a la vez tan poderosa.

"Bibliotecario".

Con esta entrada finaliza el reporte de actividades del 72 Congreso IFLA de Seúl. El día viernes tendrán lugar las sesiones de los Comités de cada Sección, un tema burocrático que no describiré. Por ende, aquí finaliza el relato del Encuentro, pero no el de mi

viaje, y mucho menos el de mi estancia en Seúl. Me quedan 38 días de travesía y varios encuentros y congresos profesionales en los que participare en Centroamérica, así que los invito a continuar a mi lado, especialmente porque durante los próximos días reflejaré en mis escritos aspectos de la realidad de Seúl que hasta ahora no pude reflejar (bibliotecas, museos, escuelas, universidades, política, vida social).

Desde estas costas bañadas por el mar de la China, les envió un fuerte abrazo.

Agosto 26, 2006

Cuaderno de viaje 12: viernes 25 de agosto

Los pasillos del inmenso COEX se han poblado de otras siluetas, de otras conferencias, de otros encuentros, de otras pancartas y otras voces. Pero ya no hay bibliotecarios. Somos pocos los que quedamos aquí, en las reuniones de los *Standing Committee* (Comités de Gobierno) de cada Sección. La Conferencia finalizó ayer por la tarde, con la reunión del Consejo General.

La apreciación personal que me merece todo el encuentro es la misma de cada año (y de cada Congreso): mucha palabra, mucho discurso, mucha gente paseando, mucha gente comiendo, mucha gente vanagloriándose... y poca acción real. Un alto porcentaje de los participantes en este tipo de Congresos son bibliotecarios que intentan aprender y descubrir cosas nuevas. Un pequeño conjunto está involucrado en el funcionamiento de la organización. De ese conjunto, son muy pocos los que realmente creen en sus ideas o construyen saber útil: la gran mayoría llenan las sesiones de palabras huecas y vacías.

La gran pregunta es: "¿Para qué sirve todo esto?".

La gran respuesta es: "Para muy poco".

Los bibliotecarios "comunes y corrientes" —ustedes que me leen, yo, mis amigos— necesitamos líneas-guía, experiencias, conceptos y métodos que nos permitan trabajar, que nos ayuden a desarrollar propuestas en nuestros ámbitos. A la vez, necesitamos espacios de discusión, de debate, de trabajo conjunto, de creación de modelos y alianzas. Necesitamos hablar de trabajo, de acción, de qué se hizo y de qué se va a hacer. Necesitamos crear, construir, generar, crecer.

Necesitamos saber hacia dónde ir y cómo hacerlo. Necesitamos soluciones para nuestros problemas y ayuda para nuestras caídas.

La gente que se reúne aquí solo presenta largas sesiones —leídas apresuradamente, de un PowerPoint a veces, y que pueden accederse fácilmente a través de Internet— de palabras y palabras y palabras. Ciertamente, algunas son más que interesantes. Pero, después de eso... ¿qué? ¿Dónde está el debate, dónde la discusión, dónde el planeamiento de estrategias reales para usuarios y problemas reales? ¿Dónde están las herramientas que los bibliotecarios del mundo necesitan?

No se molesten en buscarlas. No están ni se las espera. Y eso, precisamente eso, es lo que me enferma de estos espacios.

Pero, aun así, sigo viniendo. Porque hay alguna gente valiosa, porque hay corrientes subterráneas de contactos y alianzas que nos permiten, a los que pensamos de forma diferente, mantenernos conectados, conocer cómo se mueve este universo y saber cómo actuar en el futuro.

A nivel latinoamericano, muchas Asociaciones trabajan de la misma manera. Solo palabras. Ningún hecho, ningún apoyo a los colegas de su nación (y menos a los que no son socios), ninguna redacción de manuales o líneas de trabajo. ¿Me pueden explicar para qué sirve una Asociación Profesional en la cual no se trabaja en pos del desarrollo bibliotecológico nacional?

En nuestras tierras —y en otras lejanas también— hace falta gente que se ponga manos a la obra, que genere núcleos o pequeños grupos de acción en problemáticas reales y locales, que investigue, que estudie, que se forme, que comience a contactar con otros que trabajen igual, que creen redes, que intercambien experiencias y apliquen otros modelos y repliquen actividades. Es la única manera de crecer: en forma anarquista, horizontal, en equipo, en grupo, en forma orgánica. Las estructuras asociacionistas verticales en las cuales algunos destacan sobre los otros y ostentan cargos (que les permiten darse lujos como viajes al exterior) no son más que eso: estructuras verticales, que pocas veces —al margen de la organización de algún evento, la concreción de alianzas que no sirven de nada a los problemas puntuales, el contacto con entidades extranjeras, o la difusión de noticias— sirven para algo real.

Si las Asociaciones —incluyendo IFLA— quieren ser útiles realmente deben ponerse a dar respuestas concretas y tangibles a las necesidades reales de sus asociados. Las palabras son muy bonitas, pero cualquiera puede decirlas. Actuar es diferente: no cualquiera tiene el valor, la inteligencia o la constancia. Mientras no lo hagan, seguirán siendo lo que son en muchos puntos del planeta: corrales en donde pastan y se alaban

mutuamente las "vacas sagradas" de nuestra profesión. Al parecer los trabajadores, mientras tanto, deambulamos por fuera.

Hasta aquí mi opinión, que ya fue expresada ante algunas autoridades de IFLA... con la reacción esperable. Aprovecho ahora para contarles un par de cosas que les pueden ser de interés.

Por un lado, el Instituto de Estadísticas de la UNESCO está realizando tablas sobre las bibliotecas a nivel mundial (las últimas fueron elaborados hace 20 años). Para este trabajo solicitó ayuda, como es de esperar, a IFLA. Por ende, la Sección de Estadísticas de IFLA está solicitando la ayuda de todas las instituciones nacionales y regionales mundiales que se ocupen de recoger datos estadísticos sobre las bibliotecas, para lograr armar, de aquí a diciembre, una base de datos de contactos fiables que permitan, el año que viene, iniciar la labor de elaborar las estadísticas globales sobre bibliotecas.

Por otro lado, este año IFLA/FAIFE lanzó su reporte temático 2006, dedicado a bibliotecas y HIV/SIDA y titulado "Bibliotecas y la lucha contra el HIV/SIDA: pobreza y corrupción". Tengo toda la sensación de que hay que pagar por la copia, y bastante (sí, sí, lo sé, nunca van a liberar información valiosa...). Les recomiendo, asimismo, que visiten el sitio de la FAIFE y curioseen un poco: hay cosas que, en teoría, están muy interesantes (aunque escasamente se lleven a la practica en la realidad... pero eso es nuestra tarea).

A propósito, por si no lo sabían, hay una sección de IFLA dedicada a las bibliotecas de Latinoamérica y el Caribe. En su sitio encontraran las *newsletters* en español. Pueden escribir y preguntar por qué y para qué existen y se reúnen y qué sacamos nosotros, los bibliotecarios latinoamericanos, de su actividad.

También hay una sección dedicada a temas femeninos que ha desaparecido en 2005 (falta de trabajos y de actividad), pero que en esta reunión se ha regenerado como un grupo de discusión ("Mujeres, Información y Bibliotecas"). En un universo profesional preponderantemente femenino, ¿cómo es posible que los temas de género no se discutan? En el sitio de la sección —ya desactivado— encontrarán el archivo, en el cual se conserva la actividad pasada.

Viniendo para este *PC-bang* o cyber-café, me crucé con un muchacho que llevaba una remera con la siguiente inscripción: "El valor de una lucha no está en no caer. El valor de una lucha está en saber levantarse aun después de mil caídas". Creo que muchos de nosotros podemos aprender de esa frase, una frase que se expresa muy bien, en la realidad, en la figura de un *bonsai*: a pesar de los años, del talado, del maltrato al que se lo somete para lograr que conserve su estructura reducida, el arbolito se sobrepone y sobrevive a todo eso, volviéndose cada vez más fuerte. Creo que nosotros, los que nos miramos a los ojos y reconocemos en nuestras miradas la necesidad de "algo más", la necesidad de luchar, de pensar, de decir, de crecer, de aprender, necesitamos fortalecernos con nuestras caídas, con las ausencias que nos rodean... Necesitamos levantarnos y unirnos, coordinarnos, contactarnos, hablarnos, y empezar a trabajar en forma conjunta, a escribir, a pensar, a exponer. Porque, de no hacerlo, nuestro

pequeño universo profesional continuará siendo tierra de esos pocos que tanto nos asquean y que se deleitan hablando y alardeando de sus participaciones en Congresos de los cuales jamás comparten nada.

Desde un Seúl lluvioso, húmedo y grisáceo, les envió un abrazo enorme. Nos leemos por aquí mañana...

Agosto 26, 2006

Cuaderno de viaje 13: sábado 26 de agosto

El canto del bonzo —el monje budista— resonaba en las paredes de "mi templo" en la mañana, cuando los fieles se reúnen para sus oraciones. El canto era profundo, casi gutural, acompañado de un tamborcillo y unas campanillas diminutas... Sentado en el poyo de una puerta en el patio central, veía como los fieles se aproximaban a la pagoda central —de piedra, pequeña— y le rendían homenaje juntando las manos a nivel del pecho e inclinándose tres veces consecutivas. Luego quizás encendían una vela, quizás sacaban de entre sus ropas un sahumerio, lo encendían, lo ofrecían a la pagoda y lo enterraban en una enorme tinaja de piedra llena de arena, en donde ya humeaban muchos otros palillos.

Desde mi ángulo, aromado por el humo de aquellos inciensos, podía ver el interior de uno de los templos, repleto de creyentes budistas realizando sus oraciones, con sus enormes rosarios de cuentas de madera (*mala*) enrollados en sus manos. A mi lado las orquídeas blancas lagrimeaban agua de las últimas lluvias, y los pinos de allá enfrente, limpios, parecían más verdes y más tupidos. A pesar de estar en pleno centro, la paz era infinita allí. En ese lugar se concentran más de 8 templos, y ha sido el centro espiritual de Seúl desde hace 600 años. A cada momento veía pasar estudiantes de budismo, futuros bonzos, vestidos de gris, con un amplio sombrero de paja.

Los turistas extranjeros pasaban raudos, tomándose algunas fotos, sonrientes frente a los templos, y luego partían, sin quedarse un rato allí a escuchar aquel canto hermoso, rítmico, profundo, un canto de fe.

Escribía en mi diario, dibujando algunas de las estructuras que veía, cuando una anciana se me acercó, a mirar qué hacía, tan interesado sobre aquellas hojas y sin sacarme ni una sola foto. Sonrió, sonreí, y ella se fue. Al rato volvió con una hermosa linterna en forma de flor de loto, y me la regaló. Después averigüé que esas linternas son usadas en un hermoso festival que homenajea al cumpleaños de Siddharta Gautama, el Buda. Así que la ate a mi mochila y así la pasee por todo mi recorrido de hoy, feliz.

Mi trayecto me ha llevado por los mercados y las calles más populosas. Es impresionante la cantidad de celulares y PCs portátiles que hay en esta sociedad. Una estudiante de bibliotecología amiga, coreana ella, me comentaba que esos elementos son el cáncer de una sociedad demasiado desarrollada tecnológicamente: la gente casi no se habla, la gente lee menos de lo que debería, la gente se clava frente a una computadora o a una TV y vive pendiente de sus celulares (algo que pude comprobar personalmente en el metro, en donde nadie carece de un telefonito de avanzada tecnología en su mano derecha). Los miraba y pensaba que el desarrollo técnico tiene sus pros, pero también sus contras, y que ese aislamiento que provocan, esa individualización, esa ausencia de comunicación, son los elementos contra los que luchan hoy en día las bibliotecas públicas coreanas.

Este es un problema que, poco a poco, va apareciendo en Latinoamérica.

Los mercados me ofrecieron libros antiguos y revistas arrugadas, y un sinfín de materiales para la escritura y la caligrafía, que aquí sigue siendo un arte. A veces se escribe en *hangul*, el alfabeto coreano, pero aun se mantiene la tradición de usar el chino mandarín, considerado lengua culta. Sus *hanga* (*hanji* japoneses, es decir, los ideogramas chinos) lucen bellísimos sobre un papel tradicional que tiene la textura y la consistencia de una tela, y del cual ya llevo varios pliegos para mi casa. Los hay de varios colores, y no crean que se trata de una especie de papel reciclado, sino de arte hecho papel...

Más allá me encontré con las máscaras tradicionales coreanas. Cada máscara representa a un personaje determinado, como en la antigua *Comedia dell'Arte* italiana: el viejo, la dama, el joven, el tonto, el niño... Se realizan en madera, pero también se las encuentra hechas en papel. No he podido ver teatro coreano aún, pero espero hacerlo antes de partir, en una semana.

Las tiendas de instrumentos musicales tradicionales abundan, pues esta nación profesa un respeto y un gusto singular por su música milenaria, especialmente por sus tambores. Sus parches y cuerpos de madera lacada, decorados con los símbolos coreanos más antiguos (dragones, ying-yang) surgen en cada esquina. Una de las combinaciones más tradicionales de instrumentos de percusión (para la música campesina) es el *sambul*, que agrupa un platillo, un pequeño gong, un *chango* (tambor en forma de reloj de arena) y un tambor más grande, de sonido profundo. El primero

representa el sonido del rayo; el segundo, el del trueno y el viento; el tercero, el del veloz repiqueteo de las gotas de lluvia; el último, el paso de las nubes de tormenta, majestuosas y enormes... Los tambores hablan la voz de la tierra, y, por eso, están relacionados con antiguas culturas agrícolas, y tienen un poder muy especial. De hecho, ver una interpretación de música campesina ejecutada en estos inmensos instrumentos conmueve la piel y el corazón de cualquiera.

Más allá encontré una tienda de *hanbok*, el vestido tradicional coreano, compuesto por varias piezas complementarias. Una de ellas, un enorme pañuelo que permite alargar el cabello femenino y adornarlo, llamó especialmente mi atención por los hermosos brocados y decoraciones bordadas que exhiben.

Aquí y allá, en medio del mercado, los jóvenes chateaban desde sus celulares y los cocineros callejeros ofrecían enormes tentáculos de calamar frito o langostinos rebozados. Entre ellos se levantaban las tiendas de los tahúres, aquellos que leen las manos y los signos de las estrellas, un arte al que los coreanos parecen aficionados (de acuerdo al número de usuarios de tal "servicio" que vi). Con mucho gusto hubiera extendido las líneas de mi palma ante sus ojos, pero no hubiera entendido el resultado de las predicciones.

A partir del lunes reasumiré las visitas a museos y bibliotecas, de forma que pueda compartirlas un poco más de la realidad cultural de este país. Me comentaban algunas estudiantes de nuestra profesión, aquí en Corea, que las universidades que proporcionan este título (4 años) permiten a sus inscriptos elegir sus materias de

acuerdo a su gusto y conveniencia. Existen una serie de materias que deben cursar obligatoriamente, pues son las básicas, pero luego pueden elegir entre varias opciones, de forma que pueden orientar su formación hacia la catalogación, por ejemplo, o los recursos humanos o la gestión administrativa. Ciertamente, tanta especialización les quita una perspectiva más general de las cosas, pero habrá que ver qué calidad de docentes y currículos poseen. Por otro lado, es risueño comprobar cómo cierta "gran institución" latinoamericana de la bibliotecología anda promoviendo su oferta de Maestría en Bibliotecología –bien cara, como pueden suponer– con un currículo que copia exactamente lo estudiado en una licenciatura. ¿Podrían explicarme para qué quiero repetir lo que ya vi en mi carrera? ¿No se supone que la maestría debe especializarme? ¿Y no se supone que los que diseñaron tal maestría son los mejores en nuestro ámbito?

[Quizás estoy suponiendo demasiadas cosas...]

Grandes misterios de la profesión, que nunca resolveremos. A veces pienso que soy demasiado estúpido y no veo lo que los demás ven. Pero otras me da por pensar que veo algunas cosas claras, que los demás no quieren ver. Y no sé cuál de las dos opciones me desespera más.

Continuare deambulando, durante este fin de semana, por las calles de Seúl. Desde un enorme y mullido asiento de un *PC-bang* coreano, con mi linterna de loto apoyada en la mesa, les envié un enorme abrazo...

Será hasta mañana... *An-nyeung-hi-ga-se-yo!*

Agosto 27, 2006

Cuaderno de viaje 14: domingo 27 de agosto

"¿Puedo hacerle unas preguntas?"

Estaba en el *Tapgol*, "el parque de la pagoda", un bellissimo lugar en pleno centro de Seúl que antaño había sido un templo, en la era Joseon (siglo XV). Conserva monumentos importantísimos, como la pagoda de mármol de 12 metros que le da nombre, y fue un espacio histórico importante. De hecho, fue allí donde se declaró la independencia de Corea.

Allí estaba, les decía, cuando el joven coreano se me acercó y me empezó a hacer una encuesta. Debo decir que ese parque está lleno de turistas todo el tiempo (el principal turismo aquí es de origen japonés) así que para realizar entrevistas a extranjeros, no hay lugar más conveniente.

Las preguntas giraban en torno a la opinión y al conocimiento que un argentino podía tener de este país. Fíjense:

"¿Puede nombrar alguna personalidad coreana (escritor, político, actor...)?"

"¿Qué opinión le merece Seúl? ¿Cuáles han sido los problemas más serios que ha tenido?"

"¿Cómo se mueve a través de Seúl?"

Estas son preguntas típicas. Fíjense en las atípicas:

"¿Sabía que muchos coreanos comen carne de perro? ¿Qué le parece tal práctica?"

"¿Le parece que Seúl es una ciudad molesta, ruidosa, sucia o superpoblada?"

"¿Le parece que los medios de transporte están abarrotados?"

"¿Saben en su país que Corea está dividida en dos? ¿Qué se opina al respecto?"

En fin... He ido aprendiendo un poco sobre la cultura coreana en particular y asiática en general, y me he ido dando cuenta de que le dan mucha, muchísima importancia a la opinión que los extraños puedan tener acerca de ellos. Y les aseguro que intentan cambiar las cosas para brindar una imagen más acorde al concierto internacional.

[Personalmente, me parece algo deplorable, pero solo es mi opinión].

De hecho, cuando se comparan con otro país, siempre lo hacen con los más ricos. Ellos opinan que compararse con los más pobres no tiene ningún sentido. Por ende, ni siquiera los tienen en cuenta.

A diferencia de los japoneses, que son personas muy reservadas, y que intentan evitar todo conflicto para preservar lo que ellos llaman "wa" (estabilidad, paz), los coreanos suelen ser mucho más expresivos, hablar en voz bien alta, usar insultos, cantar y bailar todo el día si es preciso, y vivir con una pasión que pocos países de esta área conocen. Sin embargo, no por ello dejan de respetar una educación férrea que les inculca, desde pequeños, ciertas tradiciones muy elementales y básicas. Por ejemplo, el respeto a los mayores.

Los niños son amados, pero si bien las madres demuestran cuidados estupendos a toda hora del día (al menos, eso es lo que veo) no parecen ser merecedores del respeto que recogen los ancianos. Las mujeres también son respetadas, aunque el concepto de "caballerosidad" tal y como lo entendemos los latinoamericanos (bastante machista, por cierto) no es tan conocido aquí.

El rol femenino es muy importante. Las mujeres de cierta edad (entre 30 y 45) tienen un tremendo poder, y dominan en su sector etario. Son dinámicas, emprendedoras, y se han ganado un profundo respeto dentro de la sociedad. Las jóvenes generaciones siguen su camino. Las generaciones mayores conservan los roles tradicionales en una sociedad centrada en el sexo masculino.

El papel de la educación es importantísimo en este país, en donde se cree que con una educación especializada puede lograrse todo lo que se desee. Quizás sea cierto, como atestiguan los enormes progresos a nivel económico y técnico. Pero debería sondear

un poco más en las estructuras sociales para saber hasta dónde llega realmente el bienestar en una de las sociedades más ricas del planeta.

Desde estas tierras domingueras, lluviosas, cálidas y húmedas, en donde espero que, en breve, me surjan branquias y escamas, les hago llegar mi más sincero abrazo...

Nos leemos mañana...

Agosto 29, 2006

Cuaderno de viaje 15: lunes 28 de agosto

El Hangang (río Han) divide a Seúl en dos. Una mitad norte pobre, una mitad sur rica.

Era temprano, casi las 7 de la mañana, cuando ya estaba vagando por el nuevo barrio en el que estoy instalado, al este de la ciudad, en una zona de universidades y estudiantes (voy cambiando de residencia cada dos por tres). Los pequeños carros de comida comenzaban a alzarse en las aceras, y las mujeres que trabajan en ellos iniciaban sus tareas, calentando las hornallas y las piedras que ponen en las fuentes para conservar el calor y secar tentáculos de calamar, freír tortillas o saltear carne de cerdo. Aún la basura estaba desparramada por unos callejones que no lucen tan limpios como los de otras partes de la ciudad, y algunos borrachos de amanecida se estiraban en los bancos. Los comercios estaban cerrados, y sobre el asfalto de las calles flotaba un espeso vapor. Iba a llover, y yo sin paraguas.

Las clases comienzan hoy en algunas universidades, con el ciclo de orientación, que les permite a los estudiantes saber quiénes serán sus profesores y elegir mejor qué materias opcionales seleccionarán para su currículum anual. Las universidades coreanas son carísimas: dependiendo de la carrera, la matrícula anual oscila entre 8.000 y 15.000 dólares. Ciertamente, los propios seulinos aceptan que viven en una de las ciudades más caras del planeta.

Me preguntaba como hacían los jóvenes para sobrevivir en una ciudad así... y obtuve la respuesta cuando una colega —estudiante del último año de bibliotecología— me prestó su departamento por una semana, ahorrándome los dólares del hotel y permitiéndome adaptarme aun más a la vida local. El departamento es minúsculo, al mejor estilo oriental, y carece de toda comodidad: duermo en una colchoneta en el suelo, me baño en un espacio en el que apenas quepo, y me muevo por una cocina extra-pequeña. Algunos extranjeros me han comentado que ésta no es solo la vida que pueden darse los estudiantes: muchas familias viven así, porque uno de los problemas más graves en esta ciudad es la vivienda y su precio.

En fin, caminaba en una calle aún vacía de estudiantes, y mis pasos me llevaron hacia el vecino, cercano río Han. Cruzando el puente, me situé en una de las islas que forma el ancho curso de agua. Si bien es plana, la humedad y el calor han permitido el crecimiento de una flora exuberante, la misma que puebla las montañas que se alzan en medio de la ciudad. Este es otro contraste de esta enorme urbe: además de tradición y modernismo, también encontramos naturaleza y asfalto a partes iguales, y es realmente alucinante ver, de un lado de un muro, modernos autos KIA y Daewoo corriendo por una autopista de ocho carriles y, del otro, enormes zelkovas de doce metros enmarañadas de enredaderas y orquídeas.

Esa isla de la que les hablo es un santuario de aves... aunque a esa hora, o quizás este día o esta temporada, pocas encontré. Quizás el calor las haya desanimado a mostrarse, pues ya a esa hora (8 y media) me derretía y había consumido más de litro y medio de agua (y otro tanto había expulsado mis poros). En fin, eso es Seúl, eso es

Corea, mezcla estable de cosas que parecen inmiscibles. Pero creo que ese equilibrio entre opuestos forma parte de la propia naturaleza coreana: no en vano su bandera ostenta el símbolo del ying y el yang, el eterno combate y complementación de los opuestos.

En estas tierras, las bibliotecas asumieron otros nombres a lo largo de su larga historia. En principio fueron archivos reales, de alguna de las distintas dinastías que gobernaron por turnos el territorio, ora dividido, ora reunificado. Luego fueron monasterios y templos del budismo Mahayana, algunos de los cientos que abundan por aquí. También fueron sabios confucionistas y académicos del gobierno. Normalmente solo preservaban los libros: los usuarios eran pocos, limitados. Quizás algo parecido a lo que sucedía en la Edad Media europea.

Hacia el final del siglo XIX, los coreanos comenzaron a abrir los ojos al concepto occidental moderno de biblioteca (institución pública): así, entre 1884 y 1910 nace el aparato sociocultural bibliotecológico coreano.

Si bien nacieron como instituciones de iluminación social, pronto fueron degradadas por el colonialismo japonés (1910). La primera biblioteca pública coreana fue el Club de Lectura (Dokseogurakbu) abierto en la localidad de Busan en 1901. La primera biblioteca privada que sirvió al público fue el Daedongseongwan (Librería Daedong), en Pyongyang, en 1906. En 1910 se abren las bibliotecas de Jongno y Daegu, aún en funcionamiento, y la predecesora de la Biblioteca Nacional (la Biblioteca Colonial de Japón) se creó en 1923. En 1942 había 47 bibliotecas públicas en toda Corea. La mayor

parte de las actuales fueron fundadas después de la liberación e independencia, en 1945, aunque muchas fueron destruidas durante la guerra civil (1950-1953).

El censo muestra que en 2004 había 487 bibliotecas públicas, 436 académicas, 10.297 escolares y 570 especiales.

Desde 2004, las bibliotecas están organizadas por el Ministerio de Cultura y Turismo, que diseña las macropolíticas a nivel estatal, y por la Biblioteca Nacional, que se encarga de la implementación de tales políticas. Las políticas son diseñadas conjuntamente por Ministerio y Biblioteca, sumando la participación del Ministerio de Educación. En 2000 el Ministerio anuncio la informatización total de las bibliotecas coreanas, buscando dar respuestas a las necesidades de una sociedad cada vez mas digitalizada. Para 2003 el plan ya se había concretado en 343 bibliotecas públicas. Se les proveyó de servidor digital y de dos programas: KOLAS (Sistema de Automatización de Bibliotecas Coreanas) y el KOLIS-NET (Red de Sistemas de Información de Bibliotecas Coreanas).

Dado que mañana andaré de visita por algunas bibliotecas (incluyendo la Nacional) podré contarles un poquito más de las mismas... y del estatus de los bibliotecarios en este país. Hoy anduve revisando algunas librerías de segunda mano, buscando libros de idiomas (así como en las nuestras abundan los libros en lenguas romances y germánicas, aquí abundan los textos sobre japonés, chino, thai, lao, vietnamita y malayo... pequeños tesoros a precio módico). Los precios son buenos, y la selección de libros en lengua inglesa es amplia, así que hay para elegir. Además, estuve recorriendo

Bandi & Luni's, una de las grandes librerías de Seúl (aunque las mejores aun están por verse). El espacio que la librería tiene reservado en el COEX Mall es impresionante: más de 100 metros de largo por 50 de ancho, repleto de libros en coreano y una buena selección de textos en inglés. Tienen desde maquetas a marcadores de libros, pasando por libros sonoros y una bellísima sección de libros infantiles en donde me quedé largo rato deleitándome con las ilustraciones. Por cierto, me llevo un libro con algunos trabajos de ilustradores coreanos...

Para los días que me quedan aquí (cuatro) tengo planeado visitar museos, palacios y bibliotecas, chequear algunas instituciones de medicina tradicional y salir a dar algunas vueltas con algunos amigos coreanos, además de dar una charla sobre música tradicional argentina y almorzar con la cónsul de mi país (hasta donde sé, hay sólo veinte argentinos en el censo coreano). Así que, como ven, estos días serán de actividad intensa...

Mientras intento alimentarme para que tantos kilómetros caminados no terminen desgastando lo poco que queda de mi y de mi sombra, sigo andando bajo estas nubes que parecen no querer irse, cruzando enormes urracas, hojas de ginkgo que caen y aromas a comidas especiadas...

Desde este lado de nuestra enorme Madre Tierra —que no deja de girar a pesar de todo— les saludo con un "hasta mañana"...

Agosto 30, 2006

Cuaderno de viaje 16: martes 29 de agosto

Crucé mi nuevo barrio en el distrito de Seodaemun —en donde están ubicadas importantes universidades como la de Yonsei, junto a la cual vivo— en dirección a la estación de metro de Sinchon. Desde allí a Hapjeong por la línea 2, y de allí, complicado trasbordo entre una marea de gente que se dirige a su trabajo y que me pisa y me clava sus codos sin contemplaciones. Eran las 7 de la mañana y pretendía dirigirme al Itaewon, el barrio "extranjero" (donde está mi Embajada) para visitarlo y luego almorzar con la cónsul argentina y una profesora de la Universidad de Dankook. Pero a esa hora todos pretendían llegar a algún sitio, así que cada uno iba a lo suyo... y pobre de los demás.

Las entradas de la estación del metro estaban virtualmente bloqueadas por los vendedores de desayunos nutritivos, es decir, leches enriquecidas, yogures y demás brebajes. Además, algunos carritos ya humeaban deliciosos aromas de tortillas y sándwiches a la plancha.

El trasbordo a la línea 6 me llevo hasta Noksapyeong, dejando atrás estaciones con nombres exóticos —Sinsa, Oksu— que desfilaron ante mis ojos mientras intentaba asirme a una manija colgada del techo, que bailaba al vaivén del vagón. Mientras tanto, los seulinos miraban sus celulares, oían música de sus *ipod* y leían los diarios, y

los pobres de esta ciudad recorrían los vagones recogiendo los diarios viejos acumulados en los portaequipajes para revenderlos o reciclarlos.

Itaewon fue el lugar donde se asentó el ejército norteamericano durante la guerra de Corea. Esa zona de Seúl fue declarada zona turística por excelencia, así que allí se agrupan todos los vendedores de chucherías y marcas "importadas" varias, así como hoteles y diversiones. Recorriéndolo, me di cuenta de que Seúl no es tan organizada, ni tan limpia, ni sus habitantes son tan perfectos como me habían parecido hasta el momento. Evidentemente, los días pasan por mi cabeza, el exotismo y la novedad se pierden, y bajo la capa de asombro de la primera semana va apareciendo el mundo real.

Recorrí Itaewon, pues, encontrándome con la enorme y bella Mezquita Nacional, de gran cúpula y minaretes esbeltos, y con el Museo Samsung de Arte "Leeum", y con un hermoso edificio que corresponde a la editorial del magazine de arte "Wolganmisool", fundado en 1976 y que cuenta con una magnífica biblioteca sobre arte contemporáneo coreano y con números exclusivos de su revista dedicados a temas monográficos, como por ejemplo el arte tradicional de Corea del Norte.

Me metí en una tienda de libros de segunda mano, y encontré todo lo que deseaba. Manuales de caligrafía o de *maedeup* (el arte coreano de los nudos), o sobre arte coreano, o sobre historia, cultura, cocina, idioma... Los cursos de idioma serían pequeños tesoros en mi casa: chino, japonés, thai, lao, vietnamita. Me llevé algunos, y regateé el precio, y además el vendedor me regaló un jugo de frutas enlatado para el

camino, pues el calor a esa hora de la mañana era espantoso. Ya no llovía, así que el sol rajaba las baldosas de las aceras.

Mientras hacía tiempo para llegar puntual a la cita con mi cónsul, me tendí en un *weongumon*, una plataforma que antaño se usaba para vigilar las cosechas, y que ahora se levanta en plazas para que los transeúntes se echen una buena siesta, cosa a la que los coreanos están sumamente acostumbrados... en cualquier parte.

La Embajada argentina atiende solo a 20 argentinos y a algunos coreanos que viven en mi país. En fin, parece ser una delegación honoraria. Mi cónsul me llevó a un hotel situado en las alturas del monte Dansam (en cuyas faldas se levanta Itaewon), en donde, en compañía de una profesora universitaria coreana, me enteré un poco más acerca de la vida en Corea, en especial en su mitad norte. Se habla muchísimo de reunificación, y los coreanos del sur ven con mal talante la situación de sus vecinos. Después de leer algunos documentos, y de recordar el proceso de reunificación de Alemania, creo que el proceso aquí va a ser algo parecido: los del sur esperan que los del norte acepten sus estructuras económicas y sociales (y mentales) y se les unan.

Mientras terminaba el almuerzo de carne salteada con verduras y me bebía un delicioso té de jengibre y canela, la profesora me contó un poco sobre la historia del budismo Mahayana en Corea, y en particular la historia del Tripitaka coreano, una de las mayores y más fieles (y más antiguas) colecciones de textos sagrados budistas. Fue elaborada en el periodo Goryeo, a partir de 80.000 bloques tallados en la madera de abedul blanco de las islas Jejudo, Geojedo y Wando. Esos bloques se mojaron largo

tiempo en agua de mar, se secaron a la sombra, se tallaron cuidadosamente, y se usaron para imprimir esas escrituras, las únicas conservadas desde el siglo XIII en Corea. La impresión fue un proyecto nacional que unió al mundo coreano, justamente cuando este territorio soportaba la invasión de los Mogoles. Hoy en día las placas de madera se conservan en el Templo Haeinsa, son la fuente más fiel del budismo Mahayana y han sido proclamadas como Patrimonio Cultural Universal por la UNESCO.

Saliendo de allí —luego de escuchar algunas críticas bastante curiosas a los norcoreanos, y algunos comentarios bastante "argentinos" sobre la vida coreana por parte de la cónsul— seguí montando subtes, charlando con gente a la que no comprendo, pero a la que entiendo. De la estación de Yaksu, pues, a la de Nambu, y de allí, caminando, mapa en mano y cinco sentidos orientándome en medio de una jungla de cemento, intento dirigirme al *Seoul Arts Center*.

Este "centro de arte" ciudadano está emplazado cerca de un templo budista, en las faldas de una montaña cubierta de bosque. La estructura arquitectónica y los espacios creados superaron todas mis expectativas. Teatro, Ópera, la Biblioteca "Akso" de arte —con una colección audiovisual que me dio mucho más que envidia—, el Archivo Sonoro de Seúl, el Museo de Caligrafía...

Y un poco más allá, un hermoso jardín coreano de piedras y pinos, en la falda de la montaña, y fuentes de aguas danzarinas... Y más allá aún, el *National Center for Traditional Performing Arts* (Centro Nacional para las Artes Tradicionales), en el cual está el Museo de Instrumentos Musicales Tradicionales. Como músico, como artista

que me siento (no sé si lo soy), cada una de mis cuerdas internas vibró dentro de ese lugar, en el que se agrupaban inmensos tambores, instrumentos de cuerda de delicado sonido, flautas de bambú que hicieron mis delicias, libros de partituras escritas con exótica caligrafía china, percusiones inimaginadas, violines y rabeles de cuerdas de crin de caballo...

Estaba allí adentro, y sin quererlo siquiera, me trasladaba imaginariamente a las fiestas campesinas de hace siglos, o a los grandes palacios, en donde el Emperador y las damas de la corte disfrutaban de los sonidos que yo pude escuchar hace unos días en el teatro. Esas cuerdas de seda, esos parches de cuero enmarcados por inmensos dragones multicolores de madera tallada y lacada... Aún ahora, que lo escribo, me recorre un escalofrío.

Y sí, esto también es cultura. Esto también es parte de lo que los bibliotecarios debemos saber y transmitir: cultura universal. Para contar, para informar, para enseñar, para educar...

En el Museo de Caligrafía, entré sin querer a un concurso nacional de caligrafía. La situación fue muy curiosa: todos me miraban preguntándose qué demonios hacía yo allí, yo los miraba sin saber qué hacer, hasta que con sonrisas e inclinaciones me invitaron a pasar. Así, disfruté cinco salas de enormes tiras de papel vertical dibujadas y escritas con los más bellos signos que he visto en mis días y noches. Y los jóvenes que pintaban me explicaban el significado, y el valor de cada trazo, y los pinceles, y las piedras de tinta que usaron, y el proceso para producir el papel, el mismo papel que

compuso sus libros más antiguos. Muy pocos hablaban inglés, o al menos un inglés fluido. Pero, aún así, nos entendimos. Y yo disfruté como nunca en mi vida.

Saliendo de allí —con los sentidos borrachos de tantas emociones— caminé un buen trecho por la enorme avenida que cruza toda la zona sur —olvidé decirles que este complejo se encuentra en la parte nueva y "rica" de la ciudad— y conecta el polo de las artes con la Biblioteca Nacional de Corea. Cruzando por áreas de comercios "chic", tiendas de instrumentos, cafés culturales y artísticos y altos rascacielos de oficinas, me encontré, finalmente, con la primera biblioteca coreana.

Todo su frente está en obras, pues allí se levantará la futura Biblioteca Digital Nacional. Aun así, pude entrar por un lateral.

La Biblioteca Nacional tuvo como precursora a la Biblioteca Colonial Japonesa. Cuando Japón abandonó estos territorios, en 1945, se fundó la moderna biblioteca coreana, a la que se bautizó con el nombre de "Biblioteca Nacional" en 1963. El edificio actual —un grisáceo bloque de cemento de 7 pisos, con ventanas y columnas— se inauguró en 1988, y agrandó su estructura en el 2000 con una construcción destinada a libros raros y antiguos. Para 2004 había 5 millones de libros en sus estantes. Para 2006, se abrió la Biblioteca Nacional para Niños y Jóvenes, a 3,5 km de la estructura central (sentí no poder visitarla). Se pretende que para 2008 esté lista la Biblioteca Nacional Digital.

Posee 7 pisos, un sótano y 234 trabajadores distribuidos en la estructura central, la adyacente de libros antiguos y la biblioteca infanto-juvenil. Su catálogo está completo, cumple las funciones típicas de toda biblioteca nacional (depósito legal, gestión de ISBN) y además gestiona la creación de una red bibliotecaria, creando bases de datos en las bibliotecas públicas, desarrollando sistemas de información computerizados (p.ej. KOLAS, KOLIS) y diseñando las normas bibliotecológicas estandarizadas (KORMARC). Como si esto fuera poco, colabora con el Ministerio de Cultura en la definición de las políticas que deben seguir las bibliotecas públicas de la nación.

Además, la Biblioteca Nacional posee la primera Escuela de Bibliotecología del país, abierta en 1946, la cual proveía —en aquella época— de un título tras un año de estudio. Su currículo, curiosamente, era muy completo a pesar de la brevedad del curso, e incluía tanto catalogación de documentos coreanos como occidentales. En 1957 se abrió la carrera de 4 años en la Universidad de Yonsei (cerca de la cual vivo ahora, una de las más importantes del país) y en 1958 se abrió en la Universidad Femenina de Ewha. Desde 1990, la carrera se brinda en 6 colegios, 32 universidades (públicas y privadas) y 24 escuelas de graduados. Además, 13 de estas carreras ofrecen el título de doctorado.

El currículo es muy semejante al que proveen las escuelas latinoamericanas, aunque, como ya he contado en otras entradas de este blog, los estudiantes coreanos pueden elegir materias opcionales que les permitan especializarse. Por lo que me cuentan por estos horizontes, la educación en las universidades públicas es mucho mejor que en las

privadas, así que habría que ver qué nivel educativo poseen. El nivel profesional, dicho sea de paso, es excelente.

Los profesionales graduados se organizan en tres categorías: de primer grado, de segundo grado y paraprofesionales. Puede pasarse de un grado inferior a otro superior mediante mucho estudio (horas de clase, exámenes aprobados, títulos) y muchas horas de trabajo en biblioteca. Por otro lado, los bibliotecarios que se desempeñen en bibliotecas escolares deben tomar clases de educación.

La colección digital de la Biblioteca Nacional de Corea tenía, en 2005, 32,1 millones de ítems en la base de datos. La base de textos completos incluye revistas y libros antiguos (previos a 1945), documentos raros y valiosos, publicaciones periódicas, etc. En total, los *full-text* son 340.000, lo cual significa 93,11 millones de páginas de libre acceso.

El proyecto de Biblioteca Digital en construcción pretende presentar una estructura "verde", ecológica, que permita unir tecnología y naturaleza para generar un entorno centrado en el usuario y en su bienestar. Se pretende crear un lugar en donde los usuarios puedan acceder y usar todo tipo de tecnología de información, así como relajarse y disfrutar de su uso. Todos los adelantos en los medios electrónicos de comunicación que puedan imaginarse —y los que no conocen también— serán sumados a este mega-emprendimiento, que, por lo que pude ver en las obras de construcción, está apoyado por dos marcas líderes coreanas como Hyundai y Daewoo.

Agotado y hambriento, pero con un inmenso sonrisón en los labios, emprendí la vuelta a casa después de recorrer un rato las mesas de la Biblioteca Nacional, una biblioteca más entre todas las bibliotecas que he visitado. Estoy perdiendo la costumbre de visitar bibliotecas grandes, académicas, enormes: poco me dicen acerca del pueblo y su cultura. Y de nada me sirven los números que les he pasado un poco más arriba. De nada me sirven porque no me hablan del lector, de sus costumbres, del aroma de los libros, de los dibujos de sus páginas, del trabajo. Prefiero meterme en bibliotecas pequeñas, sentarme y ver cómo trabaja la gente, cómo las madres cuentan cuentos a sus niños pequeños, cómo las bibliotecarias se apresuran a ayudar con las tareas a sus lectores, cómo una joven, sentada con las piernas cruzadas, se pierde en una novela de amor (lo que deduzco por todos los corazones rosados de su tapa). Eso me gusta: eso me habla de mi profesión real, y de su significado.

Me quedan tres días de estadía en este país, y luego más aviones, y un día de estancia en Buenos Aires (el domingo próximo), y luego Guatemala a partir del lunes, con una ajetreada agenda de participaciones en el Simposio Nacional de Bibliotecarios. Por el momento, voy a descansar. Aquí los dejo, no sin antes hacerles llegar un abrazo y un sonriente "hasta mañana".

Agosto 31, 2006

Cuaderno de viaje 17: miércoles 30 de agosto

Soñaba... Soñaba con los instrumentos que había visto durante el día, en aquel Museo enorme, de amplias salas abarrotadas de elementos productores de sonidos. Había flautas de pan "so", y dulzainas "daepiri", y enormes laúdes "pip'a" y tambores "sonbuj" y "yonggo", y largos "kayagum" de cuerdas gruesas y puentes de madera llenos de marcas...

Todas esas formas y esos sonidos giraban en mi inconsciente la noche de ayer, cuando la puerta del pequeño departamento donde ahora vivo casi se cae ante los golpes de unas manos ansiosas. El timbre no cesaba de sonar. A tientes me levanté, con el pelo revuelto y los ojos entrecerrados, y abrí la puerta. Ante mi había un chico coreano de unos 19 años, sonriente. "Hola, soy amigo de la dueña de casa. Ella me pidió que te visitara y te sacara a pasear, para que no te aburras y no estés solo".

Era casi medianoche. Las ganas de estamparle la puerta en la nariz y volver a dormir fueron infernales, pero me contuve.

Recordé que los coreanos no reconocen mucho el tema de la privacidad, especialmente la gente joven. Para ellos, que una persona esté sola es malo: probablemente si alguien está solo es porque no tiene nadie con quien hablar, y todos se preocupan por solucionar tal situación. Este buen muchacho —seguramente

impulsado por las recomendaciones de la persona que me presta el departamento— había cruzado toda la ciudad a medianoche para sacarme de mi aislamiento y entretenerme un rato. Y, si lo pensaba bien... no era para tomárselo a mal.

Por otro lado, también recordé que un "hermano mayor" nunca puede negarse a los favores que le pide un "hermano menor". Esta organización de mayores y menores es una característica típica de la estructura social coreana, y se refleja incluso en el lenguaje.

Así que allí estaba yo, vistiéndome, mientras mi nuevo amigo telefoneaba a una muchacha boliviano-coreana (a la que sólo había visto una vez en su vida) para que hiciera de traductora, porque su inglés era pésimo, y mi coreano, peor que eso.

Así que allá fuimos, a un bar, mientras mi nuevo amigo hablaba sin parar y mi nueva amiga, tan dormida y asombrada como yo, me explicaba que ella, como "hermana mayor" tampoco había podido negarse al favor pedido. Esta muchacha llevaba en Seúl un año y, a pesar de ser de origen coreano, no había podido acostumbrarse a la sociedad local y a sus costumbres. Me contó que el lenguaje —con sus niveles de respeto— le costaba horrores, y que siempre quedaba como una maleducada por hablar en otro nivel del correcto, o por sonarse la nariz en la mesa (tremendo signo de mala educación) o por fumar (las mujeres que fuman son consideradas "pandilleras") o por tener contacto físico (un abrazo, asirse del brazo) con un chico, lo cual es considerado signo de noviazgo. La pobre mujercita estaba más que harta, y pensaba mudarse a los EE.UU. en cuanto pudiera. Además, no soportaba ciertos hábitos

coreanos, como el hacer ruido al comer (signo de que se disfruta la comida, muy común en todas partes) o el poco respeto a la privacidad ajena.

Yo sonreía, mientras me tomaba una cerveza coreana primero (muy suave) y luego cambiaba a una "Corona" mexicana, que me sirvieron con dos gajos de limón insertos en el cuello de la botella y con un vaso llenito de hielo, para servirla allí. En fin... costumbres.

Después de una noche que terminó a las 2 de la madrugada, apenas si tuve fuerzas para levantarme hoy, reaccionar y salir a desayunar. Era de mañanita: las mujeres del barrio limpiaban las aceras con esas escobas cortas, de no más de medio metro, que fuerzan a las que las usan a encorvarse un poco. En mi camino me crucé con las banderas blancas de los templos budistas, que ostentan en su centro una cruz esvástica roja. Aún me choca un poco ver los símbolos nazis como marcas de lugares tan sagrados. Es increíble comprobar cómo, además de las costumbres, el valor de los símbolos cambia tanto de una cultura a otra. Lo que para nosotros es el símbolo de una política salvaje y odiosa, en estas tierras es el símbolo de una religión de paz y pureza.

Desayunado con algunas tortillas de verduras cocinadas ante mis ojos hambrientos, sorteé coches en infracción, transeúntes que me llevaban por delante y recogedores de cartón que atiborraban las aceras con sus productos, y me dirigí al metro. Emergí a la superficie allá en el Gyeongbokgung, el palacio central de Seúl (hay cinco), erigido por el primer emperador de la dinastía Joseon en 1395. Todo el palacio —que ocupa

una enorme superficie, y en el cual se incluye la famosa "Casa Azul", residencia del gobierno de Corea del Sur— fue destruido por la invasión japonesa de 1592 y dejado en ruinas por 273 años. Entre 1865 y 1868 fue reconstruido por el regente Daewongun. Cuando Japón invadió nuevamente este territorio en 1910, la mayoría de los 200 edificios del palacio fueron derruidos, y solo sobrevivió una docena escasa, que es la que subsiste hoy. Se han hecho muchas reconstrucciones, y se continúa en ese trabajo desde 1990. Aun así, una comparación entre el plano original y el actual no deja lugar a dudas: el enorme palacio ha perdido mucho.

Llegué exactamente en el momento en el que se iniciaba el cambio de la guardia imperial, una recreación de la antigua ceremonia que está hecha para deleitar a los turistas, pero que no deja de contener elementos históricos valiosos. Allí estaban los soldados, con sus arcos cortos, sus alabardas curvas y sus sables. Sus escudos tenían dragones, y sus ropas eran holgadas y coloridas. Más allá estaban los cuatro estandartes, con los bordes hechos flecos. En ellos estaban el fénix rojo de tres cabezas, el bellissimo dragón azul, el tigre blanco y la tortuga negra, es decir, los dioses de los cuatro puntos cardinales. Al son de los tambores —presencia musical insustituible en Corea— se efectuó el cambio de guardia, y allí quedaron los turistas, sacándose fotos al lado de los inmutables soldados, mientras yo cruzaba el foso del Palacio —custodiado por enormes tigres de piedra, recostados a sus orillas— e imaginaba como habría sido la invasión japonesa de 1592, con aquellos mismos soldados en los techos y las murallas, con aquellas flechas cruzando en todas direcciones, con aquellos ginkgos quizás ardiendo, con las tejas curvas

desprendiéndose en añicos, con los caballeros *hwarang* batiéndose con sus pares *samurai* del Japón.

El edificio central del palacio se llama Geunjeongjeon, y es un tesoro nacional de dos pisos, donde el Emperador realizaba las recepciones. Me asomé por una ventana y pude ver el trono, con un dosel decorado con dragones y tigres y una bellísima estructura de madera roja, con escalera, para llegar a él. Imaginé allí al soberano, a sus escribientes, a las delegaciones que lo visitaban desde la China de los T'ang... Era fácil imaginar todo aquello, en aquel ambiente exótico y maravilloso.

Caminé por el patio de piedras desiguales, entre las cuales crecía una hierba rala, y miré las pequeñas estatuas que jalonaban las esquinas del edificio central. Si eran las originales, quizás hubieran visto tantas cosas que sería imposible imaginar.

Atravesando otros edificios y un hermoso jardín que era utilizado por la Emperatriz y sus damas de compañía para su solaz diario, llegue al enorme edificio del Museo de Folklore, coronado por una inmensa pagoda-templo que brillaba bajo el sol de mediodía. El Museo posee tres salas fijas, un Museo Infantil y varias salas para exposiciones temporarias (que estaban cerradas). Recorrí completamente la sala que exponía la vida de un varón durante el periodo de oro coreano, la Era Joseon. Las otras mostraban el estilo de vida de Corea (agricultura, pesca, caza, elaboración de la comida nacional *kimchi*, arquitectura) y la historia del país.

Los varones tenían gran importancia en una sociedad en la cual los herederos podían ser solo de sexo masculino. Por eso la sala principal del museo está dedicada a la vida de un hombre. Es una estructura mental conservada aún hoy (ya van un par de veces que veo como en la calle un hombre agradece a los gritos o físicamente a una mujer sin que nadie se inmute). El museo me contó cómo era la boda de una pareja, y como era el lecho nupcial, y los sueños de concepción que tenía la madre (*taemon*). Si soñaba con hadas, flores, mariposas o hebillas para el pelo, la mujer tendría una hija; si soñaba con árboles o animales grandes, sería un hijo. Si esos animales eran tigres o lobos, sería un valiente guerrero, incluso un general; si el animal era una grulla, un fénix o un dragón, sería un hombre de alto estatus o un sabio.

La alcoba estaba decorada con mariposas, símbolo de amor eterno y felicidad conyugal. Las mantas de colores de la pareja llevaban bordados patos mandarines en parejas.

Durante el embarazo se hacían ofrendas a la diosa de la concepción (bol de arroz, algas secas y agua) para que el niño naciera con salud. De hecho, una vez nacido, se celebraba una fiesta a los 100 días. Dada la alta tasa de mortalidad infantil, que sobreviviera ese tiempo era todo un milagro que había que festejar.

En una de las salas vi una cuna, mientras, por los altavoces, sonaba una nana tradicional, un arrorró coreano que me tuvo más de 15 minutos sentado en cuclillas, en una esquina de aquel lugar. La nana decía...

"jajangjang, uriagi uriagi, jaldojanda...
marumire sapsalgaeya
meongmeongmeongmeong..."

Al crecer el niño, se lo enviaba a la escuela primaria (*seodang*) y luego a escuelas públicas (*hyanggyo*) o a academias primarias confucianistas (*seowon*) donde aprendían a escribir chino y las normas éticas y morales del confucianismo, además de historia y filosofía. Las mujeres aprendían a leer y a escribir el *hangul* (alfabeto coreano) en sus casas (además de aprender también las normas éticas), y todo el conocimiento que podían adquirir a partir de allí se basaba en los libros que se tradujeran al coreano y la correspondencia que pudieran mantener.

El Museo me permitió ver los elementos de escritura (las piedras de tinta hermosamente talladas, los bellos pinceles, las piedras decoradas que permitían estirar el papel, los cuencos para colocar los pinceles, el papel en sí...) y los de lectura. Los libros estaban escritos en chino, aunque había muchas traducciones populares al *hangul* para que los principios éticos pudieran difundirse. No solo eso: gran parte de la medicina tradicional (en especial la moxibustión y la acupuntura) se difundieron entre los practicantes coreanos gracias a los libros (p.ej. el famoso *Dong-eui bogam*), de los cuales pude ver muchos en el museo, y muchísimos más en las tiendas de anticuarios del Insa-dong (donde hubiera podido comprar verdaderas reliquias bibliográficas y artísticas por 30 dólares).

Pude ver los elementos de la ceremonia de paso a la edad adulta de los varones (a los 20 años) y de las mujeres (a los 15). También pude ver elementos adivinatorios y chamanísticos, pues antes de la llegada del budismo a Corea, la religión central era el chamanismo. Aun hoy en día se conservan muchísimas ceremonias propiciatorias (en especial entre los pescadores) que incluyen elementos primitivos, como cortarse el propio cuerpo y ofrendar sangre.

Entre todas las cosas que vi antes de salir, pude apreciar las costumbres de los caballeros refinados, en especial fumar en pipa (los coreanos me explicaron que los caballeros finos no fumaban sus largas pipas tal y como yo fumo la mía, sino muy de costado y con la mano en una posición particular) y escribir poemas en bellos jardines, y competir en caligrafía y meditar filosóficamente. Entre los deportes predilectos estaba la arquería, que, como la escritura con pincel, era considerado, además de un deporte para el cuerpo, un ejercicio espiritual. Ustedes se preguntarán qué tipo de deporte puede resultar escribir con un pincel. Yo me preguntaba lo mismo hasta que, en el propio museo, intenté escribir con un palillo de medio metro, muy fino, algunos signos chinos sobre una mesa llamada "de arena", es decir, un tablero de arena liso. No les puedo contar lo mucho que me dolía la muñeca después de 4 intentos.

Saliendo del Museo me despidieron los enormes tótemes *jangseung*, de grotescas facciones de piedra, que antiguamente guardaban los accesos a las aldeas. Un poco más allá, había algunas de las 70 piedras funerarias que habían sido recuperadas de museos japoneses por una fundación coreana, celosa de que su patrimonio cultural estuviera en países extranjeros.

Mientras me marchaba, silencioso, y cruzaba ante una manifestación que pronto sería violentamente reprimida por un enorme cuerpo de policía anti-disturbio armado hasta los dientes, me di cuenta de que el pueblo coreano ha ido progresando en base a un profundo y arraigado nacionalismo, que intenta inculcarse —con poco éxito— en los jóvenes, para que aprendan a amar a su país y a no confiar enteramente en los extranjeros. Los jóvenes no aceptan tales estructuras, pero esas ideas están presentes.

No sé si me gustaría que mi propio país fuera así. Pero creo que, quizás, muchas naciones de mi continente deberían copiar algunos rasgos de esas costumbres. Por ejemplo, empezar a quererse un poco más, empezar a querer un poco más a la tierra propia y a la cultura, y dejar de ser tan "malinchistas", tan adoradores de lo extranjero, tan vendedores de la patria.

Eso pensaba mientras buscaba algún lugar en donde ejercer el arte de comer con palillos e ingerir algo de verduras y de carne acompañados por salsas intensamente picantes. Estaba realmente famélico, y la enorme caminata me había desatado un apetito voraz.

Bajo estos cielos despejados de toda nube, en donde los antiguos creían ver dragones azules, les hago llegar un abrazo enorme. Nos leemos mañana...

Septiembre 01, 2006

Cuaderno de viaje 18: jueves 31 de agosto

Desayuné en un puesto callejero, mientras la vendedora me envolvía la comida en un envoltorio hecho con las hojas de una agenda vieja. Eran las 10 de la mañana, y ya me había recorrido el mercado de pulgas que rodea al estadio de béisbol y de fútbol de Dongdaemun. Para los que no estén familiarizados con el término, "mercado de pulgas" es lo mismo que "mercado de artesanos", aunque en Corea se lo llame "mercado de duendes".

Había allí de todo, pero en especial muchos puestos de comida. Es increíble la importancia que da esta cultura al buen comer. De hecho, que uno no haga ruido cuando toma la sopa o come los glutinosos y larguísimos fideos de harina de arroz (es decir, que uno los tome sin sorberlos) significa que uno no los está disfrutando realmente. Y si uno no disfruta de lo que come... ¿para qué come?

Desde el Dongdaemun, me dirigí a las cumbres del monte Nansam, y, pasando por el Itaewon, descendí muy despacio por el barrio de las embajadas extranjeras (vecindario de edificios y coches lujosos y caros) hasta la Universidad Dankook, en donde estaba invitado a dar una charla sobre cultura latinoamericana a través de su música. A tal efecto cargaba yo con algunos instrumentos musicales y muchos sonidos grabados en CD.

Las clases universitarias en Corea comenzaron esta semana; para ser más precisos, comenzaron el lunes. Pero, por una tradición cumplida a rajatabla, los estudiantes jamás asisten a la primera clase de sus cursos, que suelen ser de orientación y de presentación de docentes y programas. Yo estaba invitado para inaugurar una de estas clases: en concreto, la de Cultura latinoamericana, que contaba con 90 inscriptos. Los responsables del área —los que me invitaron— me habían alertado que pocos estudiantes irían, que muchos de ellos se levantarían y saldrían corriendo ante la idea de tener que soportar a un extranjero hablando una hora el primer día... y que, en fin, me esperara lo peor, pues eran adolescentes a los cuales era difícil exponer algo que captara su atención.

Aun así, no quería dejar de ir e intentarlo.

El resultado de mis esfuerzos fue una clase de 90 adolescentes que se quedó sentada una hora ante mi discurso y mis risas, que se rió conmigo hasta descostillarse de las coincidencias y diferencias de costumbres y música, que me hizo preguntas acerca de todas las trivialidades que se les ocurrieron, y que salieron más que contentos, ante los ojos asombrados de los docentes, que me preguntaron cuantos años llevaba yo dando clases, pues asombraba mi manejo del auditorio.

Me sonreí y les dije que llevaba muy pocos, pero que llevaba muchos siendo alumno, y que sabía lo que me hacia dormir y lo que me hacia atender e interesarme. Y que esos conocimientos básicos e íntimos eran los que aplicaba en mis clases.

Los profesores me comentaron que existen muchas más universidades privadas que públicas en Corea, y que muchas de ellas mantienen un campus específico para mujeres (seguimos con la división y el machismo). Un ejemplo característico es la de Ewha, que queda cerca de mi casa. Los campus universitarios son enormes: el de Dankook se encontraba en la falda de una montaña, y me llevó bastante rato recorrerlo todo. No puedo decir que los edificios estuvieran bien cuidados, pero las clases más grandes contaban con equipo de proyección digital, equipo de sonido y computadora conectada a Internet, lo cual no es poco para dar una clase. Los profesores agregaban que los sueldos no eran muy buenos (desde su perspectiva, claro) y que el nivel de las universidades privadas (como Dankook) era ostensiblemente menor que el de las públicas, como la Nacional de Seúl. Sin embargo, algunas instituciones privadas habían alcanzado una buena fama y un alto estatus, por proporcionar formación a estudiantes internacionales. Un caso típico es el de la Universidad de Yonsei.

Por lo demás, la vida universitaria es exactamente igual que la nuestra: alumnos, cátedras, materias, exámenes... Poseen 5 meses de vacaciones anuales (3 meses en invierno, 2 meses en verano), lo cual produciría la envidia total e inmediata de muchos estudiantes latinoamericanos, o al menos, argentinos. Leyendo algunos materiales de cátedra que me facilitaron los docentes, me di cuenta de que el nivel de exigencia es mucho más alto que el que proponemos muchos de nosotros en nuestro continente.

Hablando de estructuras académicas, aprovecho para comentar brevemente un poco sobre las organizaciones bibliotecológicas coreanas. La primera asociación fue la

Sociedad Coreana de Bibliotecología, fundada en 1970 y que en 1992 fuera rebautizada como Sociedad Coreana de Bibliotecología y Ciencias de la Información, editando el "Journal of the Korean Society of Library and Information Sciences". En 1984 se funda la Sociedad Coreana de Gestión de la Información (que publica el "Journal" correspondiente) y en 1985, el Instituto de Bibliografía (que publica "Bibliographic Studies"). Finalmente, en 2000, se establece la Sociedad Coreana de Gestión de Registros y Archivos...

La Asociación de Bibliotecas Coreanas (KLA) se inició en 1945. Fue bautizada con ese nombre en 1949 y tuvo que suspender sus actividades debido a la guerra entre 1950 y 1955. Pertenece a IFLA, y entre sus misiones se cuentan la fundación de bibliotecas, la capacitación continua de los profesionales, la promoción de la lectoescritura, la difusión de las novedades, y un "etcétera" bien largo.

Desde este lado del Pacífico, despidiéndome ya de Corea y mirando con preocupación las tierras centroamericanas, a las cuales me dirijo y en las cuales hay una tremenda ebullición social (elecciones en El Salvador, conflictos por gobernabilidad en México, conferencia del RIBDA suspendida en Oaxaca) les hago llegar un fuerte abrazo.

Nos leemos mañana.

Septiembre 01, 2006

Cuaderno de viaje 19: viernes 01 de septiembre

En mi último día en Seúl, pensé en disfrutar completamente de la jornada y dedicarme a comer bien (me esperan muchísimas horas de vuelo y de espera en aeropuertos, en especial en Kuala Lumpur, Sudáfrica, Buenos Aires y Panamá) y a descansar. Esta noche estoy invitado por mi Embajada para una función especial de música tradicional que un programa de la UNESCO brinda en el Centro Nacional de Artes Tradicionales. Por ende, cerraré mi estancia en Corea del Sur con un hermoso broche de oro: no podría haber elegido nada mejor como despedida.

Mañana por la mañana parto hacia Malasia, donde pasaré el sábado, y desde allí a Sudáfrica y a Buenos Aires, donde pasaré el domingo. El lunes por la mañana amaneceré en Panamá, y al mediodía estaré pisando suelo guatemalteco, con el tiempo suficiente para darme una ducha rápida en mi hotel y dirigirme volando a dar mi primera clase en el taller de capacitación para bibliotecarios indígenas que se enmarca en el V Simposio Nacional de Proyección y Actualización Bibliotecológica, al cual estoy invitado como participante y que tendrá lugar entre el 4 y el 8 de septiembre en la Universidad Rafael Landívar.

Hablando de actualización bibliotecológica, estuve revisando las cifras y los datos referidos a bibliotecas especiales en Corea. Se define como "biblioteca especial" a aquella unidad que provee información especializada a la institución madre y al

público. Para 2004 había 570 bibliotecas de este tipo: 391 de ellas (dos tercios) están en el área metropolitana de Seúl.

Normalmente una biblioteca especial contiene 23.000 libros promedio. Unas 14 bibliotecas de esta categoría superan los 100.000 tomos. El Instituto Coreano de Información Científica y Tecnológica —biblioteca líder en esta área— cuenta con 17.700 títulos de publicaciones periódicas académicas. El presupuesto anual que manejan es de 138.000 dólares en promedio, y cada una suele tener nada más que dos empleados.

Las bibliotecas en Braille son 35 en toda Corea del Sur, y las militares, 1700 (el Ministerio de Defensa opera una para cada batallón).

En relación a las escolares, hay 9649 unidades (4779 en escuelas primarias, 2652 en secundarias y 2218 en terciarias). Cada una tiene un promedio de 5240 libros, es decir, 7.5 libros por estudiante. El gran problema de estas bibliotecas es que muchas de ellas son manejadas por padres voluntarios o maestros, no por bibliotecarios (hay 0.34 bibliotecarios profesionales por unidad escolar). El presupuesto anual para bibliotecas escolares es de 5200 dólares anuales. Como ven, las diferencias entre bibliotecas especializadas y escolares son evidentes en este país, así como lo son en toda Latinoamérica. Las problemáticas son las mismas...

Hacia finales del 2004 había 438 bibliotecas universitarias, con 14 de ellas poseyendo colecciones de más de un millón de volúmenes. La biblioteca de la Universidad

Nacional de Seúl tiene la colección más grande (2.8 millones de tomos) y emplea a un equipo de 107 personas, de los cuales 76 son bibliotecarios profesionales (algo así como un 75 %). En cada campus, la biblioteca se transforma en una especie de centro cultural, o al menos eso dicen los colegas de la Asociación de Bibliotecas de Corea. Los estudiantes opinan distinto, pero eso ya es materia de discusión.

Con estos números —que proporcionan solo un pálido reflejo de la realidad— los dejo hasta mañana. La entrada será escrita desde Kuala Lumpur, en pleno tránsito hacia mi país y América Central.

Esperando tener un buen viaje, les hago llegar un nostálgico "hasta mañana" desde estas tierras de palacios de tejas negras y dragones azules, a la que echaré de menos, ahora que estaba empezando a reconocerla como humana bajo su caparazón de perfección, tecnología y seriedad.

Nos leemos por aquí...

Septiembre 01, 2006

Cuaderno de viaje 20: sábado 02 de septiembre

La velada en el Centro Nacional de Artes Tradicionales de Seúl superó todas mis expectativas. Honestamente, no puedo decir qué es lo que fui a ver: mentiría si dijera algo al respecto, pues todos los contenidos que pude leer o pedir estaban en coreano. La invitación llegó de manos de la Embajada argentina, que me la hizo llegar como una forma de despedida, dado que sabían de mi gusto por la música, y de mi partida hoy. Y yo no me preocupé mucho, porque la música coreana me gusta, y porque, en definitiva, el lenguaje musical es universal, y no requiere de muchas explicaciones, sino de una mente abierta.

Ya hablé del Centro, situado en un polo artístico del sur de la ciudad. Incluye un Museo de instrumentos tradicionales y varias salas de actuación. El evento de ayer se realizó en la sala central, la cual estaba engalanada a tal efecto, y contaba con una organización que rayaba en la perfección.

El espectáculo comenzó, y una tropa de ejecutantes de distintos tambores y gongs entró a nuestras espaldas y bajó las escaleras entre aplausos del público, situándose en el escenario. Luego, un presentador explicó largamente las características del evento, que, supuse, es de un valor cultural alto, dado que está protegido por la UNESCO y que viene interpretado de la mano de gente mayor, reconocida por su talento.

El espectáculo se componía de 6 números en los cuales un bailarín, golpeando un tambor o un pequeño platillo, danzaba, mientras 6 o 7 tambores, ejecutados por personas más jóvenes, se alineaban a la derecha del escenario, manteniendo un ritmo continuado, y un ejecutante de dulzaina hacía zumbir su instrumento en lo que parecía ser una improvisación. Debo reconocer que los patrones rítmicos coreanos me destrozaron la cabeza: no encontré ninguna estructura reconocible. Pero, evidentemente, lo estaba analizando desde un punto de vista occidental.

El primer número me erizó la piel. Una mujer de unos 60 años, pequeña (no más de metro y medio de estatura) y tocada con una especie de abanico de plumas colocado en una varilla sobre su sombrero, empezó a danzar. No sé cómo explicar lo que hacía con ese abanico de plumas. Lo más parecido que he visto en mi vida a ese movimiento es el de una medusa bajo el agua, en mis tiempos de biólogo marino. Era como un corazón de plumas blancas, que latía y se movía al pulso que marcaban todos los enormes bombos. Se abría, se cerraba velozmente, se iba hacia atrás y volvía, y giraba, y se abría voluptuosa o secamente para cerrarse otra vez. Todo esto lo lograba la anciana con tenues pero seguros movimientos de cabeza y cuello, a la vez que marcaba un ritmo sincopado en su platillo y ejecutaba complicadas posiciones con las piernas y los pies.

Así siguieron los números, de destreza de interpretación algunos, de belleza figurativa de la danza otros, hasta que, al final, un hombre de unos 40 años salió con el mismo tocado que llevaba la anciana del principio, pero esta vez portando una larga cinta fina de tela blanca. Lo que hizo danzando con esa cinta solo puede compararse con los

movimientos de las gimnastas que trabajan con cintas, o con el de un látigo. La danza, de por sí, era una mezcla de artes marciales estilizadas y folklore de las estepas rusas o mongolas. Los giros en el aire, los saltos... Evitar que la piel se erizara era imposible. En lo mejor de la actuación, la anciana del principio se puso a improvisar un *pansori*, un canto gutural, un lamento que parecía venir desde el fondo del tiempo. La gente del público animaba, aquí y allá, con gritos, guturales también. Era como una fiesta guerrera en la estepa, con un danzarín demostrando su arte, con 8 parches resonando con furia bestial.

Salí de allí embriagado.

Amanecí en una ciudad adormilada, y mientras me dirigía temprano al metro para iniciar mi camino al aeropuerto de Incheon, veía la imagen de todos los días, que ahora sería la última. Cocineras, barrenderos, cartoneros, jóvenes ebrios que volvían a casa, *sorebang* (o "karaoke") que aún sonaban, suciedad en las calles, carteles anunciando tal o cual fiesta estudiantil...

Extrañaré Corea. Ya me había habituado a su vida y a su ritmo, a la cadencia de su idioma, a la sonrisa de su gente. Pero dicen que el que pisa Corea una vez, siempre vuelve. Es lo mismo que, curiosamente, dicen los bolivianos. Así que conservaré mis esperanzas.

Me quedan muchas cosas que contar sobre la cultura, las bibliotecas y la historia de este pueblo y esta gente. Cosas que no he podido mencionar hasta ahora, porque ha

sido mucho lo visto y poco el tiempo para escribir. Pero seguramente habrá oportunidad, en un futuro cercano.

El avión al que me subí me llevó desde la península coreana hasta Kota Kinabalu, la capital de la provincia de Sabah, en Malasia oriental, situada en la paradisíaca y famosa isla de Borneo. En realidad, creí que la escala que haríamos sería en China, pero cuando supe que estaba pisando Borneo, me apresuré a descender del avión para tomarme un descanso del vuelo y apreciar el paisaje.

Imaginen, desde la terraza del aeropuerto, el mar de la China meridional a la derecha, calma bajo un cielo azul, con islas de formas más verticales que horizontales recortándose en el horizonte como el lomo de un dragón sumergido que asoma, aquí y allá, desde las profundidades. Del otro lado, montañas pobladas de bosques, palmeras altísimas inclinadas con el viento, y un sinnúmero de pequeñas casas típicamente malayas, con mezcla de techos de zinc ingleses y maderas musulmanas. Verde de un lado, azul del otro, y un calor húmedo que presagiaba el trópico.

En el aeropuerto, muchísima promoción de la naturaleza de Borneo, de sus bosques tropicales poblados de orangutanes, de sus fondos marinos llenos de tortugas carey, de sus altas montañas, de sus 105 culturas —todas mezcladas y conviviendo en paz—, de su cocina especiada, de su historia de mezclas e idas y venidas y migraciones. Además, la venta de exóticos hongos —muy parecidos a los nuestros— que sirven para librar de todo mal nervioso, y maderas que limpian los canales linfáticos, y bellísimas conchas marinas...

El avión partió, y yo con él (aunque gustosamente me hubiera quedado en tierra) y aquí estoy, en Kuala Lumpur (capital de Malasia), esperando que otro avión, ya en la madrugada de mi domingo, me lleve a tierras sudafricanas, y de allí a Buenos Aires, desde donde les escribiré nuevamente porque deberé quedarme en mi ciudad natal todo el día.

Los dejo porque no me quiero ir de KL sin comer un poco de *nasi*, el arroz malayo, que viene acompañado por cuantos platos especiados puedan imaginarse. Comparado con la cocina coreana, no es tan rico. Pero no voy a desaprovechar la oportunidad de probar nuevamente esta delicia.

Un abrazo desde estas tierras de mujeres con pañuelos y *burkas*, y de banderas en cada esquina. Y de voces que avisan los vuelos del aeropuerto en árabe, en chino, en inglés y en malayo, diciendo las gracias en los cuatro idiomas: *shukran, xie xie, thank you, terima kasih...*

Nos leemos mañana.

Septiembre 01, 2006

Cuaderno de viaje 21: domingo 03 de septiembre

Un tímido sol naranja se asomaba en Johannesburgo (Sudáfrica) cuando me bajé del enorme Airbus que me llevaba de Kuala Lumpur a Buenos Aires. Supuestamente, aquella era una etapa del viaje.

Esa etapa se extendió más de lo previsto por culpa de una turbina que comenzó a humear durante el carreteo de salida hacia Ciudad del Cabo, en plena pista.

Lo malo del asunto fue la total desorganización de Malaysian Airlines, la peor respuesta de las autoridades del provincial y maltrecho aeropuerto de Johannesburgo, la pésima fama de la ciudad —violencia, crimen e inseguridad, especialmente para los blancos, y más especialmente en las zonas céntricas— y un retraso de un día en todas mis actividades planeadas.

Lo bueno, el contacto con un montón de pasajeros de todo el mundo —entre ellos la esposa del Embajador de Congo en Argentina, de quien me convertí en el intérprete francés-inglés—, la estadía en una lujosa habitación del hotel más caro de la ciudad —el Southern Sun— a cuenta de la compañía, y la posibilidad de conocer al menos algún aspecto de la vida sudafricana.

Y, por sobre todo, la gran suerte de que el maldito motor se quemara en tierra, y no en algún punto a 11 km. por encima del Atlántico.

Mientras traían la turbina nueva desde Inglaterra (sí, como lo leen) y tenían infinitos problemas con las aduanas sudafricanas, y montaban el ingenio y lo testeaban, yo me hice de un pequeño gran grupo de amigos viajeros —argentinos, en particular— y comí lo mejor de la cocina de la zona, y aproveché la estadía para visitar la ciudad. Hubiera sido perfecto poder visitar Pretoria, la capital administrativa del país, situada a no más de 30 km de Johannesburgo, pero era domingo y todas sus instituciones y lugares interesantes estaban cerrados (además, los precios del transporte para turistas son carísimos). Así que visitamos el área local. Y, dentro de la tristemente célebre urbe, tuve el honor de cumplir un sueño personal, y visitar su barrio más famoso.

Soweto.

Para los que no conocen este nombre, o lo oyeron pero desconocen su significado completo, los invito a adquirir un poco de cultura sobre historia contemporánea. Soweto fue un enorme *ghetto* para miles de sudafricanos de raza negra, durante el terrible régimen del "apartamiento", la política de separación de los blancos dominantes y los demás pueblos "inferiores". Nelson Mandela fue un luchador innegable a favor de la abolición de tal régimen, lo cual motivó su encarcelamiento por más de tres décadas, su liberación en 1990 y su posterior elección como presidente de la República Sudafricana, una vez que el apartheid fue abolido.

Hoy, Soweto es un área suburbana de Johannesburgo en la cual la población es de mayoría negra y en la cual hay un tremendo desarrollo social. Si bien existen sectores en los cuales reina una intensa pobreza (nada de lo que un sudamericano deba asombrarse, por cierto), también hay partes del área urbanizada en las cuales el progreso y el bienestar son palpables. Poseen un hospital con más de 10.000 camas, algo de lo que muchas ciudades latinas no pueden enorgullecerse. Y posee una actividad cultural y sociopolítica inmensa.

Conociendo la historia y la importancia que tuvo este lugar en la historia sudafricana, transitar sus calles —subidos en un taxi que nos cobró una pequeña fortuna por el paseo— fue como transitar por un museo viviente.

Cansado, me muevo nervioso por los retrasos que me provoca este accidente. Aún así, estoy feliz de saberme en tierra africana, en una tierra de culturas ancestrales, en una región tan bella y tan salvaje.

Si hay suerte, será hasta mañana...

Septiembre 08, 2006

Cuaderno de viaje 22: lunes 04 de septiembre

Aún agotado, aún en Sudáfrica, continúo esperando que el bendito avión sea reparado. Mientras tanto, me deleito con un par de cervezas locales —muy suaves para mi gusto— y paso los canales de cable de la TV del hotel, en los cuales puedo enterarme de las noticias (en inglés, pues no comprendo el afrikaans), encontrar un alto porcentaje de programas de deporte (entre los cuales el rugby parece ser el rey) y oír las lenguas vernáculas sudafricanas en la boca de los pastores protestantes, en sus sermones religiosos televisados.

La partida a Buenos Aires (y de allí a Guatemala vía Panamá) está prevista para hoy a las 16 horas. En ese momento podré rodear, finalmente, el Cabo de Buena Esperanza, el punto más austral del continente africano, peñasco temido por los antiguos navegantes, que se colocaban un aro en la oreja cada vez que lo pasaban y sobrevivían...

Desde estas tierras en las que el invierno se hace sentir levemente, y a las cuales quizás vuelva para enfadarme un año más con el Congreso de IFLA en 2007, les hago llegar un enorme abrazo.

Hasta mañana...

Septiembre 10, 2006

Cuaderno de viaje 23: martes 05 de septiembre

"La ñata contra el vidrio, en un azul de frío..."

Con la nariz apoyada contra el ventanuco del pequeño Boeing 737 de COPA, recordaba aquel tango de mis pagos natales de Buenos Aires mientras espiaba el amanecer desde el aire, sobre algún punto ignoto de Sudamérica, quizás sobrevolando el Mato Grosso, quizás los afluentes que alimentaban las corrientes turbias y bermejas del enorme padre Amazonas. América es enorme, pensaba. América es bella, a pesar de sus cicatrices y dolores. América es caliente y fría, es alta y baja, es barroza y verde, es vida y muerte, es una historia sembrada de leyendas y una leyenda sembrada de historias.

Un sol naciente teñía de naranja los diminutos cristales de hielo que tapizaban el exterior del vidrio, allá arriba, a once kilómetros sobre la tierra firme, por encima de unas nubes que semejaban un enorme mar de copos de algodón modelados por un artista impresionista para alentar mis sueños y mis sentidos. ¿Podía ser aquello tan bello? ¿Podía ser aquello un espectáculo diseñado solo para mis sentidos? Se me ocurrió pensar que las praderas angelicales de los antiguos cristianos tenían razón de ser, al observar tanta belleza y tanta maravilla extendiéndose ante mis ojos. Se me ocurrió pensar que si yo fuera un Dios omnipotente, crearía un paraíso así para las almas blancas.

El cielo visto desde arriba era más bello aún que visto desde abajo, desde las colinas en las que me crié, allá en una tierra llamada Argentina.

Me dirigía a Panamá, y de allí a Guatemala, aunque a esas alturas del viaje quizás ya había olvidado cual era mi destino final. Tres semanas de viaje habían difuminado un poco mi trayectoria futura, mis pasos a dar, mis proyectos. El cansancio había hecho mella en mi ánimo, en mi cabeza, en mi corazón. No, yo ya no era todo lo resistente que pensaba ser, ni lo aventurero que había sido en otras épocas más juveniles y más arriesgadas. Sin embargo, no por ello dejaba de apreciar los espectáculos inusitados y esporádicos —y tal vez totalmente improvisados— que el destino me ponía ante los ojos, cansados de tanto aeropuerto, de tanto hotel y de tanta comida engullida en cualquier parte.

El desayuno resultó ridículo ante el tamaño de mi apetito: mi estómago pedía, por una vez en horas, una comida decente. Pero resistí un poco más, animado quizás por las expectativas de frutas tropicales y comidas caribeñas que se presagiaban en mi mente al pensar en Centroamérica. ¿Sueños infantiles o adolescentes? Es posible. Pero siempre prefiero mantener esos sueños e ilusiones en mi cabeza. Al fin y al cabo, son los que me empujan a continuar, a seguir adelante, a confiar, a planear pasos a futuro sin preocuparme demasiado por las penurias del presente.

Las nubes —colchón blanco y espumoso que me invitaban a un sueño reparador— se abrieron bajo mis pies, y el enorme pájaro de acero que me transportaba en su lomo descendió un poquito, lo suficiente como para colocar ante mi mirada una enorme

extensión de mar, en la cual se delineaban islas paradisíacas. Parecían pequeños grumos de musgo en un espejo azul teñido de fuego por el sol naciente. En aquellos islotes se destacaban, como en un contraste pictórico expresionista, las playas doradas, los mares turquesas, los manglares marrones, los riachos ocres. Mis olvidados conocimientos geográficos me posicionaron en la costa panameña, en el océano Pacífico, a pocos kilómetros de la ciudad de Panamá. Panamá me sonaba a canal, me sonaba a conflicto, me sonaba a dominio imperialista, me sonaba a sombrero de paja, me sonaba a ritmo de baile, me sonaba a artista. Ese era mi próximo destino, el aeropuerto en el cual debería bajarme para esperar otro bólido con turbinas que se elevara sobre la superficie de mi cansado planeta y me dejara en otro punto de este gran continente que habito.

Cuando se cansaron de pasearse ante mis ojos grises —adormilados y cansinos— los interminables rosarios de islas de contornos irregulares y de apariencia exótica se desvanecieron, y solo quedó, allá abajo, una enorme extensión de agua (quizás adivinada, porque nada decía que aquello era efectivamente agua de mar) que se ondulaba como la arena en las playas, levemente, brillante aquí, opaca allá, moviéndose imperceptiblemente en la mañana boreal. De repente, apareció la línea de costa, aquella que Balboa descubrió en algún amanecer tras cruzar a pie toda la selva. Sentí el mismo gozo que tuvo que experimentar aquel explorador avezado, el gozo de quien descubre su destino y el final de sus fatigas. Aquella tierra parecía enorme, extensa, grande, interminable: la línea de horizonte oscuro se extendía hasta donde alcanzaba la vista, kilómetros y kilómetros de perfil verde y marrón.

El avión empezó a bambolearse, y mi estómago con él, mientras se aproximaba a tierra firme. Los detalles difusos empezaron a concretarse: una línea de costa definida por playas anchas, de arena oscura, sembrada de piedras y limo, y, exactamente bajo las alas del aeroplano, un ancho riacho que vomitaba su lodo en el mar. Y unos metros por detrás de la línea en la cual la espuma besaba la arena, los mangles, esas plantas de raíces intrincadas que parecían manos abrazando y aferrándose a la tierra. Y un estallido de verde, verde por doquier, un verde espeso que asfixiaba incluso a kilómetros por encima de él, una vegetación densa y fantasmal que parecía no permitir que la luz tocara el suelo. Aquí y allá, venas coloradas de agua barroca atravesaban el manglar y dibujaban un verdadero laberinto de islas, en las cuales probablemente habitaría una ingente fauna y una flora deslumbrante, que apenas si podía adivinarse. Por encima de esa bóveda vegetal, las alas blancas de unas garzas semejabán esquirlas de hielo en un paraíso tropical que pronto derretiría todo frío y toda blancura para absorberla en sus oscuridades.

Superada la barrera de los mangles, se abrió la pista del aeropuerto de Tocumen, en la cual el avión aterrizó con más pena que gloria, tropezando aquí y allá y tambaleándose torpemente de la mano de un piloto que probablemente no tendría muchas ganas de lucirse con su aterrizaje.

"Bienvenidos a Panamá" escucharon mis oídos. Mis ojos se despezaron, mi boca se abrió en un pesado bostezo que hablaba de fatiga y de aburrimiento. Despacio me desabroché el cinturón, despacio busqué mis pertenencias, despacio me bajé del ingenio alado y me senté en una banca del aeropuerto, esperando a que las azafatas se

dignaran a convocarme para otro vuelo de COPA igual de atropellado, igual de tedioso, igual de monótono...

Los días de viaje habían mermado mi capacidad de entusiasmo, pero no mi capacidad de asombro. Comencé a patear el pequeño edificio de Tocumen —digna estampa de aeropuerto latinoamericano diminuto y reducido— y entre los pasillos de Duty Free y de promotoras encontré los tejidos maravillosos del pueblo Kuna, que habita en el Caribe, en las islas del Archipiélago de San Blas. Olvidados por siglos, esa cultura había dado, ahora, renombre a todo el país, y sus molas bordadas y teñidas de vivos colores eran parte importante de la imagen que la nación vendía al mundo. Hablar de Panamá era hablar de los Kuna y de sus tejidos, y de su lengua, que había acuñado la famosa frase "Abya Yala", tan [erróneamente] utilizada en los ámbitos indigenistas y ecologistas como sinónimo de "Madre Tierra", aunque muy pocos de los que la usaban sabían que esas voces habían nacido allí, en la estrecha franja que divide al Mar Caribe del poco pacífico Océano Pacífico.

Busqué colones, la moneda oficial de Panamá, pero solo encontré dólares, y mi corazón se encogió al enterarme que el Imperio había hecho otra presa desde hacía años. Sí recordaba el Canal, y me vino a la memoria la canción de Inti Illimani, que nombraba al Tío Caimán (variante de "Tío Sam") y lo condenaba por haber devorado una porción de tierra en aquella faja angosta —un istmo— que unía al gigante del norte —despierto y belicoso— con el gigante del sur, dormido y apretado por manos férreas.

* * *

Dos horas después abordaba otro vuelo que me elevaría sobre una ciudad costera y populosa —en la cual se apreciaban enormes rascacielos de estilo moderno— y me llevaría a cruzar la enorme herida del Canal de Panamá, un estrecho parecido al de Magallanes o a los fiordos nórdicos, pero con un carácter innegablemente tropical, verde oscuro, poblado de bosques o selvas. En las aguas verdosas se divisaban las figuras de enormes transatlánticos que, desde la altura, parecían pequeñas maquetas colocadas sobre un espejo. Las costas irregulares y recortadas del canal parecían una herida inmensa, serruchada en un territorio que no la merecía. Recordé las noticias leídas de soslayo en los periódicos del aeropuerto, que hablaban de un referéndum entre los panameños para decidir si se creaba un tercer juego de esclusas en esa zona, administrada por el gobierno panameño y una Agencia —dominada bajo cuerda por los EEUU—, y al que las encuestas daban un "sí" masivo. Pensé que mi continente estaba recibiendo más tajos de los que necesitaba o de los que merecía, pero ya había visto tantos tajos en mis tierras que no me asombraba ver que se cometerían más daños.

Un poco más al norte, las nubes ocultaron la cara de Costa Rica, pero se abrieron para dejarme presenciar el majestuoso paisaje del lago Nicaragua, esa enorme extensión de agua oscura que ocupa una gran parte del occidente nicaragüense, y en la cual se asientan un par de islas, regalos de la naturaleza a un pueblo que tuvo que sufrir lo indecible, y cuyos hierros —a pesar de los que cantara Silvio— aun no se habían

partido, ni sus sogas se habían cortado. El águila seguía dando la señal a la gente, y a nadie parecía importarle demasiado.

Más al norte aún, El Salvador me saludó desde diez kilómetros más abajo, con una enorme sonrisa montañosa, con pueblos y ciudades, con aldeas y campos labrados. ¿Quién había salvado a El Salvador? Una película ("Voces inocentes") vista hacía poco me recordaba los dramas de las guerras y guerrillas, de los niños empuñando armas de fuego contra otros niños, de las violaciones a todos los derechos humanos escritos y tácitos. No, no podía yo alzar el dedo contra esa gente, porque los mismos crímenes se habían cometido a cuerdas de mi propia casa, en mi propio país, en mi propia ciudad. Dolía, dolía saberlo, dolía saberme ciudadano de un mundo tan violento, ciudadano de un continente poblado de historias tristes y leyendas nauseabundas, ciudadano de un país y visitante de naciones en las cuales la sangre aún permanecía fresca en las fosas comunes en las cuales se intentaron ocultar los crímenes más inmundos.

¿Estaba triste, a bordo de ese avión? Quizás. Quizás estaba cansado de ver a tanta gente poderosa hablar bellas palabras y hacer pocos hechos. Quizás estaba hastiado de ver tantas grandes y pequeñas organizaciones clamando por un bien que nunca obtenían, y que a pocos interesaba. Quizás estaba un poco harto de ver a tanta gente llenarse la boca con buenas sentencias mientras degustaban platillos exóticos y mientras mi propia familia no tenía que llevarse a la boca. Sí, estaba hastiado, estaba triste, estaba dolorido por ver tanta hipocresía en las caras de gente que tenía el poder para cambiar las cosas pero que prefería "quedar bien" en vez de "ser buenos".

Tal vez los conceptos de "bien" que manejo son distintos de los de aquella gente. Sí, probablemente se trata de eso...

Guatemala emergió, clavada al borde de una meseta sembrada de barrancos, en los cuales florecía una vegetación alta y exuberante de árboles que me eran totalmente desconocidos, y que violaban todas mis nociones de botánica. El perfil de un volcán cercano (el Volcán del Agua) me hablaba de la historia geológica de un continente habituado a las calamidades naturales, a los sismos y a las erupciones, a los ciclones y a las inundaciones. Me hablaba de un pueblo fuerte que, a pesar de todo eso, había sabido resistir, y había parido —desde hacía siglos— impresionantes culturas, algunas más conocidas, otras más ocultas bajo el velo de la violencia o la muerte.

El aeropuerto internacional de La Aurora me recibió con sus brazos abiertos, a pesar de ser pequeño y de estar en obras de refacción. El Boeing que me transportaba descansó sus motores y calló su ronquido mientras yo me dirigía a buscar mi cansada mochila y atisbaba, aquí y allá, guardias armados que me recordaban que ya no me encontraba en las tranquilas tierras coreanas, sino en mi propia tierra, con mi propia gente, siempre insegura, siempre temerosa de la violencia ajena y de la famosa frase "el hombre es un lobo para el hombre", que en estas longitudes y latitudes parecía cumplirse con total respeto. El quetzal —ese pájaro de color esmeralda, de larga cola, de plumas sedosas y pecho de sangre— se dibujaba en la bandera y en el escudo del país, y también en su moneda, aunque en la enorme pieza de un quetzal no aparece la efigie de tal ave, sino una paloma picassiana y la leyenda "Paz".

En efecto, pensaba mientras hacía la cola de migraciones, el país había alcanzado había unos años (29 de diciembre de 1996) una paz deseada y soñada por muchos, una paz que había costado miles de vidas y desaparecidos y que había parido una Premio Nobel —Rigoberta Menchú Tun— y una paz que aun seguía desenterrando muertos y esqueletos de fosas anónimas (como los de Palabor). Una paz muy parecida a la argentina, a la chilena, a la de tantos países de la región que debieron soportar la guerra entre hermanos. Una paz llena de dolores y pesadillas viejas que de vez en cuando despertaban para recordarle a la gente su camino transitado y los senderos que no deberían volver a transitar.

Aunque el ser humano pocas veces aprende de su pasado.

Fuera del aeropuerto me esperaban los organizadores del Simposio al cual iba a asistir como docente y tallerista. ¿Tenía algo para enseñarles, tenía algo para decir? Quizás sí. Quizás mis palabras fueran útiles para aquellos que habían decidido convocarme y escucharme. Eso esperaba.

El coche de mi colega se desplazaba lo más raudamente que la ley permitía entre los barrios que separaban el aeropuerto del centro de la ciudad, en donde se ubicaba mi hotel. Yo estaba llegando con un día de retraso, debido a la rotura de mi avión en Johannesburgo, así que había mucho por hacer, muchas cosas por recuperar, y una audiencia de 30 personas que habían debido posponer su interés por 24 horas. Mientras escuchaba su relato del día perdido, miraba por la ventanilla, y descubría barrancos exuberantes de vegetación en medio de una ciudad que ora me parecía una

urbe moderna, ora me semejaba un pueblito del norte de mi país. Si, la pobreza se notaba, tanto como en Argentina, aunque quizás ahora —habitudo a la riqueza de las tierras de oriente— mis ojos lo notaran un poco más, o se hiciera un poco más evidente. Aún así, era un placer sentirme de vuelta en casa, leer carteles en castellano, oír mi idioma pronunciado por los labios de mi acompañante. Llegamos al Hotel Princess, y ahí, en sus pasillos, en pocos minutos, aprendí que el pueblo guatemalteco es amable, es cordial, es respetuoso, y mantiene unas normas de amabilidad ya olvidadas en los pagos donde yo nací. Quizás mi gente fuese más confianzuda, quizás se hubiera deshecho de antiguos valores de educación que aquí aún eran conservados. No lo sé. Solo supe que aquella afabilidad, que aquel interés por mi bienestar y que aquel respeto me encantó, y que me hizo notar que allí era bienvenido, que no era un extranjero en absoluto sino un amigo al que se le abrían —con toda cordialidad— las puertas de una ciudad, de una nación y de una cultura, semejante pero diferente.

La ducha de rigor me quitó un poquito de mi cansancio, aunque... ¿cómo borrar tres semanas de agotamiento y un montón de horas de vuelo, y muchos nervios, y hambre, y sueño, y un reloj biológico poco dispuesto a adaptarse a la realidad? A las prisas nos dirigimos a la Universidad Rafael Landívar, situada en las afueras de la urbe, en el camino a El Salvador. Se trataba de una institución privada, que ofrecía algunas aulas y recursos para que aquel Simposio pudiera celebrarse con todo éxito.

* * *

El taller que debía dictar —y que dicté, aunque resumiendo mucho sus contenidos— se titulaba "Capacitación para trabajadores en bibliotecas de comunidades aborígenes". Se trataba de un compendio de conocimientos —como digo, tremendamente sintetizados— a través de los cuales pretendía acercar a la audiencia a una realidad poco analizada o entrevista en nuestros ámbitos latinoamericanos. En efecto, pocos son los talleres y cursos destinados a bibliotecarios que deben desempeñarse en áreas rurales o indígenas, con usuarios y condiciones culturales, sociales y económicas bien distintas de las de las bibliotecas académicas, universitarias o especializadas. El primer acercamiento a los oyentes me permitió entender que, efectivamente, poco se había hecho al respecto en Guatemala, a pesar de que el país está muy adelantado —en comparación a otros de la región— en lo referente a educación indígena. No en vano viven allí 22 sociedades —principalmente del tronco lingüístico maya— en un territorio que apenas si supera la extensión de una provincia argentina. Tales sociedades aún conservan muy fuertemente arraigada su tradición, su idioma, su historia y su realidad diversa. A la vez que explicaba a los participantes algunos conceptos, me enteraba de la realidad guatemalteca. Definitivamente siempre mantuve que, en un taller, el que más aprende es el docente. Y en este caso, creo que así fue.

Dado que los contenidos principales estaban colocados en línea —había creado un blog para los mismos, de forma que los alumnos pudieran acceder a esos textos sin ningún problema de fotocopiado o impresión— me permití relajarme e intentar transmitir algunas ideas básicas: la importancia de la biblioteca en el desarrollo comunitario, en la conservación de la identidad minoritaria, en la protección de las

lenguas amenazadas u olvidadas, en la recuperación de tradición oral, en la alfabetización y en la difusión de información valiosa (salud, derechos, recursos sustentables...). Todos ellos son puntos que un bibliotecario que trabaje en una comunidad indígena (y, a decir verdad, en cualquier otra) debe mantener en mente a la hora de diseñar unidades y servicios.

Una gran deuda en la bibliotecología latinoamericana es la formación de lo que los bibliotecarios guatemaltecos llaman "empíricos", es decir, de aquellos colegas que no han pasado jamás por un aula y que desempeñan la profesión con escasos conocimientos teóricos. La diferencia siempre me pareció un tanto cruel y absurda, pero he de reconocer que existe una carencia fuerte de conocimientos en aquellas personas que no han frecuentado un aula. Definitivamente, es mi opinión que las universidades, escuelas y asociaciones de bibliotecología deberían ocuparse de brindar oportunidades —baratas, fáciles, sencillas— para que tales colegas accedan a algunos contenidos importantes de nuestra disciplina, como planeamiento, gestión de recursos, estudios de usuarios, etc. Pero pocas entidades han asumido esa responsabilidad, y allí siguen los "empíricos", quejándose de que los pocos cursos de formación profesional o de actualización siguen dictándose en las grandes ciudades, a kilómetros de su lugar de trabajo, y siguen costando bien, bien caro.

Tales reclamos resuenan mucho en mi país, en mi provincia, en donde me ocupo de desplazarme personalmente a áreas más bien lejanas a la gran ciudad y de dar clases a aquellos bibliotecarios populares, escolares o comunitarios que quieren enterarse de

cómo manejar sus unidades en forma más eficiente. Sí, hay pocos que hacen el trabajo que yo hago. Deberíamos ser más. Pero hoy en día pocos piensan en los demás.

Terminada la clase, conocí a la pequeña pero animosa Comisión Organizadora del evento, colegas y amigos procedentes de distintas instituciones guatemaltecas, que se habían agrupado para lograr buenos resultados en una actividad que brindaría espacios para discusión, para aprendizaje, para crecimiento. El Simposio se centra, cada año, en un par de temáticas particulares, aunque no por ello deja de incluir propuestas que son del interés de todos. En este caso guatemalteco, incluye talleres, clases magistrales y mesas redondas. En todos los casos se permite la transferencia de ideas y la discusión de conocimientos. Y, quizás la mejor noticia: la comisión no pertenece a ninguna organización ni asociación. Se trata de bibliotecarios independientes, que en otros tiempos formaron una comisión nacional pero que ahora continúan trabajando en pos del mejoramiento profesional. De este punto tomo buena nota: en muchos lugares es preciso, desde ya, empezar a plantear espacios alternativos a las asociaciones nacionales y regionales, porque los intereses de las mismas suelen permear todas sus actividades, y muchas veces se deja de lado lo verdaderamente importante por ocuparse de lo "importante".

* * *

Con los demás talleristas salimos, tras el Simposio —es decir, cayendo la tarde— para recorrer un poco del Centro de la ciudad, que está dividida en Secciones numeradas, de forma que alguien puede decir "vivo en la sexta". El Centro es la primera sección.

Además, cada Sección está cruzada por calles y avenidas. Todas las vías paralelas son calles, y todas las perpendiculares que las cruzan son avenidas. Y cada vía está numerada, de modo que uno vive siempre cerca de la intersección de calle y avenida: "vivo en la seis calle con cinco avenida". Agregando la sección (pues cada una tendría esa supuesta dirección) ya estaríamos posicionados.

En el Centro descubrimos la gran Plaza Central, característica de cada capital latinoamericana, que había perdido mucho de su esplendor antiguo (según me dijeron sufrió varias remodelaciones), y la Catedral. Me extrañó no ver un Cabildo, pero recordé que esta ciudad no fue la primera capital de Guatemala (si no entendí mal, es la tercera, siendo la segunda Antigua). La Catedral conservaba el estilo siglo XVII que tienen otros templos sudamericanos. En la Plaza, unos muchachotes jugaban un improvisado partido de fútbol, hubo un vuelo de palomas y más allá, las vendedoras, con arreglos típicos en el pelo, mostraban sus productos textiles: huipiles (blusas) bordados y faldas con todos los colores del espectro combinados en diseños geométricos complicadísimos, bien mayas. Me contaron que, al acercarse las fiestas patrias (15 de septiembre, celebración de la Independencia de los españoles en toda Centroamérica) todo el mundo vestía las prendas tradicionales... más que nada, como una especie de acto simbólico. Otro acto simbólico era portar una escarapela, o una banderita en el coche... y, por la similitud con las acciones que se practicaban en mi propio país fue que descubrí que el color de la bandera guatemalteca es exactamente igual que el de la argentina (son las únicas banderas del planeta que incluyen el color celeste del cielo).

Fue a dos cuadras de la Plaza Central cuando descubrí los mingitorios guatemaltecos. Si desconocen el significado del término "mingitorio" (con mis compañeros nos pasamos media hora analizando la etimología del vocablo... sin éxito) les ruego consulten un diccionario, pero, para describirlo básicamente, es un baño público, conformado por varias chapas metálicas colocadas en semicírculo, y una gran rejilla en el piso. La posición de las chapas es tal que no permite ver el origen de la acción de los usuarios, pero sí el final, porque están elevadas sobre el suelo y permiten realizar "estadísticas de uso". Sobre la propia chapa, una leyenda admonitoria solicita el buen uso de las instalaciones (colocadas en cualquier esquina) con estas buenas palabras, anotadas además en forma de verso rimado: "Orine feliz / orine contento / pero por favor / orine adentro".

Quizás lo gracioso o dramático del asunto es que nuestro animoso grupo descubrió el concepto de mingitorio público callejero (algo que no habíamos visto en nuestros propios países) con el ejemplar que estaba casi delante de la puerta de la Biblioteca Nacional de Guatemala. Así que la impresión inicial no fue la mejor. Tal impresión empeoró al ver el interior del edificio, al conocer sus servicios, al presenciar sus salas. Quizás debí recordar que aquel país no era uno de los más adelantados económicamente, y que el bienestar social (que incluye el desarrollo de bibliotecas) no había sido alcanzado. Pero debo confesar que no recordé ese hecho mientras curioseaba entre los pasillos. Estructuras desaprovechadas, colecciones reducidas, un depósito legal que apenas si se realizaba, unos métodos antiguos, y una apariencia general de abandono, de tristeza, de oscuridad... me dejaron una sensación de tremenda angustia en el pecho. A un lado del edificio de la Nacional está la Biblioteca

Braille, en la cual, según los periódicos, se generan también libros orales (es decir, libros leídos y grabados en casetes, algo que también tenemos en la Biblioteca Pública Córdoba, allá en casa) y que, lamentablemente, no pude visitar.

La primera impresión que tuve del principal edificio bibliotecológico guatemalteco fue... "pobre". Días después conocería, en el Simposio, a la directora de la institución (quien, como en mi país y en otros tantos, no es bibliotecóloga) y podría presenciar cuáles eran las características reales y los proyectos de trabajo de la unidad. Debería esperar, pues, un par de días para poder construir mi opinión al respecto...

* * *

El día se terminaba. La noche presagiaba unos tragos y algo de comida guatemalteca en un sector de la ciudad conocido como "Cuatro grados norte". Pero de eso ya les hablaré mañana. Por hoy ya han sido muchas palabras y muchas emociones. Ahora necesito relajarme.

Un abrazo enorme desde tierras "chapines" (apelativo cariñoso para designar a los guatemaltecos).

Nos leemos

Septiembre 21, 2006

Cuaderno de viaje 24: miércoles 6 de septiembre

Frente al espejo, de mañanita, encontré a un tipo con una tremenda cara de sueño. Aquella cara no era un lindo espectáculo como para empezar el día, así que me hundí en el agua fría de la pileta. La noche anterior había sido larga (aunque la vida nocturna guatemalteca termina a la una de la mañana, hora en la que, por ley, se cierran los bares y no se expende más alcohol): noche de cerveza "Gallo" y tacos mexicanos (o tortillas guatemaltecas, como deseen). Esperaba comer platillos tan picantes como los probados en Corea, pero, afortunadamente, en estas tierras las salsas especiadas con chile se colocan aparte. Así que pasé un buen rato aprendiendo a armar tacos / tortillas, pues de acuerdo a mis amigos mexicanos, el buen "gourmet" se reconoce por la manera en que toma los tacos (y yo "quedé como un vulgar pichiruchi"). Carne de pollo, "pastor", res, cerdo y algo de cebolla llenaban la bandeja que debíamos verter de a poco dentro de cada tortilla de maíz. Salsas verdes y mezclas de tomate y cebolla eran las opciones de condimento, opciones ampliamente regadas con la buena cerveza guatemalteca.

El nuevo día era cálido, y recordé nuevamente que estaba en el trópico cuando salí de mi habitación y sentí la humedad pegárseme a la cara, y todo aquel clima dándome una bofetada. El desayuno incluyó toda la fruta que pude ingerir, especialmente piña / ananá, papaya / mamón, melón rosado y sandía. Incluyó además un buen café (que ya

necesitaba, ante la falta de mi mate y ante el hábito coreano / sudafricano / malayo de hacer el café muy suave), un café que no logró despertarme... y algunos bollos.

La cocina guatemalteca incluye, entre sus bebidas, muchos jugos de frutas, mezclados con agua, con hielo o con leche (batidos). Las frutas se venden, cortadas en pedacitos y colocadas dentro de paquetitos de nylon transparente, en puestitos callejeros colocados en las esquinas. Y, por supuesto, tapizan coloridamente todos los mercados, con su variedad de formas y nombres.

La mañana se me fue sin pena ni gloria, metabolizando mis andanzas en Corea y en la IFLA, masticando muchas durezas que no atinaban a pasar por mi gástrico e intentando orientar mis velas y mis remos hacia una misma, única, sencilla y personal dirección. Logré tal objetivo antes de que los organizadores del Simposio pasaran por mí, me llevaran a almorzar y me colocarán nuevamente ante los participantes de mi taller. El segundo día (y último, que debió ser el tercero) de actividad lo aproveché para trabajar en el proceso de planeamiento de una biblioteca indígena y para plantear posibilidades de servicios estratégicos, especialmente centrados en los conceptos de lengua, identidad, tradición oral, educación e información sobre salud y derechos. Las ideas eran abundantes, ciertamente, y el tiempo era escaso, pero pude facilitarles algunos conceptos importantes, relacionándolos con instrumentos internacionales (recomendaciones, manifiestos, declaraciones) que, a pesar de su inutilidad práctica, sirven como marco referencial y teórico.

Terminado el taller, y mientras esperaba a que las actividades se cerraran para poder dirigirnos al centro de la ciudad, al auditorio del IGA (Instituto Guatemalteco–Americano) en donde yo debería dar la lección inaugural, recorrí un rato el Campus de la Universidad Rafael Landívar, un sitio precioso, ajardinado, muy parecido a algunas universidades privadas de mi país. El aspecto general de los/las estudiantes no era el de el/la clásico/a guatemalteco/a, y en esto esta universidad también se parecía a las de mi país. La biblioteca central (llamada "Landivariana" en honor a Rafael Landívar, un poeta guatemalteco), de estantes abiertos, me resultó interesante, aunque a esas alturas del viaje debía reconocer y aceptar que todas las bibliotecas me parecían iguales: un conjunto de libros en estantes. Sin embargo, siempre me resultaron gratos los estantes abiertos, por la libertad que permiten al usuario: la libertad de elegir, de navegar entre otros títulos, de descubrir por sí mismo opciones que quizás el bibliotecario no intuye o el OPAC / catálogo no proporciona. Siempre me pareció una opción excelente, y siempre me alegró saber que muchas bibliotecas universitarias de mi ciudad estuvieran adoptando este sistema. Aprovecho para sugerir a las demás que piensen seriamente en colocar bandas magnéticas a sus documentos y permitir a los estudiantes ser felices revolviendo libros. En mi época de estudios, nada me provocaba más placer que meterme entre los libros y buscar, leer, revisar, ojear...

Mis colegas me comentaron un poco de la estructura de la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de San Carlos (la "Nacional" de Guatemala), la única del país, aunque su actual directora es amiga mía y con algunas docentes planeamos una charla con los estudiantes el próximo sábado. Asimismo, me comentaron la naturaleza de la ABG (Asociación de Bibliotecarios de Guatemala) y la estructura de las bibliotecas públicas

de la ciudad, que no supera la media docena y no cuentan con todos los recursos que deberían tener (algo que no me asombraba, si recordaba un momento mi propia provincia). Pero mi mayor gusto fue acercarme a la Biblioteca Móvil que había traído la gente del PROBIGUA, una ONG cuyo trabajo debería ser ejemplo para todos nosotros, y que es bien conocida en muchos ámbitos profesionales latinoamericanos. Destinatarios de uno de los Premios de la Fundación Bill y Melinda Gates, estos colegas tienen su sede en la ciudad de Antigua, una biblioteca móvil más (que esperan multiplicarse) y una buena serie de servicios entre las comunidades de la región. Rigoberto y Antonio, los dos hermanos que llevan adelante esta propuesta, me parecieron personas sumamente interesantes, con las ideas bien claras, con mucha preparación para formular proyectos y planes, y con una fuerza impresionante para cumplir objetivos. Encontrarse con personas así es un honor: uno se siente pequeñito ante ellos... y sentirse así es hermoso: uno se da cuenta de que tiene mucho camino por recorrer, y de que es posible hacerlo porque otros lo han hecho ya. ¿Y qué mejor para una persona que sentir que ante sus pies se extienden caminos?

El auditorio del IGA —una institución con 60 años de trabajo— ya estaba ocupado por el público cuando llegamos allí. Entre los asistentes estaba el Embajador chileno en Guatemala (parece que el argentino había tenido que salir...), la directora de la Escuela de Bibliotecología, y otras amigas a las que les veía la cara por primera vez después de varios años de contacto virtual. Antes de entrar, tuve tiempo de familiarizarme un poquito con las actividades que realiza el IGA, en especial su biblioteca (bautizada "Walt Whitman" en honor al escritor del norte), que para el mes de septiembre tenía cuenta-cuentos (que contarían el ciclo de leyendas africanas de Anansi, uno de mis

favoritos), conferencias y presentaciones de libros (destacable la novela "Diccionario Esotérico" de Maurice Echeverría, ganadora del galardón centroamericano Mario Monteforte Toledo 2005).

Ya en el auditorio, presentado por el Comité organizador, y luego de oír el himno de Guatemala entonado por el Coro Universitario, me decidí a dar la lección inaugural, que se centraba en el rol social de los bibliotecarios en América Latina.

Dudo que haya sido la mejor lección de mi vida. He tenido días mejores, sinceramente. Pero en fin, el tiempo no puede retrocederse, lo hecho, hecho está, y yo soy muy poco tolerante con mi propio trabajo y mis propias acciones. En teoría, lo que quise transmitir fue la importancia del papel que el bibliotecario puede jugar en el desarrollo social de cualquier sociedad, especialmente de la latinoamericana. Hacía poco había escrito un par de textos al respecto (un prólogo para la colega canadiense Toni Samek, y otro para la revista "Progressive Librarian"), y algunas ideas previas habían aparecido publicadas en la revista peruana "Biblios" como un artículo de opinión. Así que las ideas estaban frescas, en especial una, central, que repetí a lo largo de toda la lección: "la información es poder". Entender ese punto es darle un nuevo enfoque a nuestra profesión, a toda nuestra actividad y a nuestra disciplina. Es ver los estantes a través de otro cristal, desde otro punto de vista. Imaginen que, con la información que tienen en su colección, cualquiera de ustedes pudiera salvar una vida. ¿No se sentirían importantes, valiosos, útiles...? Pues no hablamos de una hipótesis: muchos de ustedes pueden hacerlo, especialmente aquellas bibliotecas con información sanitaria o médica, por poco especializada que ésta sea.

Piensen en todo el abanico de opciones que se abren ante ustedes cuando piensan que, para muchas personas, el conocimiento que ustedes atesoran puede representar la diferencia entre un buen y un mal día, entre un camino elegido correcta o incorrectamente, entre salud y enfermedad, entre libertad o prisión, entre lágrimas o sonrisas. Piensen en todo lo que pueden hacer con esa información que guardan los libros y folletos de sus estantes. ¿No sienten el poder de su trabajo, de sus manos, de sus libros?

Terminada la charla, el presentador del evento coronó mi intento de lección inaugural con la frase más lúcida de la noche: "la información es poder. ¡Cuán poderosos somos!"

No, no somos ningún superhéroe de leyenda. Tampoco tenemos en nuestras manos la panacea universal para todas las dolencias y debilidades del género humano y otros géneros vivos. Lo que sí tenemos es la oportunidad latente y potencial de generar cambios, cambios más o menos significativos. No, no hacen falta las grandes hazañas: hacen falta muchos granos de arena colocados por muchas manos en el momento oportuno. Y eso sí podemos hacerlo, apoyando educación y alfabetización, defendiendo derechos y culturas, proveyendo la información adecuada allí donde sea necesaria... ¿O es que no podemos hacerlo?

A la salida, y después de una bellísima interpretación del Coro Universitario, me encontré con el cóctel de bienvenida, en donde pude degustar unas cuantas de las especialidades de la cocina guatemalteca, muy centroamericana, con sus enchiladas,

sus tortillitas y esos frijoles negros que hicieron mis delicias a lo largo de la noche. Los frijoles negros se comen hechos una pasta densa y ricamente especiada. Dado que en mi país los "porotos negros" se comen de otra forma, la curiosidad ganó mi estómago y mi apetito.

Para brindar, había un ejemplar de excelente ron nacional, y algo de tequila —también de calidad— y la ya mencionada cerveza "Gallo", que es la marca nacional, fuerte y con buen cuerpo. Las fotos de rigor fueron tomadas, y, desde allí, comenzó un paseo que nos llevó a terminar en la barra de un bar, de madrugada, ante algunas botellas vacías, escuchando rock argentino. Pero esa es otra historia. Una historia que quizás les cuente algún día...

Nos leemos mañana, por aquí.

Septiembre 22, 2006

Cuaderno de viaje 25: jueves 07 de septiembre

"Mi viejo era argentino..."

Le decían "Diablo". Era el barman de aquel pequeño antro en donde, en ese momento, resonaba rock argentino. "Los Fabulosos Cadillac", para ser más precisos.

"Sí, era argentino" me decía, mientras yo clavaba la mirada en los tatuajes de sus brazos. En uno, la muerte. En el otro, el diablo. "El diablo es el que nos guía; la muerte, la que nos espera en cualquier esquina" me explicó él mismo, al mostrarme los dibujos azulados.

"Sí, era argentino" repitió. "Lo mataron los mareros el año pasado".

Sentí un escalofrío. Los "mareros" se me presentaban, desde mi perspectiva de visitante ignorante de la realidad nacional, como una verdadera plaga. Las "maras" (¿contracción de "marabunta"?) eran bandas o pandillas, más o menos fuertes, más o menos organizadas, que pululaban en Guatemala, El Salvador, y, hasta donde supe, en otro par de países de la región. Eran todo un fenómeno social, que llevaba la inseguridad a las calles. Y, hasta donde pude apreciar, también la muerte.

Los ajustes de cuentas ejecutados con armas del calibre de una AK-47 eran frecuentes; también los cobros de impuestos o protección, al mejor estilo de las mafias tradicionales. Sabía que una de las secciones de la ciudad —la número tres— era famosa por ser núcleo de "maras" y que uno de sus sectores —"El Gallito", si no recuerdo mal— estaba directamente cerrado y atrincherado, con peligro de muerte a tiro limpio para aquellos descuidados que entraran sin permiso.

Las pandillas era un fenómeno común en mi propio país, pero no con esa virulencia. Quizás algún enfrentamiento casual a la salida de un baile, quizás algún ajuste de cuentas. Doloroso, pero no tan serio. Esto que me contaban me asombró, y me dolió, porque estaba sucediendo en el centro de un país hermano, de un país latino, de un pueblo que trataba afectuosamente a los visitantes y que quería, por una vez en años, vivir en paz.

Las "maras" estaban relacionadas con el narcotráfico, según pude saber. Y eso dolía el doble. Es curioso como el dolor ajeno se vuelve propio cuando uno se siente en casa ¿no? Pues así me ocurrió, quizás en aquel momento, quizás un rato después, en el hotel, cuando esperaba que el vapor de la cerveza se esfumara y pensaba en todos los acontecimientos vividos durante el día. Pensaba en lo injusto de las heridas que debía soportar mi viejo, nuevo continente. Parecía una maldición: los más necesitados son precisamente los que sufren los peores males. Es como si salir del fondo del pozo costara el doble, como si levantar la cabeza después de años —o siglos— de mantenerla hundida costara un esfuerzo increíble, casi sobrehumano.

El jueves amaneció nublado. Quizás lloviera por la noche, mientras yo soñaba con gatos arañando incunables (¿hay peor pesadilla para un bibliotecario?). El cielo se presentaba cargado, y la atmósfera, irrespirable. Con un par de colegas nos hicimos una escapadita al Mercado Central de la ciudad, situado tras la Catedral. Se trataba de un espacio enorme, subterráneo, en el cual se desparramaban los más variopintos comercios. Los del primer nivel exhibían únicamente artesanías, desde recuerdos a elementos útiles como cestos o instrumentos de madera. Encontré mil y una chucherías: camisetas, abalorios, pulseras, marimbas (el "instrumento nacional"), hermosas máscaras zoomorfas talladas en madera y policromadas, postales y toda la parafernalia turística encontrable. En el piso inferior estaba el verdadero mercado, con su exhibición de frutas que nunca imaginé y verduras que tentaban al mordisco repentino. Debo confesar que parecía un niño: "¿y esto cómo se llama? ¿y aquello?" La paciencia de mis acompañantes merecía un monumento. Así descubrí el zapote, el chicozapote, el mamey, la anona, frutas que no crecen en las latitudes de las que provengo y que, por ende, eran todo un descubrimiento para mis sentidos. Más allá de las verduras aparecía la repostería, que afortunadamente distaba mucho de ser tan insulsa como la coreana: estos eran mazapanes de almendra, dulces de coco rallado con melaza de caña, higos pasos, bolitas de leche, frutas desecadas y un espectro tan amplio que hubiera necesitado un bloc de notas y una descripción detallada para conocerlos todos (además de un presupuesto extra para degustarlos). De tan variado surtido me llevé puestos (es decir, en mi bien dispuesto estómago) una buena cantidad. Más allá aún estaban los comedores, en donde se preparaban, vendían y consumían todas las particulares creaciones de la gastronomía nacional. Allí podrían tomar refresco de súchiles (trozos de ananá fermentados en agua, filtrados y

azucarados), horchata (hecha de harina de arroz, a diferencia de la ibérica), agua de Jamaica (a los seguidores infantiles de la serie mexicana "El Chavo" les sonará el nombre de este refresco hecho con los pétalos secos de una flor del género *Hibiscus*) y todos los jugos que se imaginen, desde la papaya hasta la granadina. Y por supuesto, las carnes más variadas, acompañadas por las infaltables tortillas, el arroz y la ensalada.

Revisando las artesanías de barro y las flores de papel, supe que los intermediarios que las vendían en el mercado pagaban a sus autores —casi todos artesanos/as populares de las comunidades indígenas— un precio exiguo por materiales que después vencían a un 800% del precio pagado. ¿Por qué me recordaba al Chaco argentino, o a la Puna, en donde los alfareros locales no organizados en cooperativas hacían verdaderas maravillas que, de colocarse en el mercado a través de intermediarios, eran pagadas a precio insignificante para después ser vendidas por una pequeña fortuna? Los paisajes cambian, las palabras también, pero las malas costumbres son eternas y no reconocen fronteras. Al menos, no dentro de Latinoamérica. De eso puedo dar fe.

El Simposio continuó, pero esta vez con la serie de mesas redondas que ocuparía jueves y viernes, con una serie de 3-4 entradas por día. Cada mesa redonda —que contaba con un moderador versado en la temática— incluía entre 3 y 7 oradores, que exponían un aspecto de la temática a tratar, de forma que, entre todos, conformaban y construían un panorama bastante completo de la situación analizada. Al final se abría el espacio para preguntas, que era aprovechado para aclarar algunos puntos oscuros. Se preguntarán por qué describo todo esto con tanto detalle. Lo hago porque así —y

no de otra forma— debe de funcionar un Congreso y una serie de mesas redondas, pero parece que es algo no comprendido por muchos organizadores nacionales / regionales. Y anoto esto porque, a la vez que participaba en estos eventos, me enteraba —por otras colegas y amistades— de lo que acontecía en aquellos encuentros a los que no podía asistir. Honestamente, no tuve los mejores comentarios de muchos de tales encuentros y congresos. Así que creo que hacer hincapié en la necesidad de una buena organización, una buena planificación de actividades y un buen análisis de los contenidos e ideas a transmitir debería convertirse en una costumbre básica para aquellos que quieran impulsar un evento de estas características. Recuerden que no se trata de decir "hagamos un congreso" y ya está. Se trata de un largo trabajo, de seleccionar ponentes, de saber qué se quiere lograr con el congreso (más allá de las charlas de pasillo y las comidas conjuntas, actividades en las cuales todos parecen ser especialistas consumados). Tomen en cuenta estas ideas.

Para la noche se anunciaban un paseo por el centro de la ciudad, para conocer un poco más los edificios oficiales, y reunión en una casa particular para cháticas, música, un trago y unas tortillas con frijoles. La hospitalidad guatemalteca brillaba nuevamente, y a pesar de que el agotamiento me había ganado, intenté lustrar mi sonrisa y ponérmela para continuar el trayecto.

Un trayecto que finalizaría oficialmente al día siguiente, con las últimas mesas de trabajo y la ceremonia de clausura. Aunque a mí me quedaban kilómetros por hacer, varios encuentros y mucho trabajo. ¿Encontraría fuerzas suficientes para continuar,

después de un mes vagando de aquí para allá con mi casa a cuestas, arrugada dentro de una enorme mochila y varios bultos de mano? No lo creía factible, pero... ya veríamos.

Los dejo. Los veré por estos rincones virtuales mañana... Hasta entonces, les dejo el último tema de mi grupo favorito, los Illapu.

Vivir es mucho más

¿Quién dijo que ya todo estaba dicho?
Que basta ser becerro del rebaño
Que los sueños solo son buen consuelo
para pasar la vida satisfecho.

¿Quién dijo que no había nada nuevo?
Caminar es permanente hasta lo eterno.
Y fue la rebelión de los cuadernos
que sacudió desidia y conformismo.

Se puede vivir, se puede soñar
Pero hay que pensar lo que hay cambiar.

Y cada día reinventar caminos,
Dar lo mejor para buscar lo cierto.

La vida es mucho más que estar atento
para no tropezar y andar sin techo.

¿Quién dijo que pensar resulta bueno
en la santa moral que lleva al cielo
para no retirarse del sendero
que os trazaron hasta el cementerio?

Se puede vivir, se puede soñar
Pero hay que pensar lo que hay que cambiar.

Y cada día reinventar caminos,
Dar lo mejor para buscar lo cierto.
La vida es mucho mas que andar contento
para morir en paz y satisfecho.

Septiembre 26, 2006

Cuaderno de viaje 26: viernes 07 de septiembre

El día comenzó temprano. A las ocho de la mañana estaba nuevamente en la Universidad Rafael Landívar, bajo unas nubes que definitivamente vaticinaban un segundo diluvio universal y todas esas catástrofes a las que nos tienen acostumbrados los predicadores. Me refugié en el auditorio para participar en la primera mesa del día. La temática de tal mesa giraba en torno al rol de las bibliotecas comunitarias como medios de desarrollo social, y, como primer ponente, me ocupé de proporcionar algunas ideas generales que permitieran a los asistentes generar una definición propia de "biblioteca comunitaria". Definitivamente este es un concepto en auge, y es curioso notar como en cada país de la región se le da una definición diferente, de acuerdo a la realidad nacional e incluso regional. Lo mismo sucede con los términos "público" y "popular". Por ende, sería muy útil construir una definición consensuada, que nos permita caracterizar a estas unidades que, desde mi punto de vista, son las creadas por la propia comunidad sin influencias externas, por *motu proprio*, y que responden a necesidades puntuales y concretas del grupo humano que las genera. A diferencia de las públicas, no poseen subvenciones gubernamentales ni disponen de trabajadores cualificados dependientes de tales instituciones de gobierno. Su independencia es total, al igual que su compromiso para con el desarrollo de la comunidad. Quizás este último punto sea el más destacable, y el que dota a estas unidades de una importancia particular en nuestro contexto socio-geográfico actual. Cuando una de estas bibliotecas surge, de la mano de gente que desconoce por completo la profesión y la

disciplina bibliotecológica, es porque la necesidad de tener servicios de (in)formación y recreación es imperiosa y no ha sido respondida. Imaginen la fuerza de esa necesidad, imaginen su profundidad y su amplitud. E imaginen todo lo que se podría lograr si tales requerimientos fueran cabalmente respondidos: mejoras en la salud, en la gestión de recursos, en la alfabetización, en la educación, en el trabajo...

Las bibliotecas comunitarias (al igual que las rurales, las indígenas, las populares y, en gran medida, las escolares) suelen ser las "hermanitas pobres" de la bibliotecología, una especie de "último orejón del tarro" del que pocos se preocupan. Sin embargo, es preciso recordar que son ellas las unidades "de trinchera", que son ellas las que soportan los mayores embates y las que abren los caminos de la lectura, que son ellas los espacios de trabajo del mayor porcentaje de bibliotecarios de la región, y que son ellas, en definitiva, las que merecerían una mayor atención por parte de la "Academia". Sin embargo, la atención de los dioses y diosas del Olimpo bibliotecológico está orientada hacia lo digital, lo moderno, lo de primera línea. Aquí seguimos nosotros, a pesar de todo, trabajando, porque definitivamente hemos comprendido que la labor de los bibliotecarios de base es realmente importante. Y lo notamos en la sonrisa de nuestros usuarios, en ese caramelo que nos traen los niños a escondidas para agradecernos la ayuda en las tareas o el libro prestado...

El resto de la mesa presentó experiencias puntuales en el campo de las bibliotecas comunitarias. Me interesó sobremanera la presentación de la Fundación Riecken, una entidad que trabaja en el desarrollo de bibliotecas en Guatemala y Honduras especialmente en zonas rurales (ocupadas aquí por indígenas). Poseen unas 40

unidades, de las cuales 9 se encuentran en territorio guatemalteco. En esta red, 10 poseen Internet, 35 tiene clubes asociados, 35 poseen juntas directivas conformadas por autoridades locales, 14 desarrollan programas de radio comunitaria y 36 proporcionan espacios para talleres). La base de las bibliotecas creadas por la FR es promocionar la inclusión, la participación y el pensamiento crítico a través del acceso libre y abierto a recursos informativos. El presentador de la FR hizo un fuerte hincapié en la necesidad de no limitarse a paradigmas bibliotecológicos cerrados, declarando que la libertad de acción y creación dentro de las unidades no implicaba la pérdida del carácter de "biblioteca".

En la misma mesa, la Fundación Intervida promocionó sus centros culturales a lo largo de la sierra occidental guatemalteca, y también se presentaron las bibliotecas municipales de Ciudad de Guatemala, que son cinco, están ubicadas en áreas marginales y dependen de la Secretaría de Desarrollo Social de la Municipalidad.

Finalmente, Rigoberto Zamora, del PROBIGUA, comenzó su ponencia declarando que las revoluciones son de los bibliotecarios, gestores y actores del cambio, pues son ellos los que trabajan construyendo, sin armas. No pude dejar de sonreírme y de aplaudir en silencio esas palabras. El que habla de revolución habla de cambio, y ¿qué mejor herramienta para el cambio que un libro, una educación pertinente, un sistema de información coherente, una alfabetización sólida? Las armas quizás fueron necesarias en otras épocas, y quizás —aunque lo dudo profundamente— sean necesarias aún hoy en ciertos contextos. Pero personalmente creo que no hay mejor arma que un libro, precisamente para que las balas dejen de ser necesarias.

Rigoberto apuntaba que los cambios en Guatemala (y en toda Sudamérica, en realidad) los llevarán a cabo los niños y los jóvenes (no los distintos grupos políticos) y, dado que son las bibliotecas de los adultos de hoy las que los forman, es necesario apostar en esa educación para apostar al futuro con confianza y esperanza. Pues, de acuerdo a las palabras con las que Zamora cerró su charla, un pueblo que lee puede manejar una democracia.

Pero quizás la sentencia que más me gustó para cerrar esa mesa de bibliotecas comunitarias (larga pero rica) fue la de la gente de la FR, que anotó un conocido refrán que dice:

Hay tres tipos de personas:
Las que hacen que las cosas sucedan;
Las que miran cómo las cosas suceden;
Las que se preguntan "¿qué demonios sucedió?"

Quizás, como profesionales, deberíamos dejar de estar en la última categoría para poder incluirnos en la primera.

La segunda mesa (a la que no asistí) se centraba en el aporte bibliotecológico en la formación de habilidades para el acceso y uso de la información en la enseñanza superior. Lamentablemente, poca información puedo proporcionar acerca de los contenidos expresados. Sin embargo, a la hora de la tercera mesa (tras el último almuerzo del Simposio) se presentó la séptima mesa, moderada por Amelia Yoc Smith

—directora de la Escuela de Bibliotecología— y que trató sobre prevención de desastres en las bibliotecas. Como comenté en una entrada anterior de este weblog, los desastres naturales son frecuentes en Centroamérica, tierra de inundaciones, volcanes, terremotos, tormentas tropicales y huracanes. Se presentaron experiencias desde Colima (México) a El Salvador, pasando por recomendaciones desde Costa Rica y demostraciones prácticas desde Guatemala. Fue una mesa muy rica en ideas, que inició con una teleconferencia brindada desde la Universidad de Colima, que presentó una experiencia de inundación de biblioteca, comentando los procedimientos llevados a cabo para la recuperación de los fondos documentales. Pedro Pineda —director de la licenciatura en bibliotecología de la Universidad Panamericana de El Salvador— presentó, a su vez, un video en el cual se narraba una experiencia de recuperación de fondos de una biblioteca histórica, destruida por los tristemente célebres terremotos del año 2001 (enero y febrero). A su vez, la colega costarricense Sheily Vallejos (docente de la Universidad de Costa Rica) presentó algunas ideas sobre el poder de la información para salvar vidas y prevenir desastres.

La última mesa del día —y del Simposio— fue moderada por Valentina Santa Cruz, y se centró en la presentación y entrega de un documento sobre políticas públicas del libro, la lectura, la escritura y las bibliotecas. Fue un momento inolvidable del evento, especialmente si tenemos en cuenta que la mesa fue retransmitida por radios comunitarias, y que se contó con traducción dos lenguas mayas (k'ekchí y kaqchikel).

En el acto de clausura, la Lic. Santa Cruz leyó las conclusiones del evento (que rescataron las anotaciones que los diferentes moderadores hicieron a lo largo de las

mesas, además de las apreciaciones propias del Comité Organizador), se dieron los diplomas correspondientes y los agradecimientos de rigor, se sortearon un buen número de libros (y por primera vez en mi vida gané algo en un sorteo) y cerramos la semana con un convite en el que no faltó el buen vino ni las buenas ofertas gastronómicas guatemaltecas.

Las horas de las despedidas no son mi fuerte: me es muy difícil separarme de personas o cosas con las que pasé buenos momentos. Pero de eso se trató ese convite final y de eso se trataría la cena de despedida, con el Comité Organizador y los conferencistas invitados. A partir de esa noche quedaría libre para moverme por Centroamérica como fuera mi gusto, aunque el agotamiento que cargaba, la lenta pero inexorable desaparición de mis fondos y las ganas de volver a mi tierra (a pesar de las buenas acogidas, los buenos tratos y las bellas tierras que pisé) me tentaban a cambiar el pasaje y volver antes de lo previsto.

Pero para esas decisiones había tiempo. Ahora me esperaba una noche agradable con gente más agradable aún... No pensaba desperdiciar la ocasión...

Septiembre 28, 2006

Cuaderno de viaje 27: sábado 08 de septiembre

El Simposio guatemalteco el día viernes había terminado –con cena y baile– pero mis actividades continuaban, a pesar del inmenso agotamiento que cargaba en mi cabeza y en el resto de mi metro ochenta y pico de humanidad. Era curioso: supuestamente yo debía disfrutar de la enorme "aventura" que estaba viviendo. Pero, en realidad, no hacía más que desear tomar el avión que me llevara de vuelta a casa, a mis calles conocidas, a mi ropero, a mi cocina, a mi escritorio y a mi cama. Vivir como un gitano – con la casa a cuestas– me apasionaba de joven. Pero, si bien aun amo viajar, debo reconocer que los años me han ido cansando un poco. Ya disto mucho de ser un ciudadano del mundo. En ese sentido, me apego a una definición que dio Alejandro Dolina en uno de sus libros:

"Todo viajero es la mitad de sí mismo. No hay lugar en los aviones para llevar las cosas que lo completan. Esquinas, gestos, personas, vientos, olores, tapiales, saludos, colores y miradas no caben en las valijas.

Se me dice que algunos hombres no conocen la querencia. Son personas incomprensibles, que se reputan ciudadanos del mundo. Yo prefiero ser criollo".

El sábado por la mañana, y merced a la invitación de dos profesoras de la carrera de bibliotecología de la Universidad de San Carlos (Rosalia García y Valentina Santa

Cruz), la colega Nora Rendón y yo nos hicimos una escapadita hasta la USaC, un amplio campus en el que destacaban los distintos edificios de la universidad pública guatemalteca. Como paso previo, visitamos la Biblioteca Central, una construcción de varios pisos en las que apreciamos los sencillos OPACs —que por primera vez me hicieron sentir cómodo en la búsqueda de una referencia bibliográfica—, las pobladas salas de lectura y los gabinetes de estudio, las secciones de referencia —de acceso abierto—, la bien provista hemeroteca, el área de procesos técnicos y adquisiciones... Fue una visita rápida en la cual obtuvimos un vistazo general de las colecciones y las estructuras de la institución, y que, personalmente, me dejó una sensación muy agradable.

Cada facultad posee, además, una colección propia. En el caso de la de Filosofía y Humanidades, debo reconocer que era más pequeña de lo que esperaba. Sin embargo, esta sensación me quedó al comparar la organización bibliotecaria con la de mi Universidad de Córdoba, en la cual las colecciones no se concentran en una estructura central, sino en los edificios de cada Facultad. Aquí parecía ser al revés.

La charla con los alumnos de la carrera —cuarenta o cincuenta personas— y con la directora de la misma, Eloísa Yoc Smith, me dejó un sabor de boca extraño. No por las preguntas y respuestas de los estudiantes, que fueron muy acertadas y simpáticas, ni por el ambiente, que realmente fue muy cordial, sino por las respuestas que tuve que expresar, en especial al comparar la profesión en mi país con los lineamientos que mi colega colombiana proporcionaba del suyo. En pocos minutos me di cuenta de todo lo que quedaba por hacer en mi profesión, en mi tierra, y, sobre todo, en mi provincia. Al

comparar Guatemala, Colombia y Argentina, realizamos un ejercicio de comparación de tres elementos completamente diferentes, en el cual se notó a las claras el desarrollo inteligente —a nivel académico y político— de las estructuras bibliotecológicas colombianas y el enorme camino a recorrer por los profesionales argentinos y guatemaltecos. Al verme forzado a analizar y a exponer el trabajo de mis colegas en Córdoba, me encontré con un pilón de deficiencias y pocas novedades. Si ustedes, que me leen ahora, han leído en otras ocasiones este weblog, sabrán que no soy el fan número uno de la Universidad en la que estudié y me formé como profesional. En aquel momento, en Guatemala, entendí el por qué de mi actitud: mentes cerradas a los cambios, estructuras internas rígidas, investigación inexistente, cambio de planes de estudios aplazados por años, contenidos que apenas si se revisan... Ciertamente estoy generalizando: existen en mi provincia (por no hablar de mi país) profesionales que están haciendo mucho por el crecimiento de la bibliotecología. Pero lo triste es saber que hay aún muchas "anclas" que los/nos mantienen en el mismo sitio, clavados a un lugar cómodo. La estrategia es clara: aquellas personas que no están dispuestas a superar sus estrecheces personales mantienen los niveles académicos bastante bajos, y convierten a la profesión en algo estático, pobre, sin mejoras posibles. Cuando Nora Rendón comentaba que en la Escuela Interamericana de Bibliotecología los profesores estaban obligados a desarrollar programas de investigación y extensión a la vez que excelentes programas de docencia, la envidia probablemente se me notó en la cara. A pesar de que idénticos puntos están contemplados en los reglamentos de nuestras Universidades, puedo —ahora mismo, sin hacer grandes esfuerzos de memoria— realizar una lista de medio centenar de profesoras/es de las Escuelas de Bibliotecología que conozco que no

sabrían enunciar un solo problema de investigación para su cátedra, por no hablar de un tema para extensión. ¿Qué formación pueden tener los egresados que han sido modelados por tales manos? ¿Qué expectativas de mejora tiene la profesión si el motor de la misma —los docentes— sigue funcionando con estructuras atrasadas?

Creo que el gran problema es que es muy cómodo —para muchos docentes— ganarse el sueldo y ostentar el título de "docente universitario" empleando la ley del mínimo esfuerzo. Muchísimos estudiantes y profesionales han descubierto conceptos clave de nuestra profesión —como el acceso abierto, por ejemplo— a través de las páginas de este weblog. Con esto no quiero anotarme un gol a mi favor, sino demostrar mi asombro al saber que tales conceptos jamás fueron tratados en clase. Perdón, pero... ¿qué es lo que está fallando? Si no enseñan conceptos modernos y actualizados, como el empleo de wikis y blogs en bibliotecas, o el acceso abierto, o los roles de las bibliotecas públicas, o las estrategias para desarrollar bibliotecas comunitarias... ¿qué es lo que se enseña? ¿La historia de Dewey, el fonógrafo...? Si no se enseña a escribir un texto con sentido, o a plantear un problema de investigación, o a planear una biblioteca desde cero... ¿qué se enseña? Si no se enseña la responsabilidad que tiene el bibliotecario para con su comunidad, o a alfabetizar, o a promover la lectura... ¿con qué se está equipando a los futuros profesionales?

Muchos me han dicho, ante estas opiniones tan "radicales", que debería dejar de lado mis críticas y ponerme manos a la obra para cambiar el panorama. Pero cuando las puertas de las instituciones de educación se cierran a los cambios y a las nuevas ideas, también se cierran a las personas que quieren impulsarlas. Es como si, al plantear

novedades, muchas/os docentes se sintieran incapaces de adaptarse, de mejorarse, de superarse. Por ende, prefieren cerrar los oídos a tales cambios y continuar con el *statu quo* que los mantiene en una posición favorable, aunque sea paupérrima.

¿Cuándo cambiará toda esta situación? Nunca. La estructura se auto-reproduce. Las voces que se alzan contra ella son silenciadas y se las excluye de los espacios en los cuales se toman las decisiones importantes. Y no, no crean que todas esas voces tienen la virulencia de la mía: la mayoría son respetuosas e intentan aportar cambios en forma progresiva. Pero aún así, tales cambios no se ven. La bibliotecología —al menos en Argentina— continúa siendo, a grandes rasgos, una mera técnica auxiliar, cuando podría ser una verdadera herramienta de desarrollo social y cultural. Mucho se hace, pero al compararlo con la gran masa de acontecimientos cotidianos, ese "mucho" se convierte en "nada".

Para ampliarles un poco el panorama sobre la Escuela de Bibliotecología de la UsaC —la única en Guatemala— les comento que el currículo de la carrera se compone de diez ciclos o semestres. El primero incluye estudios gramaticales, historia nacional (época prehispánica y colonial), el cosmos, matemática fundamental e introducción a las técnicas de estudio e investigación. El segundo incluye derechos humanos, comunicación, historia nacional (época independiente y contemporánea), sociología general y biología general. El tercero incluye introducción a la bibliotecología y ciencias afines, administración I, estadística, problemas socioeconómicos de Guatemala y psicología general. El cuarto incluye introducción a las técnicas bibliotecarias, administración II, bibliografía general, metodología de la investigación bibliotecológica

e historia, conservación y preservación del libro. El quinto incluye clasificación I, catalogación I, bibliografía nacional, lingüística y bibliotecas infantiles, escolares y públicas. El sexto incluye clasificación II, catalogación II, servicio de consulta y referencia, relaciones humanas, psicopedagogía y un seminario a elección. El séptimo incluye servicios y usuarios de información, bibliotecas nacionales, universitarias y especializadas, informática aplicada a la bibliotecología, ética, taller de redacción y una práctica supervisada. El octavo incluye documentación I, servicios audiovisuales, administración y organización de unidades de información III, análisis y diseño de sistemas de información, e inglés I. El noveno ciclo incluye hemerotecas, formulación de proyectos de información, documentación II, redes de información, inglés II y un segundo seminario a elección. El décimo y último ciclo incluye vocabularios controlados, temas actuales en ciencias de la información, gerencia de la información, archivología general, inglés técnico y una segunda práctica supervisada.

Recomendaría a algunas escuelas latinoamericanas que analicen el listado de materias que acabo de proporcionar arriba, y piensen en todo lo que les falta.

El resto del día lo pasé en la casa de una familia local —que, muy cordialmente, me ofreció alojamiento para la noche del sábado— preparándome para visitar la ciudad de Antigua Guatemala el día domingo y partir para México esa misma noche. Sentado a la mesa de aquella familia, comiendo nachos (cuartos de tortilla fritos) con frijoles negros y bebiendo un excelente ron nacional, comprendí que bajo la fachada de sociedad problemática y dolida que exhibe Guatemala a través de sus periódicos y noticieros televisivos, hay un pueblo cansado de luchas, de armas y de sangre, y deseoso de una

vida pacífica, tranquila, de paz por una vez en décadas. Sin embargo, entendí que a Guatemala le queda un largo camino hasta conseguir esa paz tan anhelada y tan oculta. Y entendí que no era sólo un camino que ese país debía recorrer: era un senderito pendiente para todo un continente, hastiado de conflicto pero inmerso en él desde hacía siglos y por los siglos.

Será hasta el próximo día...

Septiembre 29, 2006

Cuaderno de viaje 28: domingo 09 de septiembre

Repetí la palabra varias veces —creo que cuatro o cinco— hasta memorizarla: "nixtamal", que en boca de los guatemaltecos suena "nishtamal", así como "Uxmal" suena "ushmal" o "ixchil" suena "ishchil". El nixtamal es el molino especial que se usa para preparar la masa de las famosas tortillas. Llegado a cierto punto de mi estadía en Guatemala, mi estómago y mi paladar habían decidido que no podían seguir viviendo sin tortillas calientes y frijoles. Así que pedí a la familia que me hospedaba que me explicara el proceso de producción, que resultó ser bien complicado. Básicamente, se trata de procesar granos de maíz hirviéndolos con cal para luego triturarlos en el nixtamal, que en los tiempos antiguos era un molino de mano pero ahora es un ingenio eléctrico. Luego se almacena la masa, la cual, diluida con un poquito de agua, se amasa a mano cuando sea menester, dándole forma de tortilla. Durante este último paso —y antes de tirarlas sobre una plancha caliente y comerlas— la masa se hace una bola y se moldea entre las dos palmas, en un movimiento rotatorio-percusivo que se parece mucho a un aplauso. He ahí el arte de la tortilla, y las buenas "tortilleras" (sí, lo sé, el vocablo es ambiguo en castellano coloquial, pero así se llaman) se destacan por su facilidad para tal práctica, que en Guatemala se denomina "tortear".

Si ustedes recorren cualquier calle guatemalteca en la mañana temprano, oirán el palmeo de las mujeres preparando tortilla cada veinte metros... y el aroma de la plancha caliente, y las primeras tortillas humeando. Ahhhh... Anoto esto porque,

leyendo hace un tiempo un libro de un arqueólogo famoso (S. G. Morley) que trabajó en Yucatán y Petén sobre la cultura maya (antigua y moderna), este hecho también es remarcado. El autor citaba su propia experiencia en aldeas mayas contemporáneas, así como crónicas antiguas que igualmente remarcaban la importancia de la tortilla en la alimentación, las distintas variedades (que me explicaron con sus nombres y características, pero que olvidé), y la particularidad del sonido matutino del "palmeo".

Mientras intentaba memorizar la palabra "nixtamal" y la receta de los frijoles y las tortillas, y mientras la dueña de casa me juraba que en los supermercados podría comprar harina de maíz "nixtamalizada" (así consta en el paquete) y llevármela en la mochila, desayunaba un tamal guatemalteco, muy parecido a nuestros tamales sudamericanos, si bien nosotros los envolvemos en chala (las hojas secas que recubren la mazorca de maíz) y ellos en hojas de platanera... al margen que quizás nosotros agreguemos más carne y menos harina de maíz. ¿No conocen los tamales? Pues, vivan donde vivan, se han estado perdiendo una de las especialidades más deliciosas de la cocina latinoamericana.

Mientras desayunaba, hojeaba la prensa guatemalteca y charlaba con mis anfitriones, que se lamentaban de la violencia de las calles (venganzas, ajustes de cuentas a punta de Kalashnikov, ejecuciones) y me hablaban de viejos tiempos a olvidar, de esperanzas nuevas, de deseos. Mientras los oía, leía en las páginas internacionales que en mi propio país se estaba juzgando a un genocida de la última dictadura, y me vino a la memoria todo el dolor de mi propia gente, toda la masacre, el perdón general instaurado por presidentes ciegos, la derogación de ese perdón obtenida hacía poco,

los juicios, las madres y abuelas de los desaparecidos, los nietos que aparecían con identidades cambiadas... Y compartí con ellos un poco de la historia de mi propio país, y de los años oscuros, y del informe sobre desapariciones que la Comisión Nacional Argentina presidida por el escritor Ernesto Sábato redactó al inicio de la democracia y que se tituló "Nunca más", una lectura obligada para cualquier argentino que haya perdido la memoria y que necesite saber qué se hizo y qué pasó esos años de nieblas. Y ellos me contaron que tenían un informe similar, redactado al final de la época de guerra nacional, en 1996, y que era imposible leerlo sin sentirse enfermo.

Asentí. Asentí porque recordé que la primera vez que leí el "Nunca más" (en 1996, apenas llegué de España) me detuve en la cuarta hoja, descompuesto y llorando desesperadamente. Jamás imaginé que eso había ocurrido en mi país, que eso había sido hecho a argentinos por argentinos, por humanos a humanos.

Esos libros deberían estar en todas nuestras bibliotecas, así como los informes de todas nuestras guerras. Nuestros jóvenes están siendo educados en una cultura masiva que los orienta a jugar en computadoras con armas de guerra, matando personas, como si se tratara de lo más natural del mundo. Ven guerras en los informativos, ven muerte en los diarios, y, de acuerdo a algunos informes que leí en Guatemala, los jóvenes están casi anestesiados por tanta violencia a su alrededor. Pocos niños y adolescentes en el resto del continente conocen los resultados reales de esas acciones, que distan mucho de ser tan perfectos como los de las películas de héroes y villanos que nos vende Hollywood masiva y tranquilamente. La biblioteca puede educar en la

paz, aún cuando tal educación pase por mostrar los resultados destructivos de empuñar un arma.

Lo sé, soy un pesimista. Pero ahora mismo me acuerdo de una tira de "Mafalda" en la cual la protagonista decía "No soy ninguna pesimista detractora de la humanidad. Entiendo muy bien que cada cual, por poco que haga, pone su granito de arena. Lo que no entiendo es esa manía de ir a ponerlo justo dentro del ojo del prójimo".

Mientras hacíamos tiempo para embarcarnos para Antigua Guatemala, una de las componentes de la familia me llevó a una librería del centro de la ciudad de Guatemala, para buscar algún libro de leyendas, cuentos populares y narraciones guatemaltecas (encontré escasos ejemplares) y libros sobre lenguas indígenas (pocos, también... aunque hay una sección de la UsaC que se dedica a producir ese tipo de documentos). A la vez, recorrí algunos supermercados (para gente pudiente) y despensas familiares (supermercados para gente de escasos recursos) para comprar un par de botellas de buen "guaro" (término coloquial para las bebidas alcohólicas) y de harina de maíz. Las diferencias entre ambos tipos de supermercados son "apreciables": calidad de los productos, precios, servicio, atención... Las diferencias sociales dentro de la estructura de la sociedad guatemalteca aún parecen ser profundas, al menos para los ojos de un extranjero, aunque ¿de qué voy a escandalizarme en un país como el mío, en donde aún se usa la expresión "negro de m..." para referirse a las personas de piel más oscura? No, tal cosa no ocurría en Guatemala, aunque llamó mi atención las publicidades adheridas a algunos autobuses: "No soy 'indito', soy Maya". El término "indito" es usado como nuestro "negro", una especie de peyorativo para las

sociedades originarias. El proceso de reafirmación de identidades nativas ha llevado a una revalorización del término "maya", al cual se le está dando una importancia enorme. Confieso que mi análisis de la situación guatemalteca es superficial: la cuestión es mucho más compleja, y hay muchos intereses cruzados que no tuve tiempo de analizar en profundidad. Simplemente les expongo las sensaciones que fui recogiendo, sin ánimo de condenar o criticar a nadie.

Tras el almuerzo nos dirigimos a Antigua, ciudad famosa porque conserva las estructuras típicas de una urbe colonial centroamericana: casas tradicionales, calles empedradas, ruinas de monasterios e iglesias. La ciudad dista 30 km de la capital, y descansa al pie del famoso Volcán de Agua, cuya mole puede verse, en los días claros, dominando la ciudad de Guatemala con su tradicional forma cónica.

Antigua me fascinó, como fascina a todos los extranjeros que han decidido quedarse allí. De hecho, puede decirse que Antigua se ha transformado, lentamente, en una ciudad de extranjeros, visitantes que se enamoraron de la atmósfera de paz y se radicaron allí. Hay muchos comercios de artesanías —especialmente trabajos en jade, en los cuales la nación se destacó desde tiempos prehispánicos—, bellísimas construcciones del siglo XVII (sobre todo edificios religiosos, pero también casas de familia siguiendo el típico esquema español de patio central y habitaciones alrededor) y algunos museos. Como bibliotecario, el único que visité fue el del libro antiguo, un pequeño local en el que se exponen algunas muestras de imprenta e impresiones de siglos pasados. La colección, honestamente, es reducida, pero aún así haría las delicias de cualquier bibliófilo. En una de sus salas se describe el proceso de producción de los

papeles marmolados usados tradicionalmente en las encuadernaciones antiguas, una costumbre ya perdida gracias a las producciones masivas de textos. Vi algunos *ex-libris* interesantes, y facsímiles de los primeros textos que salieron de las prensas centroamericanas. Recordé, en aquel momento, recorriendo las silenciosas salas, que el impreso americano más antiguo que ha llegado hasta nosotros fue la "Relación del espantable terremoto que agora nuevamente ha acontecido en la ciudad de Guatemala" de 1541, impreso en casa de Cromberger en México, y que allí asomaba, tímidamente, como facsímil entre otros títulos del siglo XVIII y XIX.

Las ruinas silenciosas de los monasterios, la portada churrigueresca-centroamericana de una de sus iglesias, la plaza con sus pilas de agua para lavar la ropa y su leyenda de la "Viuda", todo ese espíritu antiguo acompañó mis pasos por la ciudad, bellísima, adorable, mágica. Algunos rincones me recordaron otras ciudades latinoamericanas, algunos callejones de La Paz, algunas casas de San Telmo en Buenos Aires... Pero, aún así, Antigua tiene un carácter único, especial, inimitable, un carácter que no se puede olvidar. Describirlo con palabras es casi imposible: hay que sentirlo sobre la piel, en las retinas, en todos los sentidos.

Volviendo, escuché un minuto esa voccecita que me gritaba dentro del corazón "¡es hora de volver a casa!". Y le hice caso. En ese momento puntual decidí cancelar todos mis restantes movimientos, compromisos y proyectos, cambiar mi vuelo y volver a mi hogar. El viaje ya había durado lo suficiente como para adquirir un poquito más de saber, un poquito más de experiencia, algunas sonrisas y algunas lágrimas que me faltaban. Quizás siempre supe que jamás aprendemos algo que no sepamos:

solamente despertamos cosas que ya tenemos dentro, que ya sabemos desde siempre. Los viajes nos enriquecen, pero no porque encontremos verdades o misterios en otros lugares, sino porque otros estímulos que desconocemos despiertan, en nuestro interior, cosas que no se despertarían (¿o sí?) en otros lugares. No creo que aprendamos mientras viajamos, pero sí que nos enriquecemos, que crecemos, que adquirimos perspectivas que quizás antes no teníamos. Al menos, eso fue lo que me ocurrió a mí cada vez que cargué la mochila al hombro. Y en aquel momento reconocí que era hora de bajar la mochila de aquel hombro cansado y metabolizar todas mis andanzas en mi propio hogar, cerquita de los míos, cerquita de las esquinas donde fumaba en mis madrugadas de insomnio y pesadillas.

Bastaron un par de *emails* de disculpas y un par de llamadas para cambiar mi vuelo, y todo estaba resuelto. Me quedaría en Guatemala el tiempo suficiente para cumplir un viejo sueño: pisar una ciudad maya. Hecho eso, volvería a mi Córdoba invernal, que, allá al sur del Ecuador, se estaría preparando para recibir la primavera.

La ciudad elegida para cumplir mi sueño sería Tikal. De ella y de mi retorno les hablaré en las próximas entradas, con las cuales cerraré el diario de este periplo, para volver a ocuparme de los asuntos cotidianos con los que suelo ocupar estas páginas.

Aquí nos veremos para compartir solamente un par de experiencias más, quizás las más bellas de todo el viaje. Hasta entonces, les dejo un abrazo enorme, cargado de aromas de frutas de tierras calientes...

Octubre 01, 2006

Cuaderno de viaje 29: lunes 10 de septiembre

Para los antiguos Mayas, el poder de controlar la lluvia estaba en manos de una deidad que ellos llamaban Chac. Quizás los conocimientos históricos me fallen, pero creo que, así como los cristianos otorgan una naturaleza triple a su Dios, los mayas multiplicaban a Chac por cuatro, una para cada dirección del firmamento, con un color particular asociado a ellos.

Recordé a Chac la noche del domingo, cuando el cielo decidió desplomarse sobre Ciudad de Guatemala con toda el agua que podía contener en sus entrañas. Había decidido pasar la noche en un hostel del centro de la ciudad, cercano al Mercado Central y la Catedral: puedo ser muy caradura la mayor parte del tiempo, pero hay cosas que aún me dan mucha vergüenza, y una de ellas es invadir casas ajenas, por muy bienvenido e invitado que sea. Mi actitud estuvo muy lejos de significar descontento con el trato recibido por la familia que decidió hospedarme —una familia que siempre recordaré con delicia y sonrisas— sino la necesidad de manejar mi propio espacio sin molestar. Me desplazé, con todo mi equipaje (muy voluminoso, a estas alturas del viaje) al hostel referido, que había sido, en sus épocas, el lugar en donde paraban todos los jóvenes llegados del interior del país para cursar estudios universitarios. No era de primera categoría, pero era barato. Tenía baños y duchas comunes, y demás características compartidas por los lugares en los que solemos alojarnos los vagabundos sin presupuesto.

Fue cuando me senté sobre la cama y eché un vistazo al cuarto rentado cuando me di cuenta de que, definitivamente, aquel lugar no era de primera categoría. Y me reí. Me reí hasta que me dolió la panza, no por enojo o por tristeza, sino porque aquello encajaba exactamente conmigo. La puerta estaba pintada con inscripciones en dos docenas de idiomas distintos; las paredes eran de un color que quizás aún no haya sido definido por la ciencia; los muebles habían sido de madera alguna vez; el piso rezumaba humedad, y el techo —un falso techo de placas de madera— ostentaba dos bellísimos agujeros... Lo verdaderamente hermoso era la cama: desconozco si el cubrecama o las sábanas estaban limpios, ni me importó saberlo, porque caí dormido sobre aquel colchón como fulminado por un rayo. Me enteré de la tormenta nocturna cuando las únicas dos goteras de la habitación —que apuntaban, como diseñadas a propósito, sobre la almohada de la cama— comenzaron a funcionar.

Abrí los ojos —cubiertos ya de agua—, me reí de nuevo, me giré (los pies sobre la almohada) y me dormí.

¿Compartiendo anécdotas tontas? En absoluto. Son muchos los que me preguntan como hago para viajar por varios países. Bien, éste es el método.

Obviando las lluvias guatemaltecas —aguas que me encantó ver caer, pues siempre pensé que, si existe un Dios, está en la lluvia—, pasé el día preparándome para mi excursión a Tikal, que me obligaría a viajar toda la noche hasta la ciudad-isla de Flores, en el corazón del Petén, la zona selvática cercana a la península de Yucatán, al norte del país. Dado que las mayores áreas de ruinas mayas están concentradas en aquella

región, Flores se ha convertido en una especie de centro turístico desde donde parten las excursiones a los diferentes destinos, incluyendo Chiapas o Belice. Desde Flores aún debería viajar un par de horas más hasta el Parque Nacional Tikal, que incluye una extensa parcela de selva y uno de los mayores conjuntos de ruinas prehispánicas de la zona, famosa por la belleza de sus pirámides.

Fue en una biblioteca, cuando era niño, en donde encontré una crónica de los viajes de los exploradores-arqueólogos Stephens y Catherwood, que descubrieron, entre otras, las ruinas de Copán, en la actual Honduras. El libro (que hoy tengo en mi propia biblioteca, aunque sea otro ejemplar) era un soberbio ejemplar de texto de aventuras, pues estos dos personajes se abrieron paso a machete a través de la jungla, a través del calor y las enfermedades, para hallar las antiguas y olvidadas urbes mayas. La narración era suficiente como para despertar mi imaginación infantil, pero el libro, además, poseía reproducciones de los grabados que Catherwood había elaborado sobre el terreno, dibujando estelas y construcciones. Aquellas estelas me fascinaron, me flecharon, y fue en aquel momento cuando decidí que algún día tendría que pisar esas ruinas y tocar las caras de aquellos guerreros tallados en las piedras, y aquellos jeroglíficos complejos, con formas de cabezas de animales.

Fue en otras bibliotecas donde aprendí que los Mayas eran mucho más que una civilización antigua y desaparecida: eran una sociedad aún viva, quizás sin los monumentos que la caracterizaron en épocas pretéritas, pero sí con una cultura riquísima. Fue en una biblioteca donde supe del exquisito sistema de escritura de esta civilización, y del memoricidio llevado a cabo por el Obispo Diego de Landa en Yucatán,

al quemar todos los códices nativos que pudo encontrar por considerarlos cosas del demonio.

Debo recordar a los que me leen que el pueblo Maya sigue vivo, hablando 22 lenguas distintas, configurando un mosaico étnico que enriquece Guatemala y todo nuestro continente. Cuando hablo de los Mayas en pasado me refiero a la cultura que origino las grandes ciudades de piedra caliza y estuco, esa misma cultura que desapareció poco antes de la llegada de los conquistadores españoles.

A la noche saldría para Tikal, pues. Aproveché el día para visitar el Museo Arqueológico Nacional, situado en un antiguo edificio cercano al aeropuerto, exactamente frente al Museo de Historia Natural. En la entrada tuve que mentir sobre mi nacionalidad (poco convincentemente, por cierto) para poder pagar 3 quetzales en vez de los 30 estipulados para visitantes extranjeros. Y así comenzó mi recorrido por la historia de Guatemala, que me llevó a las culturas preclásicas, influenciadas por olmecas y teotihuacanos. En la sala del periodo clásico me detuve, paralizado: una serie de estelas de piedra me mostraban a los antiguos guerreros-gobernantes y sacerdotes de las urbes Mayas, con sus siluetas ricamente adornadas y rodeadas de jeroglíficos. Confesaré públicamente que me acerqué y, violando todas las normas internacionales sobre preservación de patrimonio cultural tangible, toqué las estelas. Mis dedos dibujaron el perfil curvo de la cara de aquellos hombres, que probablemente nunca imaginaron el destino de su raza. Mis yemas recorrieron el perfil de los jeroglíficos, de las cabezas de jaguar y los signos numéricos hechos de rayas y puntos. Si pudiera

haberle contado a aquel hombre tallado en la roca oscura un poco de historia actual ¿qué le habría dicho? ¿Hubiera creído mis palabras?

Las maquetas de las grandes ciudades mayas guatemaltecas —entre las que destacaba, como dije, Tikal— me permitieron ver la grandiosidad de los centros monumentales. Las urbes de aquella cultura poseían un centro ceremonial, con templos, pirámides, casa de gobierno y administración regional, y un enorme conglomerado de chozas de madera y paja que constituían el área donde vivía el pueblo llano, casas que pueden hallarse aún hoy en las áreas rurales de Guatemala, al igual que los modelos incas aún pueden verse a lo largo de todos los Andes, hechos de adobe y paja brava. Por ende, lo que actualmente se conserva es el centro de gobierno, el corazón ceremonial de las ciudades: las casas de la antigua gente del pueblo han desaparecido, debido a los materiales perecederos con los que se construían tales habitaciones.

Al finalizar con el periodo postclásico de la antigua historia Maya, se desplegó ante mí una sala en la que se exhibían artefactos y vestidos de los Mayas actuales. Además de deleitarme —como buen músico que soy— con los instrumentos tradicionales de la zona (marimbas, tambores, dulzainas, flautas), mis ojos se llenaron de colores al contemplar la indumentaria típica de los pobladores de las altas tierras occidentales guatemaltecas, o la de los del Petén. Los tocados femeninos caracterizan a cada comunidad, y, para un ojo entrenado, es posible averiguar a qué localidad pertenece una dama observando detalladamente la forma y color de los paños que cubren su cabeza y que arreglan sus largos cabellos azabaches.

Modelos de casas, elementos de cocina, artesanías en cerámica y mimbre, cada objeto era todo un descubrimiento para mí, quizás deslumbrado al contemplar la riqueza de nuestros pueblos originarios, culturas que conforman nuestra identidad como latinoamericanos.

A la salida del museo, las nubes oscuras me anticipaban un viaje nocturno lluvioso. Mientras volvía a mi hotel para seguir observando más detalles curiosos de su arquitectura y decoración, pensé que, aunque los meteorólogos pronosticaran la llegada del segundo diluvio universal, el siguiente mediodía me encontraría en la cima de la Pirámide IV de Tikal, observando las copas de los árboles desde arriba.

Un abrazo... Nos vemos aquí mismo mañana...

Octubre 03, 2006

Cuaderno de viaje 30: martes 11 de septiembre

Caminaba por un sendero barroso, lleno de hojas y pequeños frutos de chicozapote caídos, y raíces, y piedrecillas. Las suelas gastadas de mis zapatillas eran una garantía para el resbalón repentino y el "cubrirse-de-barro-de-los-pies-a-la-cabeza" en aquel caminito que me llevaba a las espaldas de la acrópolis central de Tikal. Resbalar allí no parecía una opción muy agradable. Ni muy saludable.

Por encima de mi despeinada cabeza, a 20 o 30 metros del suelo, sobre la copa de los enormes ejemplares arbóreos de aquella tupida selva, llovía. Pero ese fenómeno atmosférico parecía estar ocurriendo en otra realidad; solo algunas gotas dispersas alcanzaban a tocar el suelo: el resto del agua era detenida por alguno de los cuatro o cinco doseles vegetales que se abrían sobre mí, y corría entonces lentamente por las ramas hasta llegar a la tierra. Allí se encharcaba, proporcionando hogar a las larvas del medio centenar de mosquitos que desayunaban sobre mi pellejo y fermentando restos vegetales viejos.

El ruido del agua, allá arriba, era igual que el que hacía la lluvia sobre un techo de chapa: un tenue golpeteo que invitaba a sentarse en el tronco de alguna ceiba, apoyar la cabeza y echarse una siesta, a pesar de que fueran las 9 de la mañana y a pesar de la picadura de esos bichos creados personalmente por Belcebú (me refiero, obviamente, a los mosquitos).

Seguía caminando con los ojos fijos en mi camino, eligiendo detenidamente los lugares donde pisar y moviendo los brazos al mejor estilo "molino-de-viento" para espantar insectos, cuando la penumbra que hasta entonces había dominado el ambiente se transformó en luz clara. La selva se abría. Alcé la vista, intrigado por el motivo del cambio, y allí la encontré, irguiéndose esbelta y eterna.

La Pirámide I.

No medí el tiempo que estuve ahí, clavado a la tierra oscura y mojada como otro árbol más, con la cabeza inclinada hacia atrás 45 grados y la mirada puesta en aquella mole de piedra (y la boca abierta en un signo de estupor, seguramente). Una cosa es ver esos edificios en fotografías y otra muy distinta —verdaderamente distinta— es tenerlos allí, frente a uno, sabedor de la gente que los había levantado, de las historias que habían visto desde su inmensidad, de las ceremonias que habían propiciado, de las palabras y sonidos que habían oído esas viejas rocas calizas, de los colores que un día ostentaron los estucos que las cubrían.

Pensé que quizás, hacía siglos, algún niño procedente de las barriadas campesinas que rodeaban este centro ceremonial se habría extasiado como yo ante esa mole, y su padre quizás le explicara —la mano en el hombro o sobre el cabello oscuro— que aquella era la casa de los dioses, que allí ocurría tal y cual cosa. Lo haría empleando alguna de las lenguas de la familia Maya. Lo haría lentamente, mirando hacia arriba como yo, siguiendo la mirada del niño, que estaría, como yo, con la boca abierta y los ojos como platos. Pensé que por un mínimo instante compartía el asombro de miles de

personas que, en algún momento del tiempo, se detuvieron en el mismo pedazo de tierra en el cual estaba parado y se deleitaron con aquella imagen.

Pensé que a pesar de haber nacido lejos de aquellas tierras, a pesar de que mi sangre proviniese del otro lado del Atlántico, aquello era parte de mi historia como latinoamericano, aquella latía muy dentro de mí, aquello me pertenecía como me pertenecía Machu Picchu, el cementerio de Tilcara, las ruinas de Tafí y el calendario azteca del Museo de Antropología de México. Aquello era parte de mi identidad como americano, aquello era parte de mi historia.

Sí, por muy lejanos que estemos, esas culturas centroamericanas modelaron nuestra realidad. Si hoy usamos la palabra "tomate", estamos usando una palabra olmeca ("tomatl"). Si decimos "chicle", usamos una maya ("txikitl"). Si bebemos chocolate o si usamos esa palabra, si hacemos medio centenar de cosas de las que no somos siquiera conscientes porque son cotidianas, evocamos la memoria de esta gente en un homenaje silencioso y despreocupado que los hace vivir más allá del silencio de la muerte y los siglos. Porque lo que nos mantiene vivos en el tiempo es el recuerdo de los que vienen después de nosotros. Si ellos nos evocan, nosotros no morimos jamás. Cuando desperté de mi embeleso —y tras rascarme las ...cientas picaduras que ya lucía mi piel como tatuajes y suvenires de la selva— comencé a rodear la pirámide y me encontré en una enorme explanada en la cual surgía la Pirámide II, enfrentada con la primera, y algunos edificios laterales de tremenda belleza. Originalmente, las construcciones eran de bloques de piedra encajados con argamasa y cubiertos por una pasta de cal y yeso que luego era decorada, labrada y pintada de colores vivos. Hoy en

día solo quedan los bloques calizos, erosionados por los elementos. Aún así, la visión es magnífica, es un espectáculo imponente y, en cierta forma, sobrecogedor. En aquella plaza en la que yo me paraba podían reunirse cientos de personas para atender a los actos religiosos. ¿Cuánta fe, cuánto respeto se habría respirado allí mismo en los viejos tiempos? ¿Cuánto silencio, cuántas plegarias?

Me dirigí lentamente a la Pirámide II y comprobé que una estructura lateral de madera permitía ascender a su cima. Allá arriba, las águilas negras revoloteaban, posadas aquí y allá sobre el pequeño recinto que coronaba la pirámide. El endeble andamio —construido para los visitantes— evitaba que se subiera por las escaleras de piedra del propio templo. Sus maderas estaban mojadas, embarradas por los cientos de pies que las transitaban a diario. Estaban húmedas y se bamboleaban. La sensación de vértigo y el vacío que hay bajo los pies cuando uno está a 15 metros de altura sobre el suelo y nota que la estructura entera se mueve como gelatina son una sensación indescriptible. Pero las alas negras que flotaban allí arriba me llamaban. Subí, subí, subí y, de pronto, allí estaba, en el mismo sitio en donde los antiguos sacerdotes se asomaban para dirigirse a la multitud. Desde allí se tenía una vista completa de la Acrópolis, todos los edificios que habían servido para organizar administrativa y religiosamente a aquella enorme ciudad-estado. Las ciudades Mayas funcionaban como las antiguas *poleis* griegas: eran independientes y gobernaban el territorio que las rodeaba. La organización política de los antiguos Mayas había cambiado con el tiempo, pero básicamente respondía a ese modelo.

Me senté un rato allí arriba, y mientras mi corazón —poco habituado a ejercicios de ascensión de escaleras altas— intentaba calmar su ritmo acelerado, me permití otro rato de deleite con aquella visión, con aquel fragmento de nuestra historia americana hecho realidad ante mis ojos. ¿Apreciamos nuestra historia, nuestras raíces? ¿Nos esforzamos por conocerlas? ¿Nos educan para que las conozcamos y reconozcamos, para que las apreciemos y valoremos? Recordé el currículo de la Escuela de Bibliotecología de Guatemala y las charlas con colegas que me habían descrito minuciosamente este complejo Maya, y supe que ellos sí sabían. Pero recordé a otros colegas —y a mi propia formación profesional— y supe que nosotros no siempre teníamos esa formación. Como agentes culturales (sí, eso somos...) no nos daban (ni adquiríamos) todos los conocimientos que necesitamos para difundir información. Pocos bibliotecarios podrían dar información completa sobre la historia de mi país, en especial la historia prehispánica. Pocos sabían de donde procedían palabras como "yuyo" (pasto) o el significado de "Humahuaca" (famosa localidad del NO argentino) o la historia de Sayhueque (famoso líder del pueblo mapuche en Argentina). Eso, por no hablar de otras facetas de nuestra historia nacional, y obviando la historia latinoamericana, en la cual yo mismo debo reconocer lagunas e ignorancias.

Allí, a mis pies, enredada entre dos piedras, me saludaba una enorme pluma negra de las águilas que poco antes habían estado oteando el patio ceremonial desde la pirámide. La guardé en mi bolso, como el mejor recuerdo que me podría llevar de aquel sitio. Colocada en el escritorio de mi casa, me recordaría cada tarde aquella imagen que estaba intentando quemar en mis retinas: águilas negras flotando sobre piedras blancas sobreviviendo en un húmedo paraíso verde.

Bajé de la Pirámide II y me dirigí, por otro sendero a través de la selva, a la Pirámide III, que distaba medio kilómetro del conjunto central. La jungla estaba en silencio, roto aquí y allá por algunos pájaros. De pronto, comenzó el rugido. Un rugido lleno de ecos. Recordé que en aquellos parajes había jaguares, pero el sonido me recordaba a otros oídos en el NE de mi propio país, allá en el monte chaqueño. Aquello, definitivamente, era un macho de mono aullador. Apresuré el paso y comencé a buscarlo en las altas ramas de los árboles, en el medio de un mundo espeso de hojas y troncos finos. Tardé media hora en dar con él, y en esa media hora jamás cesó de gritar. Cuando lo encontré, parado casi mágicamente en una vara delgada que apenas soportaba su peso y se bamboleaba de manera vertiginosa, me pasé otro cuarto de hora mirándolo y sonriendo, aunque calculo que él ni me vería (o, si me vio, seguramente pensó que otro turista estúpido se había propuesto invadir su privacidad).

La Pirámide III estaba rodeada e invadida por la vegetación, así que caminé otro medio kilómetro (o quizás uno) hasta la Pirámide IV, la más famosa del complejo. Es igual a todas las otras (en total son seis), pero tiene una característica que la vuelve especial, y que descubrí cuando trepé por otro andamio de madera resbaloso y embarrado.

La cima de la pirámide se encuentra por encima de la jungla. Desde ella puede verse un inmenso mar verde en el que, como islas, se asoman las puntas de las otras pirámides, aquí y allá. Más allá, solo verde. Por detrás, algunas siluetas de montañas, violáceas por la distancia y las brumas matinales. El silencio de la altura era solo quebrado por mi amigo aullador y por algunos colegas que le respondían, y quizás por algunas especies de aves cuyo canto me era desconocido.

Otros turistas habían llegado también al mismo sitio, y charlaban de temas banales en inglés, mientras fumaban. Tomaron un par de fotos, miraron para todos lados y luego descendieron. Me pregunté si se daban perfecta cuenta del momento que habían vivido o si solamente cumplían con el ritual de llegar a un sitio, decir "ya estuve aquí", tomar la foto de rigor para demostrar a sus amistades que realmente habían llegado hasta ese lugar y después buscar otro para continuar la ceremonia turística. No, no podía pretender que todos pensaran o sintieran como yo, pero me llamó la atención (siempre lo hizo) ese comportamiento. Siempre me pregunté qué le aporta ese tipo de viaje a una persona. ¿Orgullo? ¿Distracción? ¿Puede realmente contar algo después de viajar? ¿O se limitará a mostrar fotos y a decir "viajé"? Son cosas que quizás no comprenda porque no entran dentro de mis estructuras. No puedo condenarlas, porque cada cual es libre de vivir y actuar como le plazca. Pero quizás cuando comparo esas costumbres con las mías es cuando más cimienta las propias.

Descendí del cuarto templo y me perdí en una serie de senderos que me llevaron a otras estructuras (el Palacio de las Acanaladuras, el Mundo Perdido, la quinta pirámide). Por encima de mí volaban los tucanes; por debajo transitaban las hormigas y unos pesados escarabajos que apenas entraron en mi mano cuando los alcé cuidadosamente del suelo. En un recodo del camino se alzaban varias estelas grabadas, y me deleité nuevamente delineando con el dedo índice los rostros de los guerreros y los regentes dibujados allí con todo detalle, y el perfil de los jeroglíficos que probablemente hablaban de sus gestas. Mi mano probablemente recorría el mismo camino que había cubierto el artista que talló aquella roca oscura.

Volví a la entrada del parque despacio, bajo las copas de los árboles de copal (cuya resina, llamada "pom" por los mayas, era y es usada como incienso de aroma particular para las ceremonias religiosas), observando la espesa jungla que me rodeaba y pensando como los primeros arqueólogos debieron luchar con la Naturaleza para arrebatarse aquel tesoro humano. También pensé en las vicisitudes de los primeros exploradores hispanos, que debieron atravesar (cargando cotas de malla, pesados arcabuces, culebrinas, caballos, provisiones...) por entre aquellos ramajes. No, no me caen muy bien los conquistadores europeos, y en mi íntimo fuere pensé que debieran haberse perdido en aquel infierno esmeralda. Pero en fin, somos lo que somos y estamos donde estamos, y si hemos llegado hasta aquí es por una serie de acontecimientos históricos que ya no podemos deshacer. Caminando por aquellas ruinas, es inevitable pensar en el mundo que desapareció después de 1492. Pero esos acontecimientos —triste y duros— ya son irremediables, y quizás lo único que nos queda ahora es recordar el pasado para no volver a cometer los mismos errores en nuestro presente (errores que siguen siendo cometidos, y ahora no los perpetran gentes barbadas llegadas del este en carabelas, sino latinoamericanos). Que seamos del color que seamos ya no quiere decir nada: lo que importa es el color de nuestros sentimientos y nuestros pensamientos. Y, sobre todo, el de nuestras acciones.

Fuera del parque, y mientras esperaba el bus que me llevaría a la ciudad-isla de Flores, me acerqué al restaurante del complejo turístico para ver si podía ingerir algo sólido, después de tamaña caminata. Pero los precios eran más que exorbitantes: eran ridículos. Así que me hice una escapada hasta el puesto de vigilancia —en donde tres guardias armados de fusiles charlaban mientras fumaban unos cigarrillos— y les

pregunté dónde almorzaban ellos. Me miraron con curiosidad, y con el respeto que caracteriza a los guatemaltecos, me orientaron hacia una pequeña fonda que estaba a unos 300 metros de la entrada del parque. Allí era donde comían los empleados locales, y allí me senté para disfrutar —por un precio normal— mis tortillas, mis frijoles, y un delicioso pollo con arroz. Por este tipo de acciones, algunos llaman a mi forma de viajar "turismo alternativo". Yo prefiero pensarme como un "viajero humano", más interesado en conocer a la gente que en cumplir rituales cómodos. Sí, almorcé sin aire acondicionado sobre una mesa de tablas desiguales, usando cubiertos añosos. Pero aprendí qué se dice, qué se come, qué se bebe y qué música se escucha en el medio del Petén. Lo cual no es poco.

Desde la ventanilla del microbús de regreso a Flores pude ver los pueblos Mayas de la zona, que conservan las mismas estructuras que sus ancestros prehispánicos. Aún así, el crecimiento salta a la vista: planes de alfabetización bilingüe, planes de viviendas y de agua y hasta una biblioteca, surgiendo de entre los bananos y las casas de característicos techos de paja. No creo que el "desarrollo" —tal y como lo piensan muchos— se mida por la arquitectura o por la calidad de los caminos. Creo que debería medirse por el nivel de educación de una sociedad, por el grado en que sus estructuras resultan beneficiosas para su vida. Muchas comunidades pueden vivir en casas de caña con techos de pasto y declarar que viven muy a su gusto, aunque para nosotros estén en la "miseria extrema". En esos casos, los programas de "desarrollo y bienestar" deberían de evaluar qué es lo que necesita la comunidad de acuerdo a sus propios parámetros. Porque les aseguro que muchos "subdesarrollados" que han visitado los países "avanzados" aún se preguntan "¿cómo puede vivir esa gente en

semejante amasijo de calles, con tanto ruido, con tanta contaminación, con tanta anonimía, tan llenos de computadoras y tan carentes de contacto humano, tan sin valores, tan enganchados a medios masivos, con esa pornografía que seca la cabeza, con esas drogas y esos vicios que nadie comprende pero todos usan?" El "desarrollo" y el "bienestar" son conceptos relativos. No deberíamos olvidarlo, ni como seres humanos, ni como bibliotecarios, ni como latinoamericanos, siempre tan habituados a escuchar como otros nos hablan de lo "mal" que vivimos y de lo que deberíamos hacer para vivir "bien".

Mientras miraba el atardecer en Flores sentado a orillas del lago Petén Itzá (viendo el agua teñida de naranja, los juegos vespertinos de los peces y las estelas de las barcas locales), esperando el bus que me llevaría —en viaje nocturno— a ciudad de Guatemala, pensaba que mi viaje (que ya tocaba a su fin, por decisión propia) había valido la pena. No, no aprendí demasiado sobre bibliotecas, porque, en última instancia, el nuestro es un universo profesional pequeño en el cual no hay muchas sorpresas. Pero aprendí mucho sobre el ser humano y sobre un planeta que aún hoy, a principios del siglo XXI, depara muchísimos descubrimientos. Porque, a pesar de las tecnologías de comunicación instantánea, a pesar de los libros, a pesar de la tan cacareada información de la Sociedad del Conocimiento, aún un elevado porcentaje de nuestro mundo desconoce lo que ocurre más allá de sus fronteras.

Y, mientras bebía una cerveza "Gallo" a orillas de aquel lago, recordé una tira de Mafalda, en la cual uno de los personajes camina en puntas de pie porque descubrió que en el otro lado del planeta es de noche y duermen (y no quiere despertarlos) y

otro personaje, mirando su actitud, dice: "El pobre aún no sabe que una mitad del mundo es incapaz de escuchar a la otra".

Si algo aprendí en este viaje es que no solo no nos oímos entre mitades del planeta, ni más allá de nuestras fronteras. No oímos a nuestro vecino. Ni siquiera sabemos quiénes somos nosotros, de dónde venimos, cuál es nuestra historia. Y si, como gestores de información y memoria, no está en nuestras manos hacer algo al respecto... ¿en qué manos está?

Muchos me han preguntado cómo se trabaja en Guatemala, en Sudáfrica, en Malasia, en Corea... A ellos les pregunto: ¿cómo se trabaja en su ciudad? ¿Qué hacen sus colegas? ¿Cuáles son las necesidades de sus usuarios? ¿Cuáles son los problemas a solucionar en su región? Empecemos por ahí, y luego miremos hacia fuera para ver qué se hace allí. Buscar contactos fuera no es difícil; viajar, tampoco. Mirar hacia dentro sí que lo es. Y quizás esa sea nuestra mejor aventura. Descubrirnos.

Mañana termina mi travesía y este diario de viaje. Nos leemos por aquí...

Octubre 04, 2006

Cuaderno de viaje: final

Quedaban aún muchos kilómetros por hacer. Quedaba una conferencia en México DF, una visita a San Cristóbal de Las Casas (Chiapas), otra a San Salvador (El Salvador), una conferencia en Tegucigalpa (Honduras), un par de encuentros en Managua (Nicaragua) y otros tantos en San José de Costa Rica. Una docena larga de colegas visibles (más otros con los que no tuve contacto pero que estaban detrás de ellos) me recibirían con los brazos abiertos y me enseñarían su mundo bibliotecológico, su realidad y su país.

Fue un verdadero honor —honor con letras mayúsculas— el haber recibido tantas invitaciones, el haber sido considerado para todas esas actividades, el haber recibido tantos mensajes de bienvenida. Y fue con verdadera tristeza que decidí declinar todo ese trayecto de mi viaje. Pero el cuerpo tiene unos límites, y cuando uno los excede el ánimo empieza a fallar, el buen humor empieza a escasear, la mirada se torna nostálgica y los pies buscan el camino de vuelta a casa. Eso me ocurrió. Y, con verdadera pena, emprendí el retorno a ese cuchitril pequeño y desordenado que amo y que yo considero mi hogar.

Aún me quedaban varios trayectos y un par de días de viaje hasta llegar a poner la llave en la puerta de mi casa. Aterrizaría en Managua, luego en Panamá y luego en Buenos Aires, y de allí un bus me llevaría a la terminal de Córdoba, desde donde un

taxi, quizás, me dejaría en la puerta del lugar donde vivo, cargado con una enorme mochila, dos sacos y un enorme rollo de carteles.

Aún así, antes de partir de Guatemala me hice tiempo para charlar con los colegas del programa radial "Fuentes", de la Universidad del Anáhuac, en México. "Fuentes" es, quizás, uno de los primeros programas de radio cuyo contenido está centrado completamente en nuestra profesión. Está realizado por profesionales de la bibliotecología, y puede ser oído en todo el mundo a través de Internet. La colega Araceli Sánchez Venegas fue la encargada de invitarme a tal espacio —en el que participé, desafortunadamente, sólo en forma telefónica— y la de realizar una pequeña entrevista que me permitió contar de mis andanzas y aportar algunas opiniones acerca de las realidades vividas. "Fuentes" se emite todos los miércoles a las 11 de la mañana (hora México), y puede ser oído a través de su sitio web. Confío en que mi colaboración con el programa pueda continuar en un futuro cercano... y en poder participar, algún día, en forma presencial, tal y como tenía planeado hacer si no fuera por mi decisión de regresar antes de tiempo a mis pagos.

A estas alturas del viaje (es decir, cerrando el capítulo), desde mi cansancio, miraba hacia atrás y me parecía que el mes que pasé nomadeando se había convertido en un año. Fueron muchas emociones, muchas experiencias, muchos paisajes distintos, muchos kilómetros navegados... ¿Qué podría sacar en claro de todo eso?

Por el lado profesional, aprendí que las grandes cosas se encuentran en los pequeños rincones, como ocurre con todo en esta vida. Quizás —como también ocurre en la

vida— no sabemos apreciar el valor de esas pequeñeces, y buscamos siempre las cosas grandes, las cosas "importantes". Pero los elementos valiosos estarán esperando por nuestra mirada en el rincón en el que menos esperemos hallarlos. Por ende, es preciso dar una oportunidad a todo tipo de lugares. Aquellos que quieran aprender experiencias, deberían buscar en bibliotecas universitarias y especializadas, pero también en comunitarias y barriales. Aquellos que busquen libros, deberían revisar en las grandes tiendas, pero también en los puestos de los vendedores de segunda mano de los barrios obreros. Aquellos que deseen conocer nuevas ideas, deberían hablar con los grandes académicos, pero también con el joven graduado que recién inicia su carrera. Encontrarán —estoy seguro— muchas sorpresas agradables. Y, en definitiva, terminarán comprendiendo que la vida no se escribe en una sola cara de la hoja, ni las monedas se acuñan de un solo lado.

También aprendí que hay mucho por hacer en nuestra profesión. Quizás ya lo sabía intuitivamente, pero con estos desplazamientos pude comprobarlo en la realidad. Hay mucho por escribir, por construir, y, sobre todo, por compartir. Estamos muy desunidos, muy poco comunicados, a pesar de las tecnologías que hoy nos ayudan a mantenernos en contacto. Quizás los Congresos, Simposios y Encuentros sean un buen espacio para reunirse y compartir. Pero deben ser planificados en forma inteligente. Las temáticas deben ser elegidas en forma consciente, orientándolas hacia las materias que son de interés para la comunidad total de bibliotecarios, y diseñando programas y actividades acordes con las posibilidades, necesidades y características de los oyentes potenciales. Deberían fomentarse las mesas redondas, los debates y los talleres por encima de las charlas magistrales y las conferencias. Deberían abrirse espacios para

que se trabaje en forma horizontal: la verticalidad asusta, y al final no deja más que algunas palabras retenidas en una charla o en una clase. En cambio, el trabajo conjunto con otros colegas permite establecer lazos, contar la propia historia e interesarse por la del vecino. Es así —y no de otra forma— como se generan espacios colectivos que realmente sirvan al público. Es totalmente inútil armar series de conferencias que no dejen más que algunos PowerPoint más o menos bien diseñados y algunos textos que quizás alguien lea. Se los digo por experiencia: después de una charla de 45 minutos, la mayoría de los asistentes recuerdan, de todas mis palabras, alguna anécdota jugosa o algún juego interesante de frases. Lo académico, lo árido, aburre y espanta; el contacto humano atrae, y pueden transferirse muchos conocimientos valiosos en esta forma humana, divertida, atrayente, dinámica... He bostezado hasta llorar en charlas dadas por grandes maestros, llenas de vocablos difíciles y pronunciados en un tono de voz grandilocuente. Y me he interesado hasta treparme en la silla por charlas dadas por bibliotecarios que, en forma de historia, me contaron como habían armado una biblioteca en tal o cual lugar. Escandalícense, si lo desean, pero es cierto: para captar la atención, para promover el interés y para poder lograr la transferencia activa de saber, es necesario buscar estrategias originales. No soy el rey de la creatividad, ni soy buen docente, y no sé dar clases. Pero he sido alumno y asistente de Congresos muchos años, y positivamente, sé lo que me cansa y lo que no tiene resultado.

Aprendí también que se sigue hablando de mundo digital en todos lados, pero que el rol social del bibliotecario no se conoce ni se trata mucho. Repetiré aquí, nuevamente, lo que he anotado en otras entradas de este mismo sitio: no condeno lo digital. De

hecho, mi vida sería muy compleja sin ese universo nuevo y alucinante. Pero no puedo desconocer una realidad que arde por darle más importancia a ciertos aspectos prometedores de la profesión. Deberíamos ser equilibrados en ese sentido. Pero no lo somos. Seguimos jugando con el juguete nuevo y olvidando uno de los pilares de nuestra profesión: el servicio. Muchos me han dicho que si hacemos hincapié en las nuevas tecnologías es precisamente para mejorar nuestro servicio. Pero yo lo dudo: esas bocas aún no me han mostrado resultados convincentes. Cuando los vea, cambiaré mis ideas y mi discurso. Mientras tanto, sigo clamando a los colegas que me leen y me escuchan que es preciso retomar los viejos caminos de la profesión bibliotecaria: servir a nuestros usuarios, responder a sus necesidades, ayudar... Esto es crucial, en especial, en nuestro continente, una tierra que muestra una cara moderna, pero que conserva muchas caras antiguas, demacradas, dolidas, carentes de un bienestar básico y surcadas de cicatrices. Y no, no soy pesimista. Precisamente los viajes me ayudaron a reconocer regiones de mi país y de otros países que están marcadas por crisis y dramas que a muchos les parecerían extraídas de alguna novela, pero que son terriblemente reales. ¿Qué hacemos al respecto? ¿Las reconocemos acaso?

No, en nuestras manos no está la salvación del mundo, ni manejamos la cura de todos los males. Pero... ¿aportamos nuestro grano de arena? ¿Cómo lo hacemos? ¿Sirve lo que hacemos? Pregúntenselo, planteen esas preguntas en debates profesionales, en encuentros, en Congresos. Quizás logren armar foros abiertos con resultados mucho más valiosos que los obtenidos tras una charla de grandes y pequeñas personalidades

orientada a diseñar nuevos espacios virtuales para los pocos que pueden accederlos a través de Internet.

Personalmente, aprendí —una vez más— que no sé absolutamente nada. Y eso me hizo muy feliz, porque me abrió muchos caminos a futuro: caminos de descubrimiento, de aprendizaje, de encuentro con realidades nuevas que me son totalmente ignoradas. Sería muy arrogante si afirmara aquí que no encontré nada nuevo. Quizás todas las bibliotecas me parecieron iguales, y todos los libros, y todas las técnicas. Pero bajo ellas, ¡cuántas cosas nuevas hallé! ¡Cuántas preocupaciones, cuántas ideas, cuántas iniciativas, cuántas propuestas, cuántas esperanzas! Esas, esas son las cosas importantes, las cosas a rescatar. Esas son las que he ido intentando reflejar —en la forma incoherente y desorganizada que me caracteriza— en estas páginas, durante este viaje. Hablar sobre las bibliotecas, si usan CDU o CDD, si arman sus bases con WinISIS o si usan MARC, si tienen tantos o cuantos miles de libros... me pareció un despropósito. Quise hablar de un mundo que late, de horizontes por conocer, de cosas nuevas, de olores y sabores y sonidos que descubrí y que quizás ustedes no conocieran. De eso se trata todo aprendizaje. Lo demás es secundario, accesorio. Lo importante es lo que nos fascina, lo que nos mueve, lo que derrumba nuestras estructuras y nos hace darnos cuenta que en realidad somos un grano de polvo en un universo infinito, y de que quedan muchísimas cosas por saber, por hacer, por ver, por soñar.

Aprendí humildad, aprendí a decir "gracias" hasta cansarme, y a la vez aprendí de la soberbia de otros, del engaño, de la ambición desmedida, de la charlatanería. Aprendí

de la fidelidad y la traición a las propias ideas y valores y a los ajenos. Aprendí de inteligencias e ignorancias —académicas y personales—, aprendí de dobles discursos, de lobos disfrazados de ovejas y de ovejas disfrazadas de lobos. Y agradecí la cuna de barro en la que nací, mi origen despiadadamente pobre, mi vida al costado del mundo, mis creencias anarquistas, mis luchas pequeñas pero reales. Creo que el ver tantas miserias humanas me ayudó a limpiar nieblas de mi interior y a cimentar un poco más quién soy, lo que soy y los rumbos que me he planteado para el futuro.

De todo esto, tal vez lo más rescatable es la idea de que no hay límites para nada ni para nadie, que la palabra "imposible" fue agregada a los diccionarios por aquellas almas innobles que no quieren que intentemos y logremos, que todo puede ser realidad si creemos en ello y luchamos por ello con todas nuestras fuerzas. No, no es una utopía de las tantas que me caracterizan, de las tantas que han leído escritas por estas dos manos cansadas: es una verdad. Una verdad enorme. A todos aquellos que aún creen que pueden hacerlo —lo que sea que quieran hacer— les digo "ustedes pueden". Pueden lograrlo. Pueden lograr lo que deseen. He visto crecer bibliotecas sin financiación, he visto levantarse bibliotecas hechas de adobe y cañas, he visto escribir libros a mano para equipar estantes. Si se quiere, se puede. Y no, no es un tópico: es otra verdad. Basta con querer.

No creo que haga falta recorrer kilómetros para aprender una cosa tan obvia. Pero, ya que los recorrí, sumé a mi idea básica un montón de pruebas tangibles que me permiten afianzar mi opinión. He aquí el valor de mi viaje.

Si miro, ahora mismo, hacia delante, veo otros viajes. Me esperan kilómetros y kilómetros en los Andes, este mes de noviembre, y quizás después otras travesías por otras latitudes. Sigo apostando por el valor de los Congresos y Encuentros como espacios de creación y reconocimiento mutuo. Así es que, allí donde me inviten, intentaré estar con algunas ideas que sirvan a los que me escuchan, aprendiendo, a su vez, todo lo que pueda, y contando todo lo que crea que puede ser de valor —por pequeño que parezca— para aquellos pacientes lectores que se tomen la molestia de dedicar unos minutos a seguir mis desvaríos. He aquí algo de lo que me enorgullezco, y quizás parezca vanidad, pero no me importa: el contar lo que veo, el difundir lo que me parece pertinente, el compartir... Si todos hiciéramos lo mismo, muchos de los colegas que no tienen la oportunidad de salir de sus fronteras (las que sean) podrían estar un poquito más enterados de lo que pasa fuera de los muros de sus bibliotecas. No creo haber logrado tan magno objetivo. Pero, al menos, lo intento, y doy lo mejor de mí en esa labor.

Quiero seguir dándole alas a mis pies. Porque aún tienen muchos senderos por recorrer, muchas manos que estrechar, muchas comidas que probar, muchas charlas interesantes que mantener a la luz de un candil o una farola, aquí y allá. Tengo muchos amigos que conocer y muchas sombras que exorcizar. Por ende, estas páginas seguirán narrando mis trabajos y opiniones, pero también mis andanzas, esas que ustedes han seguido fielmente durante el último mes, con algunos paréntesis.

Gracias, mil gracias, por haber estado de ese lado. Y no me suelten de la mano, porque las mías seguirán anotando novedades en esta Bitácora de un Bibliotecario.